307

Luis Cordero Crespo

Mi Evangelio

Cuenca -- Ecuador.

1.943.

MI EVANGELIO

Luis Cordero Crespo

3770
E861

MI EVANGELIO



Cuenca-Ecuador
1943

Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL AUSTRAL

A la memoria inmortal

de Manuel María Pólit Laso,
el sabio Pontífice,

de Remigio Crespo Toral,
el genio de las Letras,

de Miguel Cordero Dávila,
mi padre y mi maestro.

Siempre soñé en consagrar mi arte humilde al servicio de mi fe sincera, hondamente creída y sentida.

Este poemario evangélico debió aparecer hace algunos años; pues, para 1933 — XIX centenario de la Redención — estuvo terminado en su plan y en la mayor parte de su ejecución. El fervoroso anhelo de hacerlo menos indigno de su divino motivo, me determinó a postergar su publicación, mientras consultarlo con varones doctos en la fe y en el arte, y mientras enmendar y refundir, de acuerdo con tal dictamen, tanto en lo que mira al fondo cuanto en lo que se refiere a la forma, varias de sus partes.

Declaro que al escribir este libro no he abrigado pretensión literaria de hacer obra objetivamente perfecta; pero, sí, subjetivamente, de realizarla a mi satisfacción.

Lo entrego al criterio del público benévolo, unciosamente, como una oración rezada a campo abierto; porque si siempre fué necesario alabar a Cristo en alta voz, lo es más en este tiempo de negación de la verdad o de cobardía de proclamarla.

Muchos poetas, por fortuna, han arrancado de su arpa vibraciones magníficas de alabanza al Redentor; modestamente sumo mi devota armonía a la orquestación universal de tan inefable alabanza.

EL AUTOR

EN EL ATRIO

JESUCRISTO es Dios, el Verbo de Dios hecho carne, pero —aun en esa carne, semejanza de la carne de pecado, y por esta sola semejanza carne perecedera y mortal—, Dios verdadero, Dios de Dios, Luz de Luz.

Jesucristo es Dios; y porque lo es, la poesía de Jesucristo tiene que ser poesía de adoración.

La poesía que en El no vea sino al hombre —cuan hermoso y cuan sublime se quiera—, la poesía que, al pronunciar su nombre, no adore y no tiemble, como las potestades del cielo, con estremecimiento anonadado, no es poesía genuina de Jesucristo.

Podrá ser ropaje de poesía; no será esencia de poesía. Para la crítica consuetudinaria, para los

que no entienden más allá de los cánones estéticos, podrá llamarse poesía; para los que saben que hay algo más que la belleza profana y formal, será poesía sin alma. Hay flores vistosísimas, fastuoso derroche de colores, viva esplendidez tropical, pero fastuosidad y esplendidez muertas: flores sin fragancia, que es lo mismo que decir flores sin alma. Poesía sin alma será forzosamente la poesía que hable de Jesucristo sin el temblor de la fe enajenada ante su divinidad. Y esto es ley inexorable. Como no hay luminosidad de colores que supla en la flor la fragancia, no hay revuelo de fantasía, ni prestigio de ingenio, ni alarde de virtuosidad, ni galanura de forma que suplan la falta de fe, que es la fragancia de la poesía religiosa, fragancia que es su alma.

El error vulgar está en confundir poesía sobre tema religioso y poesía religiosa, creer que cualquier poeta puede componer poesía religiosa. Poesía religiosa no la compone sino quien la vive; y no la vive sino quien vive su religión, que es lo mismo que decir aquel para quien su religión es el todo de su vida. No basta tener nociones ni aun conocimientos profundos de religión, no basta percibir los elementos estéticos que destellan en las verdades teológicas y en las realidades evangélicas, no basta siquiera una vaga emoción de sentimenta-

XI

lismo quizás nostálgico, quizás atávico, ante esas verdades y realidades misteriosas y trascendentes; hacen falta el acatamiento intelectual que es fe, el rendimiento de la voluntad que es piedad, amor y adoración, la entrega interior de todo el ser que ante Jesucristo murmura como Tomás: Mi Señor y mi Dios, o solloza con Francisco de Asís: Dios mío y todas mis cosas. DOMINUS MEUS ET DEUS MEUS.... DEUS MEUS ET OMNIA....

La poesía religiosa, para serlo, debe evidentemente ser poesía, pero no menos imperativamente debe ser religión; y así como no hay más poesía verdadera que la poesía plenariamente vivida —lo demás es versificación—, así no hay más religión verdadera que la religión plenariamente vivida en la aceptación total del dogma divino y de la moral divina —lo demás es ilusión o inconsciencia El poeta religioso será, pues, el que funda en un mismo arranque interior la poesía vivida plenariamente y la religión vivida plenariamente. Sólo el que amalgame en el crisol de un mismo amor estos dos brotes de vida, podrá ser llamado poeta religioso.

Y esto no es únicamente exigencia del orden espiritual, es exigencia metafísica del mismo orden artístico. Para que una obra de arte lo sea legítima, es indispensable que su realización se ajuste

a los postulados intrínsecos del género a que pertenece. Donde se cumpla esta ecuación entre el postulado substancial y lo realizado en fondo y forma, cabe que haya belleza; donde no se cumpla, no cabe: a lo más habrá bellezas parciales, no belleza integral.

El canto épico requiere esencialmente entusiasmo patriótico; la poesía erótica, pasión cordial; la elegía, sinceridad adolorida; el epitalamio, simpatía efusiva y delicadeza; la poesía religiosa, unción sagrada. Poesía religiosa cuya concepción y cuya ejecución no estén embebidas de esta unción sagrada, podrá lucir bellezas deslumbradoras, le faltará su propia belleza, que es belleza divina.

Por lo demás es de advertir que la poesía religiosa no constituye un género de por sí. Hay épica religiosa, dramática religiosa y lírica religiosa; pero en cualquiera de estos géneros literarios y de sus subdivisiones no habrá poesía religiosa sino cuando se rezume de ellos tan genuina unción sagrada que se sienta que la fusión de religión y poesía se ha verificado vital y espontáneamente dentro del corazón del poeta.

o
o o

XIII

Esto es lo que tenemos en el EVANGELIO del Dr. Luis Cordero Crespo.

Verdadero poeta religioso, ha recibido en su corazón como en un prisma el rayo de luz blanca del texto evangélico, y lo ha descompuesto en un haz de fúlgidos matices; pero se siente que la variada vistosidad de este arco iris de colores se deriva sin adulteración de la pura sencillez evangélica que perdura en ella con su mismo espíritu. Esta identidad de espíritu, este toque genuino, no se podrá demostrar, pero se experimenta, y es el mejor elogio que puede hacerse de la obra del señor Cordero Crespo.

Cristiano y poeta, poeta verdadero y cristiano verdadero, cultor enamorado de su religión y de su arte, ilusionado con la fusión de estos dos hondos amores en una obra en que quedasen palpitantes en unísono latido esas dos fuerzas máximas de su vida, ha logrado la exteriorización de la síntesis perfecta que íntimamente vive, ha escrito MI EVANGELIO, obra que de sus manos recogemos con admiración y respeto.

Qué homenaje tan hermoso a Jesucristo el de este libro, homenaje en que el ropaje literario y lo acendrado de la profesión de fe se avaloran

mutuamente; pues el entono poético no se sostiene tan gallardo a través de tan largas narraciones y tan variados episodios sino por la unidad y robustez del espíritu que, sosegado y potente, late sin perder un instante su ritmo; y la hondura y sinceridad de la profesión de fe no brilla tan deslumbradora ni se siente tan palpable sino por la esplendidez de la forma en que se expansiona.

Cordero Crespo no es esencialmente un lírico; su vena es más genuinamente épica, y el giro de su expresión se lanza con visible espontaneidad por la pendiente de la oratoria. Es orador por naturaleza propia, por herencia directa y por atavismo, con la particularidad que tanto la propia naturaleza, como la herencia y el atavismo han fraguado en él el consorcio espontáneo y bien avenido de la elocuencia con la poesía. El ritmo esencial de su versificación es oratorio; pero la melodía que canta en este ritmo es, muy a la continua, delicicsamente lírica. Toques de pasada, estrofas sueltas, aquellas descripciones delicadísimas, preciosas telas de fondo a sus narraciones, aquellos admirables sonetos que sirven de epifonemas a varios de sus capítulos evangélicos son joyas del más puro lirismo.

No será Cordero Crespo poeta de concentración ni de íntimo acendramiento; pero dentro de su idio-

sincrasia sonora, pródiga y vibrante, es indiscutiblemente un gran poeta. No se valúa en él la palabra, ni aún ordinariamente el verso, sino la estrofa. Esta es su unidad de valor, y la valoración última no puede hacerse sino ,frente al poema tomado en conjunto. Esta es su modalidad propia que hay que respetar.

Así tomados, como poemas de lectura corrida, en la que nos esperan, para salirnos al paso mil preciosidades, los capítulos de este EVANGELIO poético reservan a los lectores capacitados, es decir a los que comparten con el autor su amor a la poesía y su fe, profundas y suavísimas emociones. Emociones de arte, emociones de fe, arte y fe fundidos en oración, desde el APERI, DOMINE, con que pide al Señor, que con carbones purifica los labios de quienes le cantan, que se junte

el murmullo de su verso
a los Laudes de todo el Universo,

hasta el AMÉN final, en que "por lauros a su canto reverente" implora, junto con el aumento santo de fe, esperanza y caridad, la candorosa limosna de

un poco de belleza
que ablande de mi pecho la aspereza
para seguir cantando tu Grandeza.

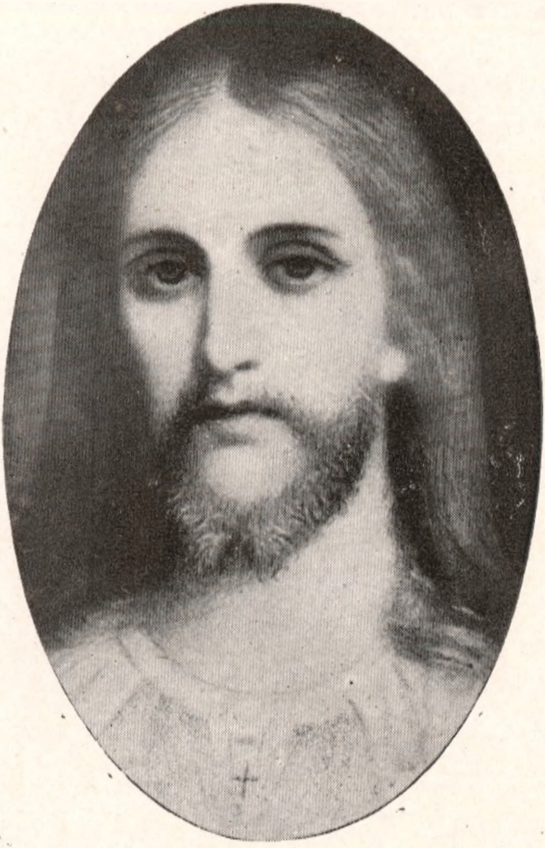
XVI

MI EVANGELIO

¡Feliz el poeta que ha dotado nuestro Parnaso ecuatoriano del poema a Jesucristo que nuestra fe de católicos reclamaba! ¡Feliz él, que ha logrado ver realizado su íntimo anhelo de cantar su adoración y su amor a la persona de Jesucristo y de levantar con su canto un templo en el que se sienta vivir al Rey divino de las almas!

Hemos llegado a la puerta de este templo. Acoja el querido poeta estas palabras de afectuoso reconocimiento pronunciadas en el atrio.

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. J.



Jesús

Al ritmo del prólogo.

LA MISION de la lira es la armonía;
debe cantar quienquiera que la lleve;
dan ejemplo las aves cada día,
rizando el aire con su acorde leve.

No importa que en el férvido concierto,
mejor sea una nota que otra nota;
que alguien dé su canción con más acierto,
es motivo de paz, no de derrota.

Está bien que cada uno cante el canto
que le ponga el Señor en la garganta:
su excelso nombre en todo labio es santo;
en todo pecho la oración es santa.

Y el canto es oración; es a manera
de una rapsodia de la eterna vida;
el cielo es la perpetua primavera,
porque allí para el canto no hay medida.

Dios Padre Creador escribió un verso,
en la página negra del abismo;
y al brotar de la nada el universo,
en él Dios Padre se cantó a Sí mismo.

Dios Hijo Redentor su vida entera
la vivió en un poema sin segundo:
susurro de lagar, crujido de era,
El mismo se hizo la canción del mundo.

Dios Espíritu Amor, para el arrullo
buscó forma y plumaje de paloma,
y se entra al corazón, como el murmullo
de la brisa que sopla dando aroma.

Al crear a los Angeles, Dios puso
en su arpa de cristal un ritmo eterno;
y cuando Lucifer dejó inconcluso
su canto, entonces se fundó el infierno,

Luego, al formar la tierra, en todas partes,
valles y cumbres, mares y bahías,
los vientos creó Dios, con suaves artes
de concertar perpetuas sinfonías.

Y los ríos templó -cuerdas de plata-,
de inefables cadencias musicales:
vibra en tono mayor la catarata
y sonríe el remanso madrigales.

Sembró en el bosque mágicos rumores,
que roban el silencio del espacio;
y para el recital de ruiseñores,
cada árbol construyó como un palacio.

Dotó a las fieras de armonías locas,
de las sangrientas fauces en los huecos;
y al crearlas sin voz, mandó a las rocas
que sus paredes emitieran ecos.

De perfume y de miel unge a las flores,
a que venga de lejos el insecto,
en la ronda sutil de sus amores,
a cantar el zumbido predilecto.

Si allá en el cielo como acá en la tierra,
es todo para Dios un himno santo,
¿por qué en la concha de su mal encierra,
sólo el hombre su amor, sólo él su canto?

La misión de la lira es la armonía;
debe cantar quienquiera que la lleve;
dan ejemplo las aves cada día,
rizando el aire con su acorde leve.

En verdad, en verdad, si todo es hecho
para honrar del Señor la inmensa alteza,
cuando a todo pulmón nos vibra el pecho,
nada tiene para El mayor belleza.

Defendamos a Dios, hoy más que nunca,
¡oh Poetas, oh hermanos de la lira!
Si nos quitan a Dios nos dejan trunca
la divina emoción que nos inspira...

Opongamos un haz de corazones
de la ruda blasfemia al argumento;
para acallar las fatuas negaciones,
no hay silogismo igual al sentimiento.

De mí sabré decir, Señor y Dueño,
que es obsesión de mi arte tu figura;
mi poema no tiene más empeño
que ensalzar ante el mundo tu hermosura.

Estigma de bondad, la lira a cuestas,
llevo, como la Cruz llevara tu Hijo:
si el cirineo de tu amor me prestas,
seré, a mi vez, sobre ella un crucifijo...

Aperi, Domine. . .

EN el Nombre del Padre -una vez Santo...
En el Nombre del Hijo -otra vez Santo...
Y del Espíritu en el Nombre Santo...
Yo, poeta cristiano, alzo mi canto...

Para cantar con voz de poesía,
de poesía humilde, la armonía
del Evangelio de Jesús, que un día
se hizo Hombre en las entrañas de María.

¡Señor, abre mis labios!... Con carbones,
rojos al vivo, como corazones,
purifica de mal mis intensiones.

Y juntaré el murmullo de mi verso,
límpido entonces, policorde, terso,
a los Laudes de todo el universo...!

Invocación á Dios Padre.

GRAN Dios! Padre de Dios y de los hombres!
Padre de Jesucristo y Padre nuestro!
En todos los idiomas son tus nombres:
Infinito... Supremo... Inmenso... Diestro!

Existes porque sí... con vida propia...
y dejar de existir nunca has podido...
Ingénito y sin fin, en Tí se acopia
cuanto será, cuanto es y cuanto ha sido!

Tu estancia es sólo el superior abismo;
la eternidad tu día permanente;
tu Entendimiento es Dios como Tú mismo,
y tu Amor igualmente.

Y así, tu templo es todo el universo;
tu lampadario el sol y las estrellas;
ruge cada volcán de tu himno un verso:
y huracanes y brisas son tus huellas.

Tu vista es el azul del firmamento,
tus blancas barbas son las nieves puras,
las flores son efluvios de tu aliento,
y las montañas son tus vestiduras.

Las nubes son el humo del incienso,
que el mar te ofrece -sumo sacerdote-;
mientras el bosque, en acendrar intenso
nuevo perfume edita en cada brote.

Tu fiesta es el nacer de cada día
sobre el tálamo cósmico del orto;
tu fiesta es el fulgor del medio día
sobre el paisaje en su mirar absorto.

La misma noche es una sombra tuya:
sombra de Dios que, en símbolo, ha dormido...
Tu noche real... Jamás el alma intuya
la noche real de tu odio o de tu olvido...

Y con santa bondad, bondad gratuita,
hiciste el orbe y cuanto en él se encierra;
y en la tierra soplaste alma infinita,
al modelar al hombre, hecho de tierra.

Nos hiciste, Señor, para vasallos
del Reino que en Ti empieza y en Ti acaba.
Sometida al dictamen de tus fallos,
la mente humana es tu primera esclava.

Sin saberte, los hombres te han amado...
Te han temido también... según su rito...
Sin saberte, los hombres han buscado
la ley que en su conciencia hubiste escrito.

Salomón alzó el templo salomónico,
dedicándolo al són de arpas y canto,
aunque desconoció el misterio armónico
de un solo Dios y que es tres veces Santo.

El Pueblo que te amaba y fue tu amado,
te adoró en Unidad, no en Tres personas.
Para tu Pueblo de hoy fue reservado
saber que en tu Cabeza hay tres coronas.

¡Bendito! ¡Sí! Bendito una y mil veces...
con lenguas o sin lenguas... Tierra y Cielo...
Porque, al fin, a los hombres esclareces
del primordial Misterio el denso velo...

Eres Padre, Señor, no sólo artista,
del astro y del más ínfimo corpúsculo,
del árbol fuerte y la sutil arista,
del león y el zoófito minúsculo.

Y todo cuanto creas es perfecto,
con perfección de sér y de medida;
sin que al poder de hacer venga defecto,
ni se agoten los moldes de la vida.

Por esto, canta todo tu alabanza,
al diapasón que ordena la existencia,
y suspensas en hilos de confianza,
penden las cosas de tu Providencia.

Mas, al hombre le toca, en tus hechuras,
ser tu máxima hechura de aquí abajo;
le diste aspiración a las alturas
y le diste vigor para el trabajo;

le inspiraste la fe, que humilde adora
y en tu amor le encendiste como en llama,
para que suba, en la novísima hora,
hacia Tí, urdiendo la terrena trama;

hasta que, al confundirse en los innúmeros
Coros Celestes que creaste arriba,
de hombres también sobre impasibles húmeros,
pueda decirse que tu trono estriba.

Por todo esto, Señor, bendito seas,
y lo que ignora nuestra mente oscura,
que tiene fuego rojo para teas,
mas nunca rayos de inmortal blancura.

Sobre todo ¡Bendito! porque han visto
nuestros ojos tu sol en perihelio;
al hacer de tu Verbo nuestro Cristo,
y al darnos, por sus labios, tu Evangelio.

Tu gracia impulse al hombre decaído,
sin manto y sin calzado, por tus sendas;
más vale un día con tu amor vivido,
que largos años en mundanas tiendas.

Quien a Cristo no sigue, a su manera,
de sí propio es la víctima y el reo:
con el Cristo o sin El la Cruz le espera,
pues que todo cristiano es cirineo.

Mas, al ir en pos de El, de prisa se anda,
porque es camino, y es verdad y es vida;
por los siglos su séquito se agranda
y se ensancha la tierra prometida.

Y se llega, por fin, al Cielo augusto,
donde, Señor, es premio tu presencia;
y allí, en círculo, queda el hombre justo,
al triángulo inscrito de tu Esencia.

Et Verbum caro factum est. . .

Jo. I.—XIV.

DE LA INFINITA sombra temerosa
la tarde caminaba a lento paso,
y un desangre de pétalos de rosa
coloreaba los velos del ocaso.

En la difusa linde comarcana,
tutelando el poblado y la pradera,
el Líbano surgía.
De su brillante cúspide lejana,
perenne asilo de la primavera,
un efluvio de aromas descendía;
como si la montaña cariñosa,
viéndole al valle huérfano de flores,
le enviara en el aliento los olores
que respira su entraña milagrosa.

Y más allá el Carmelo, preferido
por el sol vesperal que en ascuas arde,
y recoge el postrer rayo perdido,
como un cirio muriente;
mientras en la linterna del oriente
prende su luz la estrella de la tarde.
El Carmelo, montaña de misterio,
en que irradió la tenue nubecilla,
que el Profeta adoró con fe sencilla,
y en donde halló perpetuo refrigerio,
para volar por sobre las edades,
en su carro de fuego,
hasta el día en que se hundan las ciudades
y el universo caiga loco y ciego.

Era la paz de Dios... Tras las cortinas,
que doquiera colgaban las neblinas,
como casta doncella que procura
ocultar, entre sombras, su hermosura,
cuando desnuda va a buscar el lecho;
así en la alcoba de la noche oscura
entraba Nazareth. Ningún cuidado
perturbaba su calma. Cada techo
cobijaba un hogar bueno y sencillo,
en que más que el fulgor del braserillo
que abrigaba el ambiente,
florecía la dicha sonriente
de esperar al Mesías anhelado.

Allá, cual en estampa de cortijo,
la postrera entre todas de esa calle,
que el Cizón va llevando de la mano,
hasta perderla en el verdor del valle,
en la penumbra del muriente día,
como todas las tardes, se envolvía
la casa de Joseph, el artesano.

Nada de extraño en ella. El carpintero,
cansado del afán de la jornada,
la sudorosa frente, por almohada,
confiaba a la crudeza de un madero.
Con el suave resuello de sus labios,
que el frío condensaba en espirales,
rítmicos de emoción, los versos sabios
del salterio, brotaban a raudales.

Hacia la entrada, el fogaril lamía,
con su cárdena lengua, el negro muro,
y al vaivén de la llama, un inseguro
movimiento de sombras sucedía.

Proyectando una excéntrica figura,
a la manera de hongo agigantado,
sobre la recia punta entronizado
de rígido sarmiento, el vellocino
teñía y desteñía su blancura,
a través de la estrecha ligadura

del retorcido cíngulo de lino;
en tanto que, prendido a la blandura
del copo, cual si fuese niño tierno,
que albergue busca en el calor materno,
siempre exigente pero nunca intruso,
fatigado de tanta travesura,
su sueño de quietud dormía el huso.

En el pesado banco de labores,
la herramienta de empleo cotidiano,
con la huella aún caliente de la mano
que le urge del trabajo a los rigores,
en las broncas aristas
reflejaba las tintas amatistas
del fuego del hogar.

¡Era la calma,
que del silencio la virtud ensalma!

Oculta en la estrechez de su aposento,
la Virgen Nazarena, el pensamiento,
suspenso en la plegaria, retenía;
al igual que en un día y otro día
de cuantos deshojaban los instantes
de su vida terrena. Así como antes,
pide esta vez lo que pedir solía,
que el momento se llegue venturoso,
en que el Grande y Divino Deseado,

rasgando el Cielo, baje presuroso,
a cortar el estigma del pecado.

...La estancia está en quietud; en torno de Ella
ni siquiera una ráfaga palpita.
Es ya de noche... Sólo alguna estrella
el tul de sombras de su rostro quita.

De improviso, María
escucha una inefable sinfonía,
cuyos rumores crecen por momentos,
en efluvios de ritmos y de acentos.

El ambiente satura una fragancia,
cual si todas las cosas,
conjuntamente, dentro de la estancia,
se cambiaran en rosas.

La luz, aquella tenue criatura,
que es su mejor hermana,
invade, milagrosa, la ventana,
para besar su mística figura.

En medio de la extraña maravilla,
el Paraninfo celestial asoma:
más que el sol del cenit su rostro brilla,
y un vientecillo suave se promueve
al plegarse sus alas, cual de nieve.

María, al verlo, siéntese turbada,
tiemblan sus manos cual marchitos lirios,
se anubla el resplandor de su mirada
y su alma inmaculada
se abstrae en humildísimos delirios.

El mundo, como siempre, se halla ajeno
a mirar más allá de lo terreno...

¡Entonces fué la Anunciación!
...Y dijo
su mensaje Gabriel:
-"Yo te saludo,
llena de gracia. El Dios tres veces Santo
contigo está. De todas las mujeres,
a tí, más que a ninguna, te bendijo.
De su presencia acudo,
trayéndote el mensaje sacrosanto,
su mensaje de amor: ¡Bendita eres!...
No temas, nó; que al verte Dios tan pura,
su Hijo quiere, Señora, hacerse tu hijo,
y el Increado ser en tí criatura.
Y este hijo de tu seno,
que has de llamar Jesús, será tan bueno;
que lo mismo dará nombrarlo un día,
Hijo de Dios o Hijo de María.
Sobre la sede de David su abuelo,
asentará el Señor al Rey bendito,

y su augusto reinado en la áurea casa
del Patriarca Jacob será infinito!...
Habla, habla ya, Señora,
que de tu voz depende Dios ahora!..."

Entonces Ella habló...
Mientras decía
el himno virginal de su pureza,
pensó Gabriel que aquella melodía
faltaba del Empíreo en la grandeza;
y medir pudo el infinito anhelo,
con el cual Dios quería,
trocar la excelsa plenitud del Cielo
por esta tierra mísera y vacía.

-"¿Cómo puede una virgen intocada,
concebir en su entraña inmaculada...?"

El Enviado repuso, que el misterio
su virtud no pondría en cautiverio.

¡Entonces fué la Encarnación!...
La pura
Doncella deja que abra
el milagro sus tocas de blancura:
-"Yo soy la esclava del Señor, murmura,
hágase en mí conforme a tu palabra..."

Y mientras el Arcángel se perdía,
Jehová, desde el Arca sempiterna,
por la ventana de la Profecía,
echa a volar a la Paloma Eterna,
que se posa en el seno de María.

Ya la oliva de paz queda sembrada
en el mísero surco de la nada...

El Hijo del Altísimo, que engendra
luz en los soles y olas en los mares,
como si fuera diminuta almendra,
germina oculto en tierra de pesares...

¡Es el minuto, que en el Paraíso
prometió Dios, cuando el pecado se hizo!...
¡Es el minuto que ordenó el Eterno,
para humillar las fuerzas del Averno!...

¡Dios te salve, María, en gracia plena;
el Señor es contigo.
En tu dicha se ahoga nuestra pena;
por Ti para la culpa no hay castigo!

Rosa blanca, tus pétalos vernales
en pascua de rocío se embebieron;
pues las nubes al Justo ya llovieron,
y corren cristalinos los raudales.

¡Eres raíz del Arbol de la Vida!
Al comer de tu Fruto bienhadado,
a ser cual Dios el hombre habrá llegado.
No sospechó la sierpe maldecida,
que su engaño en verdad fuera trocado...

¡Salve, Madre de Dios!: te repetimos,
desde la senda, en sombras, que seguimos.
Mas, para tanta gloria soberana,
acuérdate de que eres
troquel de Dios, pero de arcilla humana,
¡oh Bendita entre todas las Mujeres...!

Benedicta tu in mulieribus,
et benedictus fructus ventris tui.
Luc. I.—XLII.

ERA un alborecer tibio y fragante,
como el abrirse de un botón de rosa;
la orquestación de trinos del instante,
difundía su escala vagarosa.

Al sortilegio de la luz naciente,
en las ramas las sombras se enredaban,
y en el mar de oro vivo del oriente,
las cúspides lejanas se abrevaban.

Desde el soto vecino,
los mugidos potentes de los bueyes

temblaban en el aire matutino,
como si el corazón de la montaña
convocara a las greyes,
para rezar una oración extraña.

Los límpidos regatos, su abanico
desplegaban de espumas irisadas,
y cantando su eterno villancico,
se dejaban sorber por las manadas.

Era un amanecer tibio y fragante
de Nazareth, en ese dulce instante...

El manso carpintero,
desde la puerta del recinto oscuro,
tendía la mirada al derrotero,
por donde, como estela de un lucero,
se alejaba la Virgen, al conjuro
de la gracia divina. Junto a Ella,
los Angeles del Cielo caminaban,
y brotaba una flor por cada huella
que sus plantas purísimas dejaban.

Ensimismada en dulces pensamientos
iba María. La sagrada historia
de Israel resurgía en su memoria,
al contemplar los campos preferidos
por la diestra de Dios. A los concentos

del arpa de David, se sucedían,
como insectos de luz, los bendecidos
recuerdos de sus padres. Las figuras
de la eterna promesa refulgían,
con viva realidad, dentro su pecho,
en cuyo suave lecho
los más grandes prodigios se escondían.

Desde el valle feraz de Galilea,
a las agrias mesetas de Judea,
ascendía la santa peregrina.
No de otra suerte, desde el suelo sube
la linfa al cielo para hacerse nube.

A lo lejos, perdida en el boscaje,
se divisaba Hebrón. Flor de montaña,
besada por la brisa de la altura,
en su bíblica entraña,
ocultaba también otro miraje
de paz y de ventura.
Al contemplarla, desde la alta cumbre,
se conmovió la cándida viajera:
nuevamente, el misterio con su lumbre,
iba a inflamar el fuego de la hoguera.

La redención del pecador empieza:
¡mueve, Señora, el paso con presteza...!

Hasta que al cabo de anhelosos días,
arribó a la mansión de Zacarías.

Ternísima emoción, júbilo santo,
que se desborda en lágrimas de encanto.
Apenas Isabel mira a María,
siente en su seno, henchido de alegría
que, a impulsos de inefable regocijo,
la gracia del Señor bautiza a su hijo...

Entonces, desde el Cielo,
la inspiración de Dios, en raudo vuelo,
baja sobre Isabel:

-"Bendita eres,
¡oh María! entre todas las mujeres,
y bendito es el Fruto que ha brotado
de tu fecundo seno inmaculado!"

El Arcángel Gabriel, que era testigo,
del fúlgido misterio de este día,
en hilo de oro unía,
el saludo que ayer trajo consigo,
con este nuevo elogio de María;
y su voz nunciadora,
a la Virgen serena,
otra vez repetía:
¡Ave, de gracia plena!

Vuelve Isabel a hablar. Dicen sus labios,
que los designios sabios
conocen del Altísimo: -"De dónde
procede para mí tanta ventura,
que la madre de toda la Hermosura
se llegue a visitarme. Ella que esconde,
en la paz de su vientre inmaculado,
al Eterno y Divino Deseado!
El niño, que aquí dentro
late de mis entrañas, conmovido
de júbilo, parece que ha querido,
apenas vi la lumbre de tus ojos,
precipitarse rápido a tu encuentro
y prosternarse ante tus pies de hinojos.
Dichosa tú, que en dulce arrobamiento,
al escuchar del Nuncio las sagradas
palabras de Jehová, creiste humilde,
pues las cosas que fueron anunciadas,
han de tener en tí fiel cumplimiento".

Y al callar Isabel, como que el cielo
parecía vaciarse sobre el suelo...

La virgen sin mancilla,
objeto de inexhausta maravilla,
entonces dijo la oración sublime,
cuyas cadencias en sus arpas de oro,
de los Querubes recogía el Coro...

-"Las glorias del Señor mi lengua canta,
y su espíritu vibra en mi garganta;
porque, a pesar de la humildad, mi nombre
ha de ser bendecido por el hombre.
Grandes cosas obró la Inmensa Altura
con esta diminuta criatura.
La infinita piedad, como rocío,
refrigera en las almas el estío.
¿Al poder de su brazo, quién resiste?
Ante Dios el soberbio es polvo triste.
Al potentado del sitial destrona
y ciñe al pobre de inmortal corona.
A los que tienen hambre da sustento
y deja sin tesoro al avariento.
Al pueblo de Israel, como a un niño,
en su pecho le da paz y cariño.
Conforme al padre Abraham fué prometido,
el Señor a salvarnos ha venido!"

Hubo un silencio santo,
después de estas palabras celestiales.
Los Angeles, tal vez, su excelso canto,
dirían en arpegios inmortales.
Mientras el sol tejía las rituales
diademas de fulgor sobre las cosas,
y las brisas, en tenues espirales,
robaban el perfume de las rosas.

¡Señora! bien lo has dicho: el universo
te ha de llamar bendita, desde ahora.
Es tu nombre cadencia en todo verso,
es tu gloria claror en toda aurora.

Han de guardar, fervientes las edades,
tus palabras divinas ¡oh María!;
y en concierto de amor las voluntades,
te han de cantar. ¡BENDITA! noche y día...!

Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum.

Luc. II—X.

LA plenitud del tiempo se ha cumplido...
en semanas, sin término, los años,
al fin han transcurrido...
Ordena ¡oh Dios! que el vaticinio augusto,
que tu pueblo jamás echó en olvido,
le salve de sus crueles desengaños...
Manda que nazca para el mundo el Justo...!

César, emperador de todo el orbe,
como cuenta el zagal a las ovejas,
sin que nadie le estorbe,
para el día fatal del esquileo;

ha prescrito que todos los vasallos
de su imperio, que surge en apogeo,
empadronen su nombre y su fortuna,
en esa lista larga cual ninguna,
en que la turba humilde de vencidos
quedan al carro del Señor uncidos...

La prepotente voz del mandamiento
anunciada con ruido de trompetas,
irradiaba de la Urbe a las mesetas,
y sus ecos, momento tras momento,
cundían por los valles y poblados,
como cabalga el trueno sobre el viento
y lanza sus bridones desbocados
por la extensión total del firmamento.

Tierra de promisión, la Palestina,
escenario de prístinos milagros,
que la diestra divina
sembró como simientes en sus agros;

Heredad de los cándidos Patriarcas,
de luengas barbas y más luengos años,
que, opulentos de prole y de rebaños,
erigían altares y comarcas;

Sede de los Profetas luminosos,
como rayos del sol de medio día,

que, inebriados de célicos reposos,
vislumbraban la eterna teoría;

Gobierno de los Jueces y los Reyes,
que unieron inspirados y discretos,
a la sapiencia augusta de las leyes,
de un poder inefable los secretos;

Santuario de los Sumos Sacerdotes,
cuyas manos estambres de cilicio,
se mancillaban con los cruentos brotes
de la inocente res del sacrificio;

Patria de los leones vencedores
sobre Amón y los tercios filisteos;
Bandera de los límpidos fulgores
que tendieron al sol los Macabeos;

Tierra de promisión, la Palestina
también fué convocada para el censo:
rebelde a Dios, infiel a su destino,
roto el pacto divino
y esclavizada a la ambición latina,
ante el César quemaba el sacro incienso...

...Las gentes se movían presurosas,
invadiendo las rutas polvorosas,
pues que el decreto así lo prevenía,

cada familia concurrir debía
a la ciudad de origen.
Desde el fondo
del horizonte gris, cada mañana
asomaba una nueva caravana,
que al declinar el día, bajo el blondo
cortinaje del sol, cabe la vera,
desplegaba su tienda de viajera.
Y lamentando el triste cautiverio,
sus hambres aplacaba el peregrino,
más que con pan, con polvo del camino,
y con el vino amargo de su llanto
mitigaba la sed de su quebranto;
y alzaba al cielo las miradas mustias,
para hallar de la noche en el misterio,
un cobertor de duelo a sus angustias.

Por la senda tortuosa, entre el concurso
de la obligada gente trashumante,
un grupo caminaba sigiloso.
Perturbada la paz de su reposo,
la fatiga mostraba del semblante,
que venía de hacer un largo curso,
desde remotas tierras; y no obstante,
nadie podía ver en su mirada
la chispa del rencor que incendios deja,
ni de sus labios escuchar la airada
reprobación que estalla en una queja...

Marcha delante un hombre venerable,
de ojos serenos y de faz amable,
en cuya espesa barba nazarena,
la ceniza del tiempo desteñía
del brillante negror la lozanía.
Bajo su planta, la menuda arena
sonreía en cristales irisados,
y en los pies agrietados
por los guijarros de la senda dura,
la hierba innominada de los prados,
vaciaba de sus venas la frescura.

A la espalda llevaba la cestilla,
en que transporta el pobre caminante,
más que la provisión, la fe sencilla
en la inexhausta Providencia amante.
...Frutos secos cogidos por estío,
para acendrar inéditos dulzores...
miel de abejas silvestres, cual rocío
escanciado del cáliz de las flores...
un botijo de vino rojo y bueno,
caridad de entusiasmo y de ventura...
y escasos panecillos de centeno,
cuyo prístino aroma aún perdura...

Obediente al cabestro que lo guía,
mueve su paso un lánguido jumento:
en las turbias cisternas de sus ojos

se copia la distante lejanía,
y mientras hunde el casco en los abrojos
y en los hijares le rasguña el viento,
cenicientas, funámbulas, complejas,
al compás de pausado movimiento,
balancea las rítmicas orejas.

Sobre el dorso apacible
de la mansa y feliz cabalgadura,
viajaba una hermosísima doncella.
Pudiera la blancura
de su rostro eclipsar cualquier estrella.
Su mirada inocente,
siempre fija en el suelo,
fulgura más que el límpido relente,
cuando el alba sonríe desde el cielo.
Sus mejillas superan a las rosas,
que enfloran en diáfanos connubios,
del sol de Jericó los besos rubios
y del Jordán las linfas olorosas.
Y vuelan como blancas mariposas,
de su virgíneo aliento los efluvios.
De Cades es humilde la palmera,
al divinal hechizo de su talle,
y es menos suave que su cabellera,
el aceite lustroso,
que el olivo magnífico del valle
destila de su fruto generoso...

...Miran cerca a Bethlem. En la barranca
que se alza, por declives, del bajío,
la ciudad de David, pequeña y blanca,
se entumece de frío...

Ceñida de viñedos y praderas,
breve como un ensueño, está la villa.
Sinfoniza la música sencilla
del rabel pastoril dulces quimeras.
Y pueblan el recuesto los apriscos,
que descienden del monte a las majadas,
dejando entre las quiebras sus baladas
y copos de vellón entre los riscos.

Del urbano recinto tras los muros,
se agolpan impacientes los viajeros,
que el decreto del César ha llevado
por distintos senderos.
Hay confusión de gentes; los conjuros
suceden a los ruegos; pronto a éstos,
reemplazan el oprobio y los denuestos;
y aquel rumor de mar embravecida,
cundiendo al despoblado,
a las fieras despierta en su guarida,
que lanzan la protesta de su grito,
en nombre del silencio desgarrado,
bajo el combo negror de lo infinito...

Al fin, los inmigrantes
tuvieron, aunque estrecho, su acomodo.
Repleto está el mesón; lleno está todo
albergue de Bethlem; y sólo errantes,
discurren por doquiera dos viandantes,
que reclaman, con tímidas llamadas,
sin hallarlo en ninguna, pobre asilo,
a las puertas de todas las moradas.
Las ráfagas torturan con el filo
de las escarchas sus marchitas frentes;
la sed y el hambre acosan sus ardientes
y desteñidos labios; la fatiga
debilita sus miembros extenuados,
y la nocturna sombra les obliga
a divagar por barrios extraviados,
donde sus pies tropiezan con abrojos
y se inundan de lágrimas sus ojos.

...Entonces, olvidados de los hombres,
confiando sólo en Dios, José y María
se alejan de Bethlem.

En el regazo
de la abrupta montaña, se entreabría
la boca de una cueva silenciosa.
Tapizaba su suelo, como raso
de nítido verdor, el musgo suave;
y prendiendo en las grietas sus raíces,

mecida por el viento, como un ave,
desplegaba sus galas caprichosa,
una orquídea fragante.

En su recinto
de salvaje refugio, se acogían
pastores y ganados, cuando el cielo
se incendiaba en relámpagos, o urgían
los cierzos y las nieves su desvelo...

¡En tan menguado y miserable espacio,
el nuevo Rey erige su palacio...!

Al fondo de la cueva venturosa,
como se abre el capullo de la rosa
o despunta el fulgor tenue del día,
-desnudo, pequeñito, gemebundo-,
así del vientre intacto de María,
nace el MESIAS prometido al mundo...!

La plenitud del Cielo está en la gruta;
la Trinidad de Dios en ella mora,
y suspendido el curso de su ruta,
toda la esfera al Creador adora.

...Y apenas en su torno, sin embargo,
hay otra cosa que un silencio amargo...!

Extático el anciano, mira al niño,
Hijo de Dios, que es suyo desde ahora:
Padre Eterno del tiempo, su cariño
del Verbo auspicia la terrena aurora.

Es tanto el frío en la desierta ermita,
que, por darle el calor de sus resuellos,
hacia el párvulo extienden, que tirita,
un jumento y un buey su largos cuellos.

La Madre, del pesebre sobre el heno,
al abrigo, le ha puesto, de sus tocas,
y con piedad de lágrimas, las rocas
ablandan de tal cuna el duro seno.

....

....

Era la media noche... Las estrellas
emitían su lumbre más radiante;
dispersas por el negro firmamento,
formaban caravanas cuyas huellas
señalaban el paso de las horas.

Fugitiva como ellas y brillante,
en la rueca del viento,
devanaba la nieve los vellones
de no sé cuántas ignoradas greyes.

Las palmeras batían las sonoras
panoplias de sus recios pabellones;
y en el desierto sumo, como reyes,
promulgaban rugidos los leones.

¡Profunda noche, de hondo ministerio,
nodriza de la vida y del misterio...!

Era la plena noche. De repente,
de las tinieblas el negror profundo
se satura de luz indeficiente.
Ajeno el sol al brillo de este día,
pensó que concluía
su misión luminosa sobre el mundo!

Constelaciones de Angeles purísimos
sustituyen a todos los luceros,
y mientras su belleza el cielo puebla
y se aparta al abismo la tiniebla,
con acentos dulcísimos,
su voz se esparce en sones placenteros.

Y el himno sacrosanto,
repetido por valles y por sierras,
manda sus ecos sobre el mundo todo,
a redimir del mísero quebranto
a la prole de Adán, que dolorida
espera en la promesa de la vida.

Sencillos rabadanes que, en desvelo,
guardaban de Bethlem por los cortijos,
la pobre integridad de su rebaño,
discernir no podían si era engaño
o verdad tanta excelsa maravilla,
reverente en el suelo
doblada la rodilla
y en las alturas con los ojos fijos.

Entonces, desprendióse de su Coro
el más hermoso Príncipe Querube,
aquel que apareció sobre una nube
de rayos y centellas, cuando quiso
cerrar Dios para Adán el Paraíso.
Y con sus alas de plumaje de oro,
batiendo suave brisa vino a ellos,
y les dijo: -"¡Pastores!
no perdáis vuestro tímido reposo
ni temor os inspiren mis destellos.
Vengo a anunciaros el más grande gozo.
Todos estos fulgores,
que con asombro veis, y estos cantares,
que inebrian de armonías vuestro oído,
os dicen que en Bethlem os ha nacido
el Cristo, el Salvador. Son sus altares
un rústico pesebre y un establo,
en donde, entre pañales recogido,
como un hijo cualquiera de los hombres,

lo podéis encontrar. Y yo que os hablo,
prometí su venida,
por mandato de Dios, cuando los nombres
de la humana progenie maldecida,
fueron nombres de crimen y de muerte.
Ya queda satisfecha la esperanza!
se cumple la promesa que Dios hizo!
os abro nuevamente el Paraíso!
presto corred a vuestra bienandanza...!"

De pronto, desde todas las estrellas,
descendió la innombrable muchedumbre
del celestial ejército, y en bellas
cadencias de infinita melodía,
cantaban a porfía:
"¡Gloria a Dios en lo excelso de la altura...
Paz en la tierra a toda criatura...!"

o
o o

...Ya has nacido, Señor, seas bendito;
el hombre te esperaba por consuelo,
como espera al rocío, hijo del cielo,
el pobre cáliz de la flor marchito.

Me llego hasta tu cuna de granito,
de los pastores con el mismo anhelo;
a través de mi lírico desvelo,
mi fe no tiene un canto, sino un grito.

Señor recién nacido, tu pesebre,
escuela de modestia, de la fiebre
de soberbia y placer al alma libre.

Y en cada Navidad, nueva cadencia,
rabadán de sus versos, un felibre
venga con su cantar a tu presencia...!

...ecce Magi ab Oriente venerunt...
Matt. II—I.

CARAVANA de Oriente,
que viene desde reinos muy distantes;
rumor de lejanía que camina,
tras la luz seductora hecha diamantes,
de la estrella fulgente,
que almas y que senderos ilumina...

Caravana de Reyes, jardineros
de las flores del cielo: los luceros...
Han visto que allá arriba, de repente,
abrió el botón de luz la nueva estrella,
y por seguir su alucinante huella,
se vienen desde el fondo del Oriente!

Viejos Reyes de barbas de platino,
de ojos serenos como un cielo claro,
de cabellos mullidos como el lino,
de rostros hechos del marfil más raro.
Viejos Reyes astrólogos que saben
el oculto sentido de las cosas;
que descifran las cifras misteriosas
que en los signos celestes sólo caben:
vieron del astro nuevo la hermosura,
y se han puesto en camino el mismo instante,
como si el haz de lumbres que fulgura
les sirviera de imán, a lo distante.

Y se van... Ya se vienen... El desierto
les ve cruzar sobre su espalda bruna,
y el huracán se entierra como un muerto
debajo de la arena de la duna.

Largas filas de rítmicos camellos,
que conducen esclavos de Etiopía,
cuentan al balanceo de sus cuellos,
las horas lentas de la romería.

En línea paralela, va delante
el astro milagroso sin ocaso,
por su ruta brillante,
como los peregrinos, paso a paso.

No empece el sol a su fulgor potente,
que a la noche transforma en claro día,
pues la órbita de este astro omniluciente
escapa a la sidérea teoría.

Sobre el cenit apareció, sin orto,
en media noche de una noche buena,
al estupor del firmamento absorto
ante esta inundación de luz serena.

Pero... ¿es astro o no lo es?... No importa aquello:
hizo antes Dios la luz, que no la estrella.
Acaso quedó oculto este destello
de la luz primigenia, que brotara
del **fiat** creador a que con ella
el nuevo excelso día se iniciara.

Venid, Magos de Oriente, desde el fondo
de la sabia Caldea milenaria;
filósofos magníficos del hondo
pensamiento del grave Zoroastro;
venid, traed vuestra alma solitaria,
no en pos de los fulgores de aquel astro,
que en el Irán mirasteis conmovidos
sino en pos de la lumbre sempiterna,
que se inhiben de asirla los sentidos,
pero que alumbra la mirada eterna.

No la perdáis de vista; que si ocurre
que la dejéis de ver, vuestro sendero
se esconderá en tinieblas más atroces,
que las que atrás se quedan gravitando;
y en vez del ideal que vais buscando,
al palacio entraréis de un hombre artero,
en cuyo pecho todo mal concurre
y a quien fulminan dos ingentes voces:
la del pueblo que execra su presencia
y la de Dios que quema su conciencia.

Acabo de deciros... Ya la estrella
borró del cielo su inefable huella...!

No penetréis, oh Magos, al recinto
del rey podrido en alma y en materia.
No importa que perfumes de jacinto
unjan la fetidez de su laceria.
Ese hombre apesta sobre el mundo entero;
ludibrio de la especie es aun su nombre;
podría hallarse de él símil certero
si del Mar Muerto se engendrara un hombre...

Mas, penetrasteis ya!... Salid de prisa,
a buscar aires puros en el campo:
que os besen las frescuras de la brisa
y halléis, de nuevo, de la estrella el lampo.

Pero, os digo desde hoy: cuando en regreso,
tornéis a vuestras levantinas tierras,
salvad atajos escarpad las sierras,
mas huíd, huíd lejos del poseso.

...Y ahora proseguid en vuestra marcha;
vais cerca de Bethlem, en donde el dueño
del astro que miráis, entre la escarcha,
duerme en la flor del más tranquilo sueño.

...Vedlo, por fin; ya se abre a vuestros ojos
la inocente blancura de su armiño.
Caed ante El; ante El caed de hinojos:
es el Dios que buscabais... hecho niño...

El regazo sutil de esa Doncella,
que allí veis, concibió tanta hermosura.
No lo pongáis en duda, si a la estrella
supo dar vuestra ciencia fe segura.
Precisamente, porque magos sabios
sois vosotros, tal signo os fué previsto;
de modo que al girar los astrolabios,
en el lucero conozcáis a Cristo.

Más sencillos e ingenuos, los pastores
tuvieron otro signo: los Querubes,
que en bandadas bajaron como nubes,
a anunciarles del Cielo los favores.

(¿Alguno de esos ángeles ha sido,
la estrella que os condujo hasta el establo?)

...Sólo un seno de Virgen ha podido
ser, en el mundo, para Dios, retablo...!

Adorad al Infante, oh sabios Reyes,
y a la Madre Doncella, que os lo entrega.
Tiempos nuevos regulan nuevas leyes,
del trigal de Israel haced la siega.

Abrid los ricos cofres de los dones,
que de Madián y de Epha habéis llevado;
que en ellos comprendéis los corazones
de cuantos a Bethlem no hemos llegado.

Sois personeros de la estirpe humana
en tiempo y latitudes esparcida;
formamos parte en vuestra caravana
los que hoy vivimos la cristiana vida.

Derrochad de los cofres el tesoro:
tú, Gaspar, quema incienso perfumado;
tú, Baltasar, trae bálsamo sagrado;
y tú, Melchor, saca a lucir el oro,
todo el oro que puedas; siquiera éste
deje de ser codicia de la escoria:
que tu desprendimiento a Dios le preste
oro a cambio de réditos de gloria.

Y tu incienso, Gaspar, suba en volutas,
desde los pies del Niño, hasta las nubes,
cual si fueran escalas impolutas,
a que bajen del cielo más Querubes.
Suaviza, Baltasar, con tu resina,
las ásperas aristas del establo,
a que no hieran en la piel divina,
a manera de filos de venablo.

...Y volvéos, después, Magos brillantes;
trinidad de pontífices paganos;
y anunciad a los pueblos ingorantes,
que no hay más Dios, que el Dios de los cristianos.

...Mas, volvéos por sendas extraviadas,
y huíd de Herodes el contacto inmundo.
Llevaríais las almas mancilladas,
si a ese hombre vierais, que inficiona el mundo.

Tunc, Herodes... iratus est valde,
et mittens occidit omnes pueros.

Matt. II—XVI.

QUE SAÑA hierve en tí, rey sanguinario,
que truecas la escarlata de tu veste,
con la cerdosa piel de los chacales,
y abriendo de tus fauces el osario,
en lugar de un banquete de animales,
devoras carne hecha de azul celeste?

Si al hartarte, siquiera, con estrellas,
se te volvieran blancas las entrañas...
pero, tantas negruras hay en ellas,
que engendras cada vez sombras extrañas...

¿No llegan a tu oído los lamentos,
más potentes que el trueno y que los vientos,
que brotan desde el pecho de las madres,
cuando les quitas tú los tiernos hijos?
¿Qué ansiedad hay en tí, para que ladres
tu ladrido convulso de rapiña,
cuando husmeas ciudades y cortijos,
y trotas por el valle y la campiña,
buscando cual jamás otro algún lobo,
carnes de lirio y sangre de azucenas,
que hinchen tu vientre y corra por tus venas,
para agotar lo blanco de ese modo?

Mira, no sigas en tu loco empeño:
el Niño que tú buscas duerme un sueño
de apacible ostracismo en tierra ajena;
del río transparente en las orillas,
le hace de cuna la brillante arena;
hay un revuelo blanco de avecillas
en torno a El, y con paganos brazos,
los juncales le dan suaves abrazos.

No es la primera vez que tiene el Nilo
el ministerio de servir de asilo,
a un niño redentor; igual que una arca,
tras de cuyo cristal fueran salvados,
uno y otro monarca,

para un reinar eterno deparados:
del Sinaí, Moisés, el Mandatario,
y Jesús, el Maestro del Calvario...

...Zagala la mañana, se da prisa
de conducir por faldas y barrancas,
de la nieve las mansas greyes blancas,
con su fusta de brisa.

Como un perro doméstico, aterido,
se da vueltas en torno de la casa,
el humo del hogar, hasta que pasa
la racha que lo arrastra hacia el olvido.

Lentamente, a través de los cendales,
la línea de las cumbres se perfila,
y el sol, sin perspectivas cenitales,
pone en blanco la anémica pupila.

Los niños de Bethlem están dormidos
en sus cunas mullidas de inocencia:
las madres, cual las aves, tienen ciencia
para abrigar con suavidad los nidos.

Invaden, de improviso, las moradas,
a manera de trombas desatadas,
los soldados del Rey, y en donde quiera
que un niño miran en la edad primera,
se precipitan ebrios de locura,

blandiendo rechinantes las espadas;
y de cada riente criatura
echan por tierra los despojos yertos,
envueltos de la sangre en los pañales,
mientras hunden en tétricos morrales,
como botín de la feroz victoria,
las rubias cabecitas virginales,
con los límpidos ojos entreabiertos
y la flor de los labios en capullo,
para ofrenda del monstruo, cuyo orgullo
ha de pensar que ha reducido a escoria
del Niño de Bethlem la excelsa gloria...

Y de este modo, aquella blanca aurora,
tocada con las gazas del invierno,
se hace roja, de un rojo tan eterno,
que en perenne virtud renovadora,
por cada pulcro lirio,
ha de engendrar mil rosas de martirio.

En confusión siniestra,
se ovillan, por doquier, grupos humanos:
hay gentes que se arrastran convulsivas,
hay manos que se enredan a otras manos,
ojos chispeantes, labios temblorosos,
cuerpos desnudos, rostros sudorosos;
vestiduras que vuelan desgarradas,

armas que al sol despiden llamas vivas;
hay denuestos, sarcasmos, carcajadas;
hay lamentos, hay súplicas, hay gritos;
y entre torturas y ayes infinitos,
en las feroces garras de un soldado,
el cadáver del niño degollado.

¡En el maldito campo de la tierra,
la crueldad al amor promueve guerra!

Allí una madre corre, a toda huída,
a través de laderas y ribazos,
estrechando, frenética, en los brazos,
el dulce fruto de su triste vida;
en su ansiedad, parece que quisiera
rasgar de nuevo la materna entraña,
y ocultar de la vista de la fiera
su niño objeto de implacable saña.

Acá hay otra mujer, a quien alcanza
el infame verdugo,
que, con la fina punta de la lanza,
hiere al hijuelo en la risueña boca,
donde al par de la sangre que provoca
la cruenta herida, fulge rutilante
la última gota, que cual suave jugo,
brotara al seno de la madre amante.

Todo es desolación, todo amargura;
y cuando el día a declinar empieza,
está la tierra pobre de blancura
y está el cielo repleto de pureza...

Los ángeles guardianes de los niños,
recogieron el prístino tesoro:
sus almas, sus sonrisas, sus armiños,
y de las madres el inmenso lloro.

Y tendieron un arco, como prenda
de que jamás otro diluvio habría
con la sangre inocente, que en ofrenda
se derramó a torrentes ese día.

¡Salve, Grupo de Mártires Pequeños!,
los primeros de todos, que entre sueños,
vuestra vida ofrendasteis en rescate
de la de Dios, entonces diminuto.
En su Cielo, El os paga aquel tributo:
de vuestras cabecitas degolladas,
tenues alas despuntan irisadas,
y formáis del Empíreo en las alturas,
un Coro de Querubes Mariposas,
que voláis de la Cruz entre las rosas,
y en tanto el Corazón de Cristo late,
chupáis vosotros todas sus dulzuras.

...Nesciebatis quia in his,
quae Patris mei sunt, oportet me esse?

Luc. II—XLIX.

SOBRE el regazo de la primavera,
jugueteaba la lumbre mañanera,
ensartando en las hebras de la aurora,
las platinadas gemas del relente.
Brotaba donde quiera la sonora
exultación de mágica armonía,
con que saluda al sol de cada día
el himno de los pájaros ferviente.

Desde Jerusalem la populosa,
se vaciaban por todos los caminos,
caravanas de unciosos peregrinos,
que, pasada la fiesta esplendorosa

del Parasceve, hacia el hogar distante
tornaban otra vez, llevando el alma
inflamada en piedad, como el zahumerio,
que, desde el braserillo crepitante,
todo el ambiente ensalma
con aliento de aroma y de misterio.

De improviso, de un grupo o de otro grupo
de aquellos peregrinos reverentes,
se alzaba en voces de imponente coro,
el cántico que supo
preludiar de David el arpa de oro:
"¡Alabad al Señor, todas las gentes;
Naciones todas, ensalzad su gloria!"
Y entonces, de la turba migratoria
respondía la inmensa marejada:
"¡Porque en nosotros su piedad ha sido
siempre y en todas partes confirmada,
y la verdad que Dios nos ha infundido,
eterna permanece en su memoria!"

Y el eco de los montes repetía
la salmodia lejana,
y cada cumbre al cielo trasmitía
la ardiente voz de la plegaria humana...

De los varones en la larga hilera,
avanzaba José; mientras María

caminaba en la turba de mujeres.
Cada cual presumía,
que el Niño iba del otro en compañía,
y que a la tarde, la familia entera,
en la fusión de pobres menesteres
del yantar y el reposo se uniría.
Pero, al llegar al fin de la jornada,
mutuamente, con ansia, se interrogan,
y en los grupos de amigos y parientes
inquieren con angustia. En vano. Nada
logran saber del Niño;
y cuanto más le piensa su cariño,
más el llanto sus pechos anonada.

-"¡Hemos perdido a Dios por culpa nuestra..!
Conducirlo debimos de la diestra...!"

Como a Jacob, les torturó la mente
la idea de una fiera sanguinaria,
que clavaría el formidable diente
en la víctima inerme y solitaria;
y presentían ver en un recodo
del tortuoso camino,
la sangre confundida con el lodo,
y la impoluta túnica en jirones,
suspensa de un espino,
que prendiera más bien sus corazones.

Otras veces tenían en los ojos
la imagen de Jesús, al fondo mismo
caído de un abismo,
enredado en zarzales y en abrojos,
y escuchaban sus quejas lastimeras,
a través del rumor de la montaña,
que tupía la lóbrega maraña,
para que nadie en su socorro fuera...

Acaso alguna taifa de ladrones
le sorprendió, y al verlo tiernecico
y bello como el lampo de la aurora,
cual rehén, le tendrían en prisiones,
de una negra caverna en el hocico,
hasta que llegue la hora
de que fuesen sus padres, en delirio,
a rescatar su vida del martirio...

Présagos de tan triste sentimiento,
que, sin decirse, entrambos columbraban,
toda la ruta andada desandaban,
a la menguada luz de las estrellas,
buscando en el agreste pavimento
del rapazuelo las menudas huellas.

No era vana quimera... en la maleza,
hay algo que blanquea y que se agita;

al verse sorprendido, un lobo grita,
huyendo con vehemente ligereza...
Corren los dos hacia el lugar siniestro.
No es El!... Un tierno recental palpita,
que entre las manos de María deja
su último aliento y su postrera queja...

...Ya el sol que asoma en un rincón del cielo,
nuevo vigor les da y andan de prisa.
Al frente está Sión; la fresca brisa
pone en sus rostros besos de consuelo...

Atraviesan las ínclitas murallas
y le buscan por calles y cortijos;
en todas las posadas y mesones,
cada vez con afanes más prolijos.
A su dolido amor no existen vallas;
no hay casa cuyas puertas no franqueen;
les prodigan sarcasmos y baldones;
pero cualquier desdén y menosprecio,
para encontrar a Dios, es bajo precio.

Corazón gigantesco hecho de piedra,
en diástole perpetua de plegaria,
alza el Templo su mole legendaria,
que al rigor de los siglos no se arredra.

De la gloria judía rico emporio,
en su recinto de piedad henchido,
vivió la Virgen la porción serena
de sus primeros años, hasta el día
en que hubo florecido,
para señal del casto desposorio,
la vara de José pobre y baldía,
en la más blanca flor de la azucena...

Allí estuvo también, cuando llevara,
prestando cumplimiento
de la Ley de Moisés al mandamiento,
a su Niño unigénito ante el ara
de Jehová, y diera por rescate,
más bien que la pareja de palomas,
el propio corazón, cuando al embate,
del vaticinio cruento,
no quedaron en su alma otros aromas
que aquellos que destila el sufrimiento...

La madre joven y el esposo anciano
se internaron allí, con reverencia:
¿dónde, con más acierto y excelencia,
buscar a Dios podían que en lo arcano
del Templo, única casa que en el suelo
puede albergar al Príncipe del Cielo?

Tres días han pasado de amargura,
hasta que al fin renace su ventura...

En un círculo magno de Rabinos,
de rostros graves y cabellos canos,
que, enrrollados sostienen en las manos,
de la ley los mugrientos pergaminos,
toma asiento Jesús. La primavera
de sus floridos años juveniles,
contrasta del otoño con la austera
edad de los doctores ya seniles.

...Son hondas, son profundas las cuestiones,
que ante el Niño propone cada Escriba;
mas, El con omniciencia las derriba,
sin que un ápice falte a sus lecciones.

A su turno, Jesús les interroga,
y quedan sin respuesta sus preguntas:
que ante Dios, su saber el hombre abroga,
y nunca pueden elevarse juntas
la corta luz de la conciencia humana
y la divina mente soberana!

¿Qué sabe el gusanillo de la tierra,
de aquello que en los límites se encierra
de la infinita Esencia omnipotente?
Cabe apenas del astro algún reflejo,

en cada humilde gota de relente,
y si el astro se oculta, no hay espejo
para captar su imagen refulgente.

Dejad, más bien, doctores, que el lenguaje
de la Madre termine este pasaje:
para encontrar a Dios, más que la ciencia,
vale el amor y vale la inocencia...

-"Hijo mío y Señor, dice María,
¿por qué de esta manera has procedido,
con tus padres que tanto te han amado?,
¿por qué de nuestros brazos has huído?
Tu padre y yo doquier te hemos buscado,
angustiados, sin rumbo, sin sentido,
y sólo al tercer día
de indecible agonía,
en la Casa de Dios te hemos hallado...!"

Con solemne mesura,
a su vez, le replica Jesucristo:
-"Y vosotros ¿por qué con tal premura
me habéis buscado? ¿No sabéis, acaso,
que Yo debo, conforme está previsto,
entender en las cosas de mi Padre?
Desde el nacer del sol hasta el ocaso,
ha de mover mi paso
el afán de su gloria...!"

Dulce Madre,
has encontrado a tu Hijo. Eres dichosa.
Esta vez, en tu mente
concibes a Jesús, pues su palabra,
en el fondo de tu alma silenciosa,
para siempre, desde hoy, queda latente!
Ya nunca más has de perder a tu Hijo,
aunque le veas hecho crucifijo!

Y también Tú, Patriarca generoso,
encontrando a Jesús, eres dichoso.
Pronto la muerte ha de apagar tu lumbre,
pero al cerrar las puertas de la vida,
te has de mirar de pie sobre la cumbre
donde empieza la tierra prometida:
suspenso el sol de Cristo en tu camino,
ha de alumbrar tu postrimer destino.



Fuit homo missus a Deo...
Jo. I—VI.

Murmujeando entre frondas de esmeralda
y copiando en su espejo las colinas,
las linfas del Jordán van saltarinas,
bajo un sol de verano medio gualda.

El Líbano le da su manantío,
de las nieves perpetuas de la altura;
tal vez por eso habrá tanta blancura
en los copos de espuma que hace el río.

Confidente de setos y vallados,
de trigales, viñedos y alquerías,
perfuma sus doradas alegrías,
con todos los perfumes de los prados.

A través de su prisma fugitivo,
se truecan las arenas en diamantes,
y pecesillos mágicos y errantes
le cruzan como flechas de oro vivo.

Conoce los paisajes palestinos,
que abraza en ondulante serpenteo;
se besa con el Lago Galileo
y le hurta sus secretos cristalinos.

Y esquivando las sedes del desierto,
se esconde entre breñales y marañas,
hasta que, al fin, le sorben las entrañas,
pestilentes y oscuras del Mar Muerto...

...Hubo un hombre que Dios envió a la tierra,
cuyo nombre era Juan... ¿En él se encierra,
tras carnal envoltura,
de algún arcángel la existencia pura?
Bien puede ser... Cuando Isabel, su madre,
al concebirlo incurso en el pecado,
recibió la visita de otra Madre,
la de Jesús, sintió el grávido seno

exultarle de gozo no pensado,
y era porque, tal vez, el alma humana
de su niño, inyectada del veneno
de la culpa primera,
se mudaba en espíritu arcangélico,
pues, ha querido Dios que siempre abriera
un ángel todo pórtico evangélico...

Juan y Jesús son dos vidas amigas,
cuando juegan sus juegos infantiles,
vertiendo Juan el agua en los cantiles
y formando Jesús cruces de espigas.

Mas, de repente Juan, con paso cierto,
marchó a aprender en tigres y leones,
a ser la voz que clama en el desierto,
para rugir, rugiendo admoniciones...

Desde entonces, jamás, nunca le han visto
ojos humanos en lugar alguno;
hasta que, un día, apareció provisto
de un cuenco hecho de fruto de palmera,
del Jordán en la plácida ribera,
diciendo cosas para todos raras,
y bañando con agua de la fuente,
de tantos hombres crédulos la frente.

-"¿Quién eres tú, le dicen y qué quieres?
¿Cuál la misión que traes? ¿Acaso eres
Elías redivivo o un profeta
distinto de los otros,
que has venido a anunciar que hacia nosotros,
la hora de Dios completa,
llega del Rey el Reino soberano,
del yugo a redimirnos del romano?"

-"Ni Elías soy, ni otro profeta alguno...
Yo soy la voz que clama en el desierto...
Preparad con cilicio y con ayuno
para la vida vuestro cuerpo muerto..."

-"¿Eres el Cristo, entonces? ¿El Mesías
por Dios a nuestros padres prometido?"
-"No soy el Cristo yo; mi cometido
es proclamar que están cerca sus días;
indigno soy yo de El, aun cuando sea
de atar de su zapato la correa.
El sólo es el Cordero
que limpia todo mal del orbe entero.
Llenad bajíos, aplanad laderas;
rectas las sendas sean, que conduzcan
del recinto del alma a las praderas.
Yo bautizo con agua; su bautismo
de Espíritu ha de ser... ¡Ah! su Bautismo...!"

o
o o

...Y el Profeta era así: Rostro sereno,
ojos cargados de horizontes grises,
inviolado cabello nazareno,
barbas en cespedón de agrias raíces.
Los labios tal pajizas flores de heno,
las conchas del oído sin barnices,
la nariz estriada cual barreno,
arrugada la frente en cicatrices.
Sarmiento seco del que está pendiente
la zamarra de piel, por vestidura:
casi no lleva cuerpo el penitente.
Y las turbas le miran cual divino,
porque, a pesar de su híspida figura,
jamás otro hombre tuvo igual destino...

o
o o

...Una mañana así como cualquiera,
de aquellas en que Juan riega el bautismo,
confundido en la gente que lo espera,
se encuentra el Salvador. Cuando los ojos

del Profeta lo miran, impulsado
por santa inspiración, corre a su lado,
para postrarse ante Jesús de hinojos.
Mas, Cristo le interrumpe:
-"Dame el bautismo Juan". -"Señor, debiera
yo pedírtelo a Tí; ¡y de mis manos
quieres Tú recibirlo...! No comprendo
el fin de tus designios soberanos".
-"Déjame, Juan, cumplir toda justicia,
que, si no entiendes Tú, Yo bien lo entiendo:
es menester que se haga
la voluntad del Padre que me envía;
porque debe curarse en Mí la llaga
de la ajena soberbia".
Y sonreía
el agua del Jordán, ese momento,
codiciando cubrir como de un manto
de cristal, todo el Cuerpo sacrosanto...

...Ya se inmergió Jesús entre las ondas...
...en espumas florece el agua casta...
...hay una inclinación total de frondas...
...cada ave en el silencio un trino engasta...

Y como Cristo es trigo echado al río,
y nunca en el trigal faltan corolas:
por manos de las brisas del estío,
se bautizan con El las amapolas...

°
° °

¿Qué le dijiste, Juan, al bautizarlo?
¿Cómo le bendijiste, si no había
la forma de hoy, que basta
para santificar todas las cosas?
Precisamente, porque no podía
ser cabal tu bautismo de agua fría,
y el bautismo de Cristo es el del fuego,
viste las puertas entreabrirse luego,
del infinito cielo, y milagrosas,
las palabras oíste de Dios Padre:
-"Este es el único Hijo de mi Esencia,
en quien Yo tengo toda complacencia.
Desde mi eternidad el bien amado,
para el bautismo de los hombres dado..."
Y viste que el Espíritu bajaba,
como paloma tenue, hacia la fuente,
y que el plumaje níveo se plegaba,
cual sobre un nido, en la cristina frente.

La nueva bendición queda prescrita:
los Bautistas de todas las edades,
para lavar con agua, las maldades
del reato congénito en el hombre,
han de invocar el misterioso Nombre

del Padre Dios, del Hijo Dios, del Santo
Espíritu de Dios. Y así, proscrita
ha de ser, para siempre, la maldita
sierpe que hizo el Edén valle de llanto.

Tu misión has cumplido, Juan Bautista;
abandona el Jordán, vuelve al poblado.
Bautizado has de ser, tú, bautizado
también... mas, no con agua.
El agua es para el símbolo; la sangre
para la realidad de tu bautismo.
La sangre tuya, ardiente como fragua,
salpicada en el rostro del cinismo,
ha de ser la escarlata vestidura
que ha de amparar, desde hoy, toda blancura...
...Porque la casta nitidez del lirio,
del inmundo pantano al cieno afrenta,
tu cabeza cayó, flor de martirio,
bajo la espada del verdugo cruenta.

¡Tu lengua, voz vibrante del desierto...
tu lengua, de un punzón atravesada!
El crimen, en su loco desacierto,
piensa borrar su huella malhadada,
acallando tu voz. Pero Herodías,
más que la lengua, sabe, del Profeta,
que aquel punzón su propia alma taladra,

de manera efectiva, aunque secreta.
Pues, del remordimiento la saeta,
a cualquier otro punto dirigida,
siempre regresa al mismo de partida...

¡Si tu lengua ha callado, queda el vicio
de la propia conciencia en el suplicio!

Entre todo hijo de mujer, has sido
en la tierra, Bautista, tú el primero;
cuando Cristo a su cielo haya ascendido,
serás también su más bello lucero;
que en las noches solemnes de Judea
sumerja en el Jordán su lumbre grata,
mientras el agua solitaria sea,
para alabarte, un salmo hecho de plata...

...Rabbi... ubi habitas?
Jo. I—XXXVIII.

JESUCRISTO ha venido del desierto,
después de que Satán le hubo tentado...

Para que nadie caiga en más pecado,
se sometió el Señor al desconcierto
de las tres tentaciones infernales.

La tentación abyecta de la gula,
que embrutece a los mismos animales...

La tentación fatal de la soberbia,
que el fulgor de los ángeles anula...

Y la otra tentación, la de codicia,
que a los hombres induce a la protervia
de cambiar la razón con la estulticia...

"...Si Tú eres Dios, haz de las piedras panes..."

"...Si Tú eres Dios, arrójate al abismo..."

"...Si Tú me adoras, yo te entrego el mundo..."

Apártate, Satán, torna al profundo
antro del cual saliste; has confundido
a Dios con el montón de ganapanes,
que sólo para hartazgos han nacido.
Apártate, Satán, Dios no se arroja,
por complacerte a tí, cual flébil hoja
que del árbol arranca la tormenta.
Apártate, Satán, Dios no se vende
por tierras y por reinos miserables,
a los que pones tú precio de afrenta.

Escrito está: no es único alimento
del hombre el pan; que su mejor sustento
es el verbo que Dios da de su boca.

Y está escrito también: que nunca tientes
a tu Dios y Señor, como a las gentes
a quienes tu maldad a mal provoca.

Y más que todo está, por siempre, escrito:
que envuelto con tus llamas de precito,
has de adorar al Dios de lo infinito...

....

Tras largo ayuno de cuarenta días,
Jesucristo ha venido del desierto,
con hambre de empezar sus correrías,
en conquista de amor, a campo abierto.

En cierta tarde de estival hechizo,
transita del Jordán por un atajo,
esquivando con paso escurridizo,
la móvil sombra que proyecta abajo.

Amante fino de almas inocentes,
no las requiere con llamadas graves;
es como el cazador, que echa simientes
sobre el erial, para atraer las aves.

Apenas el Bautista lo distingue,
exclama jubiloso: "Ahí va el Cordero,
el que la mancha de la culpa extingue,
el que es antes que todos, el primero..."

Tan apremiantes fueron las palabras
del santo Precursor, y puso en ellas

tal golpe de pasión, que se marcharon
sus discípulos, luego, por las huellas
que dejaba Jesús en el camino.

Andrés y Juan se han dado mayor prisa,
y cuando de alcanzarlo están a punto,
torna hacia ellos la faz el peregrino:
-"¿Qué perseguís, les dice; Yo os pregunto?"
-"Maestro ¿en dónde vives?" dicen ellos.
-"Venid y ved"...

Los últimos destellos
del sol que declinaba de su ruta,
entraron de los tres en compañía,
a la salvaje gruta,
donde Jesús entonces residía.

Allí, en la intimidad de ese escondrijo,
mientras se iban prendiendo los luceros
de la apacible noche de Judea,
¡qué dulces confidencias no les dijo,
el Cristo a sus prosélitos primeros!
qué pláticas tan suaves! que expresiones
tan propias de sencillos corazones!
qué insinuación tan pura de la idea,
de que el reino de Dios ha comenzado,
para cuantos en él han esperado!

Y así el diálogo fué de convincente,
y tan a flor del alma las verdades
que revelarles supo el Nazareno;
que salieron los dos, llena la mente
de nunca vislumbradas claridades,
para buscar, con ánimo vehemente,
otros adeptos al Rabino bueno.

-"¿Qué haces ahí, Simón? ¡hemos hallado
al Mesías ha tiempos anhelado!"
dice Andrés a su hermano. "Ven conmigo,
para que seas tú también su amigo".
Y cuando el pescador a la presencia
llega de Cristo, con solemne acento:
-"Tu nombre fué Simón, dice, hasta ahora;
y piedra has de llamarte desde esta hora".
Simón, el hijo de Joná, la ciencia
no comprende del nombre que hoy recibe;
mas, sabe ya su ingenuidad de niño,
que, a partir de este lúcido momento,
es todo, del Maestro, su cariño.

Rodeado de los tres, Jesús partía,
a la mañana del siguiente día,
con rumbo a la florida Galilea.

Entre todas electa, algo de cielo
tener debe esta tierra, que su suelo,
del Maestro los pasos atraía.

Tal vez la gracia límpida del lago,
cuyo espejo bruñido,
es trozo de la altura desprendido.

El recuerdo, tal vez, cual dulce halago,
del hogar venturoso,
trasunto fiel del eternal reposo.

Tal vez esos paisajes tan amenos,
fuentes de alegoría,
para el nuevo sermón de cada día.

Tal vez el coro de ángeles terrenos
-gente de broza, rudos labradores-
que han de ser sus apóstoles mejores.

...Jesucristo, es lo cierto que desea
marchar esa mañana a Galilea...

...Y se ha marchado ya...
Tiene el sendero
la emoción de besar la suave planta
del fúlgido viajero,
a cada paso que éste se adelanta.

Tan bueno, cual los tres que ha conquistado,
en la curva imprevista de un recodo,
Felipe de Betsaida es alcanzado.
Al pasar a su lado,

Jesús le dice: "Sígueme", de modo
que hay urgencia en la súbita llamada;
y no detiene ya a Felipe nada,
que por irse con El, lo deja todo.

¿Dejarlo todo? ...No... Felipe piensa
conducir un amigo,
hacia Jesús consigo,
sin meditar en otra recompensa
que la de hacer el bien. ¡Qué buen apóstol,
desde el primer instante,
resulta este Felipe trashumante!

Cerca de allí, Natanael medita,
a la sombra acogido de una higuera,
en la grandeza que Israel espera,
por la palabra de Jehová bendita.

"¡Natanael! ¡Natanael! Ya se halla
Aquél, entre nosotros, que anunciado
lo tuvieron Moisés y los Profetas:
el hijo de José, que es carpintero,
en Nazareth!"
-"¡Calla, Felipe, calla!
¿Presume tu candor que algo preciado
ha de salir de Nazareth?..."
-"Prefiero

que por tus ojos mires. Ser testigo
podrás de la verdad que yo te digo".

Natanael, hacia el Maestro viene,
de su conciencia, al fondo, con la duda;
y Jesús, que lo ha visto, hacia él avanza,
y primero, al escéptico saluda,
con un saludo henchido de confianza:

. -"Ved aquí un verdadero israelita,
en quien no existen ni doblez ni engaño!"
-"Señor ¿cómo lo sabes? Es extraño
lo que Tú dices..."

-"Cuando a darte cita,
partió Felipe, bajo la enramada
de la higuera te vi..."

-"Señor, es cierto
que eres Hijo de Dios, pues tu mirada,
lo que está oculto, pone al descubierto!

-"Has creído tú en Mí, porque te he dicho,
que te miré debajo de la higuera;
habéis de ver, en cambio, abrirse el cielo,
vosotros mis discípulos,
y descender en luminosa hilera,
los ángeles de Dios, en cuyo nombre,

para el Hijo del Hombre,
cumplido amor han de traer al suelo".

Fruto de ese árbol noble y generoso,
Natanael, por Cristo, es elegido;
cuando otro estéril halle, aunque frondoso,
lo dejará, por siempre, maldecido.

Tiene ya sus heraldos el Mesías;
muy bien puede llegar a Galilea,
y comenzar allí tras breves días,
la siembra milagrosa de su idea.

Un Santiago vendrá, y otro Santiago,
un Tomás, un Mateo,
también otro Simón; por fin, Tadeo,
y cuántos otros más, que desde el lago,
soltando remos, arrancando mallas,
relegando el sembrío y el barbecho,
olvidando las mesas notariales,
de un salto han de vencer todas las vallas,
de los pobres afanes terrenales,
para seguir, sin cálculos y de hecho,
a Cristo en sus labores redentoras,
aunque como El, en las cansadas horas,
de una piedra carezcan inclemente,
para apoyar la sudorosa frente...

Mas, no importa: Jesús y sus electos,
obreros de una mies desconocida,
con semillas de amor, a manos llenas,
van a sembrar los campos de la vida...

Vinum non habent...

Jo.—II—III

PASABA el regocijo de las bodas,
entusiastas, cordiales, rutilantes;
todas las dichas, las venturas todas,
auguraban amor a los amantes,
que bajo el rito de Moisés juntaban,
en una sola, sus dos vidas de antes.

Mancebo grave, de mirar airoso,
de brazo fuerte y de alma bien nacida,
en la apostura del novel esposo
el vigor se difunde de la vida.
Labrador de su fértil labrantío,
sabe rasgar la tierra con la esteva;

mas, si ahecha semillas por estío,
también caza a los lobos en su cueva.

Doncella casta, de mejilla rosa,
de mano activa y corazón sincero,
en el semblante de la nueva esposa
hay un frescor de aroma mañanero.
Hilandera de linos y vellones,
cuida el linar y pasta los rebaños,
y si amasa candeal en artesones,
adereza también mesas y escaños.

Los dos nacieron uno para el otro,
gotas gemelas de una misma fuente:
Dios quiso que en un punto convergente
se encontraran un día sus caminos,
y El mismo estuvo a bendecir las bodas,
que hizo uno solo de los dos destinos.

La sala del festín estaba lista.
El sol de medio día, como amigo
de la feliz pareja, era testigo
de la fiesta nupcial. Haces de flores,
en guirnaldas de idílicos fulgores,
al ambiente rendían sus aromas.
Palomares henchidos de palomas,
eran cajas de música de arrullos.
Desde lejos venían los murmullos

del cristalino Mar de Galilea.
Y todo transparente,
como una enorme lente,
el celaje brillaba de la aldea.

Sobre el mantel de lienzo inmaculado,
se olían los manjares habituales,
en grandes platos de metal dorado;
y entre flores de fresno y sicomoro,
los sonrosados frutos estivales
ostentaban su lúcido tesoro.

En los macizos cálices llameaba
la febril atracción del vino viejo;
el Patriarca Noé resusitaba,
a través de su prístino reflejo.

Cabe la mesa, en canapés bordados
con estambres de ajada sedería,
tomaban su lugar los convidados,
en medio de inocente algarabía.

Todo era placidez de sentimientos;
jugueteaba en los labios la sonrisa.
En las alas fragantes de la brisa,
el día deshojaba sus momentos.
Y las horas se fueron descolgando
de la cerúlea esfera, cual jirones

de gazas impalpables, que hilvanando
iba el recuerdo en manto de emociones.

Se pinta la zozobra de repente,
en la agitada faz de algún sirviente...
El vino... Va a faltar vino en las copas...
ya se escancian las heces enturbiadas...
Entre un rumor de voces angustiadas,
dialoga, por lo bajo, aquella gente.

Mas, la Virgen que es toda caridades,
antes que cunda en el festín la angustia,
sus ojos florecidos de bondades,
los dirige a Jesús.
-"No tienen vino",
le dice suavemente,
y su ademán subraya la clemente
petición del prodigio.
-"Aún no ha llegado,
el minuto, Mujer, que está mandado",
le replica Jesús...
¡Cómo! ...¿Resistes
a la impetrante súplica que te hace
tu Madre, si de fijo,
eres el mejor Hijo,
de cuantos hijos fueron? ¿No te nace
un impulso filial de hacer milagros,
al pedirte tu Madre éste primero?

Tú, que, después darás para los tristes,
ciegos, cojos, hambrientos y leprosos,
en desiertos, en villas y en alcores,
sin que se agote nunca tu venero,
un manantial perpetuo de favores?

No puede ser ¡Señor Omnipotente!
No ha de verse tu Madre desairada,
ni la nupcial pareja avergonzada.
¡Venga pronto el milagro, que es urgente!

Que le vas a escuchar, sabe María;
mejor aún, que ya le has escuchado;
y que vas a quedar, desde este día,
a milagros sin fin acostumbrado...

Por esto, ya les dice a los sirvientes,
que todo lo que ordenes, obedientes,
ejecuten al punto...

....

Con agua natural y cristalina,
seis hidrias, totalmente, hasta los bordes,
manda a llenar la Voluntad divina.

Entonces, la mirada vuelta al cielo,
ora Jesús al Padre:
"Padre mío, deseo con anhelo,

que me des potestad para el prodigio,
pues lo pide mi Madre, la que un día
de su inocente sangre hizo la mía;
mi sangre, que, al cumplirse tu dictado,
ha de ser vino en hidrias de pecado..."

Y el agua, la sencilla criatura,
que retrata del cielo la hermosura...;
y el agua, fresca lágrima riente
de la tierra misérrima y doliente:
la creadora voz oye sumisa,
y dócil al mandato del Rabino,
que intuye el ofertorio de la misa,
se tiñe en rojo y se convierte en vino!

...nisi quis renatus fuerit denuo,
non potest videre regnum Dei.

Jo. III—III.

POCOS DIAS hacía de la Pascua,
del primer año misional de Cristo...

Las turbas de extranjeros y paganos
de furor se inflamaban, como una ascua,
al memorar el hecho nunca visto,
de los azotes, que, por propias manos,
les infligiera el Nazareno.
¡Cómo
les crujían de cólera los dientes,
cuando aquel hombre audaz les puso al lomo
la fusta hecha de cuerdas estridentes!

¡Ellos, los traficantes intocados,
honra de los bazares y mercados!

¡Ellos, los vendedores de palomas,
de aceite y vino y odorantes gomas!

¡Ellos, los mercaderes de Fenicia,
maestros en el arte de codicia!

Y también los judíos usurarios,
que derribados vieron sus armarios
de joyas, de avalorios, de dineros,
precio de inmolación de los corderos:

¡Con qué saña implacable, con qué furia,
el recuerdo llevaban de la injuria!

-"¿Quién es éste, clamaban unos y otros,
que se atreve a vejarnos a nosotros?"

"Quién es éste, que al templo llama casa
de su padre, y del atrio nos rechaza?"

"Y quién el padre cuyo nombre invoca
para asumir una actitud tan loca?"...

"¿No es éste, hijo, quizás, de un artesano,
misérrimo como él, como él villano?"

....Mercadantes de todas las regiones:
tenéis razón en vuestras maldiciones.

.... Ayer y hoy, para el mundo envilecido,
el Cristo es, en verdad, desconocido...!

Llamadles; sí; que pronto en vuestra ayuda,
vendrán los fariseos, con la ciencia
de vender al contado la conciencia,
que es en vosotros, como en ellos, muda.

Pero, tened presente en la memoria,
que el azote de Dios vibra sonoro,
al pórtico del templo de la Gloria,
sobre los siervos del becerro de oro...

-"Apartaos de aquí, menguada gente;
la casa de mi Padre es de oraciones;
y vosotros en trata irreverente,
la convertís en cueva de ladrones!..."

-"Si presumes de Dios ser emisario,
del divino poder muéstrate digno;
si traes cometido extraordinario,
comprueba tu misión con algún signo..."

-"Destruid este templo majestuoso,
que, en tres días de paz y de reposo,
sabré reconstruirlo más suntuoso..."

-"¿Qué dices? Tus palabras son engaños!
Para alzar sus murallas y arquerías,

debieron emplearse cuarenta años,
y hablas de rehacerlo, tú en tres días...!"

¡Fariseos soberbios; hombres necios,
de ojos sin luz y corazones recios...!
Queréis medir a Dios con la medida
de impotencia y bajeza,
con que medís las cosas de la vida,
que ignoráis dónde acaba y dónde empieza...

El templo de su cuerpo es el previsto
y no el que profanáis con fin perverso;
más, si éste fuera al que ha aludido Cristo,
¿quién construyó, decid, el Universo...?

...Pocos días hacía de la Pascua...

Jesús distribuía sus portentos,
entre enfermos y tristes y harapientos,
dando a todos salud, paz y ventura.

Enseñar su poder, no le interesa,
a los fatuos magnates engreídos.
En cambio, desbordando la represa
de piedad de su pecho, a los caídos
les inunda de amor y de dulzura.

Cristo busca a los pobres, a los bajos,
a los que andan a cuestas, entre escombros,

con el fardo de innúmeros trabajos,
siempre gravados los sangrantes hombros.

Si alguna vez le quieren los señores,
los príncipes, los sabios, los preclaros...
que le busquen a El...que El no los busca.

... Está aquí Nicodemo, el fariseo,
doctor del Sanhedrín, de los mejores,
en quien la ciencia de horizontes claros,
la sencillez del corazón no ofusca...

¿Quieres a Cristo?... Pasa, fariseo...

...Las tinieblas externas, de puntillas,
circundaban el mísero aposento,
que, a la llama de un cirio macilento,
era el aula de ignotas maravillas.

Del Maestro la blanca vestidura,
brillaba cual fanal de lumbre pura;
y difundía, Nicodemo, en tanto,
sombras tan sólo, de su oscuro manto.

-"Comparezco, Señor, en tu presencia,
a pedirte me instruyas. Conocemos
que eres Maestro enviado
por Dios, para enseñarnos alta ciencia;
pues, nadie los milagros que realizas,
puede hacer, si de Dios no está inspirado".

-"En verdad, en verdad, Yo te lo digo:
ha de nacer de nuevo, quien consigo
quiera llevar a Dios, y ser su amigo".

...¡Sonríes, Nicodemo! No sonrías...
Ah! Te pones perplejo...!

-"¿Cómo puede nacer un hombre viejo?
¿Acaso puede suceder, que al vientre
de su madre, un mortal otra vez entre?...

Cristo, doctor del cielo,
la verdad de eternal pedagogía,
a Nicodemo da, doctor del suelo:
venid y oídle, sabios y filósofos,
de la ancestral incierta teoría:
"Sin nacer otra vez, a nadie es dado,
ser súbdito de Dios en el Reinado".

Sabed Platón y Zoroastro y Buda,
y cuantos barruntáis teosofía:
llega a Dios sólo el hombre que se muda,
de viejo en niño, en la materna entraña
de la verdad que Cristo trajo al mundo.
Los que se quedan viejos, son maraña,
que locupleta el vórtice profundo,
de tu nirvana ¡Buda!; donde el fuego,
que adoras, ¡Zoroastro!

quema, sí, quema, abrasador y ciego,
el ánima inmortal, de cuyo rastro
dudaste tú ¡Platón! para otra vida,
tan cierta cual la de hoy, aunque escondida...

Escucha, Nicodemo; abre el oído,
y más que el mismo oído, ensancha el pecho:
te va a confiar Jesús todo el sentido
de la merced que al hombre Dios ha hecho.

-"Si alguien no renaciere por el agua
y el Espíritu Santo, no merece,
en el Reino de Dios, ser aceptado.
Carne, lo que es de carne, permanece,
y el Espíritu, espíritu ha engendrado.
...El espíritu sopla, como el viento,
que pasa suscitando movimiento;
oyes tú su rumor en donde quiera,
sin poderlo mirar, y ni siquiera
sabes el sitio desde dónde viene,
ni el sitio en que sus ímpetus detiene..."

¡Bautismo de pureza, límpida agua,
signo sensible de la vida nueva...!
¡Espíritu de Dios, aire en la fragua,
eterno soplo que a la cumbre lleva...!

-"Mas, decidme, Señor, ¿cómo es todo esto?"

-"Siendo doctor en Israel, ¿ignoras
la razón contenida en mis palabras?...
En verdad, en verdad, te manifiesto:
de aquello que sabemos sólo hablamos,
y aquéllo que hemos visto atestiguamos;
no obstante, vuestras almas pecadoras,
que tienen de la duda el patrimonio,
rechazan la virtud del testimonio.
Si os negáis a creer cosas del suelo,
¡qué ciegos no seréis a las del cielo!...
Nadie tiene de Dios total sapiencia,
sino el que vive de su misma esencia:
del Padre está en el Hijo la existencia".

o
o o

...Basta, Señor, no rasgues lo Infinito,
que seguirte en el rumbo no podemos;
cuando llegamos del misterio al hito,
todos los hombres somos Nicodemos.

En el ponto sin luz de lo finito,
tronchan las olas nuestros pobres remos;

y aun se nieblan con sombras de delito,
los horizontes lánguidos que vemos...

Habla, mejor, Mazstro, habla de cómo,
entre el cielo y la tierra levantado,
nuestro mal con tu bien pones a plomo.

Y, pues, tornar debemos al aliño
del infante impoluto de pecado,
haz de cada hombre malo un blanco niño...!

Si scires... et quis est qui
dicit tibi: Da mihi bibere...

Jo. IV—X.

ES la hora de las almas pecadoras!
¡Para ellas el perdón a todas horas!

Las almas ¡ah! las almas delincuentes...
que se enredan del mal en los zarzales...
Almas sin luz, sin senda; almas triviales,
caídas donde quiera... ¡almas dementes!

Las contempla Jesús, por todo el mundo,
cual piedras de tropiezo, cual pantanos,
cual deshecho insepulto y nauseabundo,
cual sucias madrigueras de gusanos.

¡Y les tiene una pena... la gran pena
de Dios que ve perdida su obra buena...!

Granjero y acreedor, zagal y esposo:
recorre las senaras, y están malas;
visita al menestral, y lo halla ocioso;
va al aprisco, y lo encuentra soledoso;
busca a la amada, y ella está sin galas...

Y siente la tristeza, la profunda
tristeza que a los ojos manda el llanto:
también el corazón de Dios se inunda,
cuando llueve el diluvio del quebranto..

Pero, como El es fuente de Poderes,
y es fuente inagotable de bondades:
suscitará pureza en las maldades
y hará querubes de protervos seres...

Inocencia y dolor se han confundido,
desde hoy en una misma caravana;
el perdón lleva al pecho arrepentido
de plena noche a lúcida mañana.

¡Es la hora de las almas pecadoras!
¡Para ellas el perdón a todas horas!

.....

Agobia de bochorno el medio día...
Fatigado por larga travesía,
se ha sentado Jesús cabe la fuente,
con la sed en los labios y en el alma.
Sobre la arena el aire está tremente,
como un lago de azogue transparente,
y en la ilusión febril del espejismo,
las greñas mustias de una oscura palma
sienten la flaccidez del estatismo...

Nada se mueve en torno. Como nunca,
hay ausencia de nubes y de brisa;
en la brumosa lejanía aduncа,
tiene el cielo un ribete de ceniza.

Portadora de una ánfora en el hombro
-ella misma es otra ánfora que ambula-
hacia la fuente de Siquem camina,
risueña al propio tiempo que ladina,
una airosa mujer.
Burla y asombro
hay en sus ojos de mirar inquieto,
cuando repara en Cristo.
..."¡Este es judío!
...¿Y a qué viene un judío a la Samaria?..."
se ha dicho esa mujer, cual si en secreto,
en la hosca tradición de envidia y de odio,
buscara la respuesta centenaria.

Mirando de soslayo al peregrino,
está hundiendo su cubo en la cisterna,
cuando Jesús le dice: -"Dame tu agua,
mujer, para beberla".

-"Desatino
el tuyo al pedirme agua. No comprendo
que tú, siendo judío, me la pidas
a mí, que soy mujer samaritana..."
-"Si tú supieras quién te está pidiendo
que le des de beber, acaso fueras
tú quien se lo pidieras,
y entonces te daría
una agua que, al beberla en este instante,
tu sed ya para siempre saciaría..."

-"¿Qué agua me ofreces tú? Si hasta careces
de cubo y de cordel... Y es tan profundo
el pozo que aquí ves... ¿Quieres acaso,
que el agua suba por su propio paso?
¿O te supones tú más poderoso
que el Patriarca Jacob, que abrió este pozo?"

Pobrecita mujer, ella no sabe
que aquel hombre que le habla,
tiene por cubo su infinita mano,
para sacar el agua del oceáno,
y transformarla, con su soplo en nubes.

Mientras ella le niega un poco de agua,
para enjugar sus labios, aquel hombre,
tendidos donde quiera como fuentes,
mares y ríos, lagos y torrentes,
hace brotar sin número y sin nombre,
para saciar la sed de los vivientes...

En verdad, cómo al fondo de aquel pozo,
las linfas subterráneas estarían,
con rumores de queja y de sollozo,
lamentando su cósmica impotencia
de ir por sí mismas hasta el labio santo
del Creador, que hoy busca su presencia,
y ungirle de frescuras el quebranto...

¡Ten compasión, mujer samaritana,
del agua virginal de la fontana!

¡Hunde tu cubo en la ancestral cisterna,
de la que hoy va a brotar una agua eterna!

Pero insiste Jesús: -"Quien de aquí bebe,
otra vez tiene sed; mas quien la abreve
con el agua divina que en mí brota,
no ha de tener ya sed, ni de una gota".

Tierra de erial, que nunca ha recibido
el rocío de Dios; tierra de abrojos,
sonríe con la boca y con los ojos

la incrédula mujer, y sonreída
le responde a Jesús: -"Entonces, dáme
de esa agua bendecida,
que por siempre mi sed deje saciada,
a fin de que en los días de mi vida,
ya no torne a este pozo, fatigada..."

-"Está bien ¡oh mujer! Pero te pido,
que vuelvas al hogar, y traigas luego,
contigo a tu marido".

Cual guirnalda de rojos ababoles,
se le inflamó la faz en arreboles
a la pobre mujer...
-"Señor, no tengo
marido yo..."
-"Dices verdad, no tienes,
porque cinco maridos has tenido;
y el hombre que hoy contigo se aposenta,
bajo el mismo tendal, no es tu marido...
Es verdad lo que dices... No has mentido...!"

¡Qué manera tan suave y tan sencilla
de enrostrar a las almas su mancilla!

Ya puede esta mujer, vestida de alas,
levantar desde el fango del pecado,
el vuelo de la fe, como en escalas
al sol de caridad que le ha alumbrado.

-"Reconozco, Señor, que eres profeta,
pues llegó tu mirada, cual saeta,
de mi vida a la página secreta..."

Mas, como le ata todavía el cisma
del Garizín, con fortaleza ruda,
no obstante los fulgores del carisma,
deja escapar el eco de la duda.

-"En aquel monte que hasta el cielo toca,
a Dios mis padres dieron vasallaje,
y vosotros decís que es en la roca
de Sión, donde Dios quiere homenaje..."

-"Mujer, cree tú en mí. Ya el tiempo viene
de adorar donde quiera:
aquí o allá; cabe este monte u otros,
porque la tierra entera
se va a cambiar en templo. Honráis vosotros
lo que no conocéis; pero nosotros
adoramos al Dios que conocemos;
pues la salud, desde Judá proviene.
El tiempo llega; el tiempo ya ha llegado,
en el cual han de ser adoradores
quienes al Padre adoren,
como es preciso que El sea adorado:
en verdad y en espíritu. Sólo ellos
deben prestarle adoración. Y aquéllos

que adoran la materia y la mentira;
aquéllos no; no deben adorarle,
porque Dios es espíritu y retira
de tal adoración, la faz airado."

La mujer titubea;
escucha la verdad que allí clarea;
mas le deslumbra la verdad...
-"Conozco
que está para venirnos el Mesías,
y el sentido de todo, en esos días,
en que El advenga, nos dirá de cierto."

Prepárate, mujer, que la palabra,
que te va a responder el peregrino,
al golpear en tu oído, hará que se abra,
de par en par, tu pecho a su destino.

-"¡Ese soy Yo, que te hablo: ese Mesías,
que puede revelarte cuanto ansías...!"

Olvídate del cántaro; apresura
tu paso a la ciudad; insta, conjura,
al vecindario de Siquem, que has visto
un Profeta que ha dicho ser el Cristo,
y que ha leído en tu conciencia todo
cuanto en la vida hiciste, de tal modo,
que de manchada te has tornado pura.

No es preciso llevar la tinajilla,
con agua que da sed para otras veces;
tu corazón ya es fuente sin orilla,
que toda sed ha de saciar con creces.

Mas, regresa de prisa a la cisterna,
de conductora fiel de tus hermanos;
tiene Cristo una sed, en cambio, eterna:
la sed de convertir samaritanos.

De ésos que lleves tú, tal vez alguno,
imprima su figura en la memoria
del Profeta judío, para cuando,
andando el tiempo, andando,
El diga la Parábola instatoria
de la piedad, le brote esa figura,
del fondo del recuerdo de esta escena,
y encarnada en el Buen Samaritano,
unja con óleo suave de ternura,
las heridas sangrantes de la pena,
de un hermano extranjero, pero hermano...

¡Vuelve pronto, mujer; Jesús te espera,
del pozo de aguas vivas a la vera...!

Domine, non sum dignus....

Math. VIII—VIII.

SOBRE la senda del dolor humano
camina Jesucristo.
Es este un día
que ve brotar, de su inefable mano,
portentos y mercedes a porfía.

De mañana, es un lázaro el que clama:
-"¡Señor! si Tú lo quieres, al momento
puedes limpiarme de la horrenda escama,"
que de afrentas me cubre y de tormento."
Sin hacerle esperar, Jesús contesta:

-"Lo quiero". Y el terrífico leproso,
limpio del cuerpo y con el alma en fiesta,
en aurora inicial de nueva vida,
como un rayo de luz, queda de hermoso.

Es a la tarde en el hogar de Pedro,
donde la anciana suegra,
por insólito mal yace en desmdro,
cuando Jesús con su presencia alegra
las horas dilatadas de congoja,
conminando a las rachas del estío,
que pendiente del árbol dejen la hoja,
que de suyo marchita,
ha de caer en el otoño frío.

Y es en la misma tarde,
casi al tenderse el manto de la noche,
hecha por Dios a que las penas guarde,
de silencio sellándolas con broche;
cuando Jesús, por su eternal palabra,
toda poder y toda amor, redime
de la turba de espíritus macabra,
a la turba fatal de espiritados,
que ante sus plantas se retuerce y gime.

Pero este día rico de portentos,
es más rico de fe modesta y pía:
momento el más feliz de sus momentos,
aquél del Centurión que ora y confía.

Sobre la senda del dolor humano
camina Jesucristo...
-"Es buen sujeto,
el Centurión que tu favor implora.
Desde que en medio de nosotros mora,
muestras ha dado de íntimo respeto
a toda la Nación, y a sus expensas
hasta una sinagoga ha fabricado,
para que el pueblo le dispense agrado."

-"¡Señor! -entonces el romano dice-,
tengo en casa muy malo y padecido,
un sirviente, entre todos preferido,
cuyo dolor el alma me traspasa.

Y dícele Jesús: -"Iré a tu casa,
y la salud devolveré al enfermo..."

-"¡A mi casa, Señor!... Yo no te mermo
ni grandeza ni tiempo. ¡Pobre casa
la mía! No soy digno
de que Tú entres en ella. Basta y sobra,
que tu labio benigno,
pronuncie una palabra, y al instante,
de tu palabra divinal por obra,
sanará mi criado agonizante...
Con ser un hombre, cual los otros hombres,
porque tengo soldados a mi mando,

cuando los llamo por sus propios nombres,
cuando los voy llamando,
digo al uno que vaya, y él se aleja,
digo al otro que venga, y él se viene;
y si a mi siervo digo: haz esto, deja
cualquiera otra labor que le entretiene.
...¡No soy digno, Señor! Es tan escasa
para hospedarte a Tí, mi pobre casa!.."

Jesús, con ser Jesús, queda pasmado
de un modo así de hablar, tan desusado...

-"Nunca, en verdad; nunca, en verdad, os digo,
he visto en Israel fe semejante...
Vendrán desde el poniente y el levante,
ótros como este Centurión amigo,
que de Abraham a la mesa bendecida,
con Isaac y Jacob tendrán asiento,
para gustar del celestial sustento,
en el banquete de la eterna vida...
Mientras los hijos de aquel Reino santo,
lanzados a las sombras exteriores,
entre rechín de dientes y estertores,
sólo tendrán por alimento el llanto..."

o

o o

¡Esta es nuestra hora! Vamos a la cita,
todas las almas extranjeras todas.
Las bodas de la fe son nuestras bodas.
La conquista del Cielo es infinita...

De ayer y de hoy; del universo entero,
tras de tí, Centurión, en caravana,
-tu voz de mando militar no es vana-
anda la humanidad tu derrotero.

Hasta ahora, por súbditos leales,
si una centena de hombres has tenido;
desde hoy día, tu ejército ha crecido:
te seguimos, por miles, los mortales.

La fórmula de fe que has enseñado,
palpita en la emoción de nuestro acento:
al dichoso festín del Sacramento,
todos, cual tú, clamando hemos llegado.

Te decía el Señor, por despedida:
-"Vete; y suceda como tú creíste".
Y no sólo curó tu enfermo triste:
tántos, con él, volvimos a la vida...

Beatus venter, qui te portavit,
et ubera quae suxisti....

Luc. XI—XXVII.

FLORECIDA de encantos y rumores,
en torno a la ciudad, se dilataba
la intensa amenidad de la pradera,
que enjoyaba con vívidos fulgores,
un sol en plenitud de primavera.

Desde el seno del lago, se llegaba,
en suaves espirales de frescura,
la inquieta ventolina,
para animar la estática hermosura
de este recorte azul de Palestina.

Una divina exultación de flores
prodigaba doquiera sus aromas,
y destilaban las rosadas pomas
de los granados, dúlcidos licores.

Entre el verdor de pámpanos altivos,
engranaban sus frutos los parrales,
que en revuelos furtivos,
asechaban ansiosos los turpiales.

Partiendo lindes con las sementeras,
la villa de mesiánicos destinos,
confundía sus plazas con las eras
y epilogaba en calles los caminos.

¡Cafarnaum! ciudad de la hermosura,
ardiente corazón de Galilea:
desde tus sinagogas y alquerías,
la enseñanza evangélica perdura,
a través de las noches y los días,
como infinita tea,
para inflamar la negación oscura!

...Predicaba el Rabino entre las gentes,
su palabra sencilla:
-"La tímida avecilla
ni siembra ni cosecha. Providentes,
las manos de mi Padre de los Cielos
sustentan sus anhelos...

El lirio de los valles no se viste
su túnica blanquísima de seda,
con la tela que tejen los telares;
y sin embargo, ante su brillo, es triste
el filamento de oro que se enreda
en la real vestidura
del grande Salomón..."

Y por millares,

al conjuro divino,
los pájaros volaban en la altura
y se abrían los lirios del camino.

Acaso, cuando hablaba,
Jesucristo volvía la memoria
a la mística historia
de su inocente Madre.

Sólo un lirio
hay más bello que todos los del campo:
el Lirio de los Cielos, cuyo lampo
ha de teñir de púrpura el martirio.
De entre todas las aves sólo hay una,
que las supera en gracias y en primores:
la Paloma de Dios, con cuyas alas
han de surgir los pobres pecadores,
del bajo fondo de sus cosas malas.

Las turbas acogían silenciosas,
las palabras unciosas...
y de sus pechos en los cofres almos,
guardaban la verdad de sus ensalmos.

...Y pasaron los días... Nuevamente
tornó el Rabino a hablar entre la gente.
Su sermón de esta vez era severo
contra la negra estirpe de farsantes,
que ayer como hoy, blasfeman delirantes
por la inmensa extensión del orbe entero.

De entre el compacto grupo,
una pobre mujer, tan sólo, supo
alzar la voz y bendecir al Cristo:
- "Felices las entrañas que llevaron
la lumbre indeficiente que hemos visto,
y felices los senos que lactaron
tus labios de verdad."

Cual si dijera:
Tu madre es la avecilla peregrina
que, sin sembrar ni cosechar, tuviera
la suerte de vivir vida divina!
Tu madre es la azucena de los Cielos
que, sin tejer, vistiera
mejor que Salomón, en sus desvelos!

Jesús, cuya mirada transparente
está leyendo el fondo de las cosas,
replicó a la mujer:
-"Son más dichosas
las almas que reciben mi palabra
y, cual flores, al límpido relente,
dejan que toda su belleza se abra.
Vosotros sois mi madre y mis hermanos;
todos vosotros, míseros humanos;
porque el Verbo de Dios es concebido
en el seno de cuantos han querido
recibir su verdad. No fuera tanta
la maravilla de mi Madre Santa
-con ser mi Madre- si ella
pudiera echar a olvido
la luz de mi palabra que destella."

"Más dichosa es mi Madre, porque es lirio;
más dichosa es mi Madre, porque es ave:
su hermosura, de Dios causa el delirio;
tan sólo Dios en su inocencia cabe...!"

...Y el Rabino calló. De las alturas,
una bandada de aves descendía,
y sus canciones puras
entonaban en torno de María...

...Y el Rabino calló. Todas las flores
sus perfumes juntaban ese día,

Y en volutas de célicos olores,
eran como el aliento de María...

...Y el Rabino calló. Y su mirada,
divinamente y filialmente pía,
con su luz increada,
iluminaba el rostro de María...!

Misericordia motus super eam,
dixit illi: Noli flere....

Luc. VII—XIII.

NO en vano ha de decir, un día, Cristo:
"Soy la resurrección y soy la vida";
verdad es su palabra, y nadie ha visto
su inefable palabra desmentida.

La tierra pasará; también el cielo...
la tierra que recoge nuestras huellas...
el cielo que recoge nuestro anhelo...
tierra con sombras... cielo con estrellas...
Cielos y tierra pasarán; mas, nunca
la palabra divina de su boca,
ha de pasar o ha de quedarse trunca,
cual de los hombres la palabra loca.

Verdad es su palabra, y ella misma
senda es también que a la verdad conduce,
vida es también que en la verdad se abisma.

Cuando penetra en un recinto oscuro,
por algún huequecillo inaparente,
del levantino sol un rayo puro,
el polvo inanimado del ambiente,
palpita, se estremece; se ilumina,
y por la escala blanca del destello,
hacia el foco radiante se encamina...

Verdad, sendero, vida: la palabra
de Cristo es cual la luz; astro que atrae,
rayo que alumbra, fuerza que reanima.

....

Es tortuoso el camino y es estrecho.
Cristo y su comitiva,
de tránsito a Naím, cobran la vera,
mientras pase un cortejo funerario,
que cubre de la senda largo trecho,
en gemebunda hilera.

El coro de flautistas que precede,
vierte cadencias lúgubres. El llanto
es grito a veces, y es a veces canto.

...Nadie puede llorar como ótro llora;
que el dolor, como el mar, cada ribera,
azota, en su furor, de otra manera.

Suspiros que entrecortan los lamentos;
querellas que epilogan los sollozos;
de las dichas de ayer tristes recuentos;
condena airada de esperados gozos.

Reproches al difunto, que sin causa,
hurta al amor de todos su presencia;
guiones de silencio, que hacen pausa
de nuevas amarguras a la urgencia.

Conjunto de disímiles acentos.
Orquestación sin ritmos ni armonías.
Da conciertos la muerte con lamentos,
y compone, con gritos, sinfonías...

Pero, hay una mujer allí, que a todos
supera en agonía desolada,
que ni un instante aparta la mirada
del rostro del difunto... que le llora
de un modo tan distinto de los modos
que tienen de llorar las otras gentes...
que, a través de sus labios desteñidos,
mordiéndose la voz entre los dientes,
deja escapar tan íntimos gemidos..

Una mujer, que siente por el muerto
un dolor sin segundo...
una mujer, que debe ser de cierto,
quien más le amó en el mundo...

La contempla Jesús, y tan de cerca,
que también El, con la mirada mustia,
siente que el paso de la muerte terca
sumerge su alma en piélagos de angustia.

La contempla Jesús... Ella los ojos,
en todas partes pone, enajenada;
de su perdido amor, tristes despojos,
deja doquier mirada tras mirada...

La contempla Jesús... Si ella supiera,
que Aquel que le ha mirado,
puede hacer realidad de una quimera,
que ni su amor materno habrá soñado...

...Si ella supiera quién es El, sin duda,
estallaría en peticiones tales,
que toda su alma huérfana y viuda,
correría en plegarias, a raudales...

Mas... no es preciso que ella se lo pida.
Las madres piden todo con su llanto.
Y Jesús, esta vez, va a hacer la vida,
para calmar el maternal quebranto.

...Y primero, en coloquio de consuelo,
que se instila a través de sus dolores,
las tocas apartándole del duelo,
le dice Cristo a la mujer: - "No llores".

No llores más, mujer; ha naufragado
la caridad de Dios en tu amargura.
Más que mandarte, Cristo te ha implorado:
no le ahogues el pecho en tu tortura.

Consolar a quien llora: eso es primero.
Resucitar a un muerto: eso es prodigio.
De que Cristo ama al triste con esmero,
el milagro vendrá para vestigio.

...En media vía el féretro detiene,
con ademán de imperio soberano;
irradiando poder, hacia él se viene,
y la del muerto estrecha con su mano.

Alza, luego, la voz, a que taladre
el silencio infinito de la muerte.
Mas no aparta la vista de la madre,
porque no caiga, de emoción, inerte.

Y cuando todo está dispuesto, cuando
la mujer ya no llora, dice Cristo:
- "Levántate, mancebo; te lo mando..."

Las pálidas mejillas del difunto,
se han teñido de rosa; bien abiertos,
sus ojos ven la luz; y al mismo punto,
hablan sus labios, hasta entonces yertos.

El hijo resurrecto, Cristo lleva
a la madre inebriada en regocijo;
su seno no engendró la vida nueva,
que es fruto de sus lágrimas este hijo...

De su barca de sombras, al minuto,
salta el viajero a la inicial orilla.
La faz materna, en el cendal de luto,
es como un sol que en media noche brilla.

o
o o

¡Bienhadada mujer! recibe albricias.
Hiciste con tus lágrimas, sin duda,
que tu hijo torne vivo a las caricias,
que en tu alma sepultó la muerte ruda.

Volvieron a ser tuyas las primicias
de su boca filial, una vez muda,

que con besos de amor sembró delicias
en tus cansadas horas de viuda.

Maestra en el lenguaje de las penas,
cual tú deben llorar las madres buenas,
por otras muertes de cada hijo amado.

Si así lloraran, cuántos, por lo visto,
resucitaran a la voz de Cristo,
sobre el féretro mismo del pecado...

Thalita cumi....

Marc. V—XLI.

NO son, en esta vez, los de una madre;
son los ojos de un padre los que lloran.
Hasta hallarlo, al Maestro lo ha buscado,
y con loca insistencia le ha clamado:
-"Ven, Señor, a mi casa; vénte, luego;
porque mi hija se muere. Te lo ruego.
Tu mano milagrosa pon sobre ella.
Atiende, por favor, a mi querella.
Vénte, pronto, Señor, porque se muere..."

A tan premiosa instancia, está de marcha
a la casa de Jairo, Jesucristo...

Mas ¡ qué marcha tan lenta!; parecía,
que la obligada senda entretenía
con cualquier incidente no previsto.

... Que alguien, de intento, le ha tocado la orla
de su intocada veste ...
Pero, Señor, si tantos te comprimen,
cómo puedes decir: "¿Quién me ha tocado?"...
... Que ha sentido brotar virtud celeste
de su cuerpo sagrado...
...Y sus ojos, que escrutan y redimen,
los ha puesto a mirar a todo lado.

Sin osar insistir, el pobre padre,
acaso al fondo de su mente yerma,
estaría pensando: "Cuando El llegue,
habrá finado ya mi niña enferma..."

Tanto inquirió Jesús con la mirada,
que creyó solamente dirigida
hacia ella una mujer, que al fin vencida,
del Maestro a los pies, decía cómo
fué su mano confiada,
la que apretó el extremo de su manto,
para curar de anémico quebranto,
por tanta sangre, sin cesar, vertida.

Te ha sanado tu fe, mujer del flujo;
ya no ha de coagularse en tibia borla,

tu sangre que a las venas se redujo,
cuando apretaste de su veste la orla.

Vete en paz ¡oh mujer! Te hallas curada.
Vete ¡oh mujer! con palidez de lirio.
Si, por tu fe, tu sangre está hoy guardada,
bien puede que mañana, en el martirio,
por tu sangre, tu fe quede sellada...

...Hablaban todavía
Jesús y la hemorroisa, cuando vino
el mensaje fatal. Así tenía
que suceder y sucedió: - "Ya es tarde",
le dijeron a Jairo. "Tu hija ha muerto.
¿Para qué fatigar más al Rabino?..."

En caída veloz, hacia el ocaso
iba el sol de ese día, taciturno;
las nubes del oriente abrían paso
al orto azul del luminar nocturno.

Viendo Jesús a Jairo padecido
de un dolor hasta entonces no sentido:
"Nada temas, le dijo, es suficiente,
que con la misma fe con que creíste,
sigas creyendo en Mí. Sólo eso basta.
¡Tu niña vivirá!... "Y el padre triste,
cuyo sufrir por la hemorroisa lasta,
atizó su confianza decadente.

...En la casa de Jairo todo es duelo,
ese duelo judío en que se juntan,
para hacer ostensible el desconsuelo,
tañedores de flautas, plañideras
que se mesan las flavas cabelleras;
los que, de oficio, rasgan sus vestidos;
sirvientes de brebajes y pociones:
la turba, en fin, de trágicos histriones,
mercenaria de llantos y alaridos...

-"¿Por qué todo ese lúgubre aparato,
si sólo está dormida,
la niña, nada más que un breve rato?"

Y la gentuza aquella le hace mofa,
porque el Maestro ha dicho: "Está dormida";
pues no cabe en la trama de su estofa
el misterioso estambre de otra vida...

Mas, Jesús, desechándoles las burlas,
solemnemente avanza,
hacia la oscura cámara mortuoria,
suscitando destellos de esperanza,
al paso omnipotente de su gloria.

...Estáis demás los otros. Id afuera,
de vuestra gritería a los excesos.
Si al despertar la niña, en torno os viera,
se pensara rodeada de posesos..

-"Pedro, Santiago, y Juan, venid conmigo;
y tú también, la madre de la niña;
y el primero de todos, vente, Jairo,
para que seas el mejor testigo
de que tu fe resuelta no desairo."

Franquean el umbral... Jesús al lecho
se aproxima, en que yace la doncella.
De sobre el frío pecho
aparta el brazo rígido; resuella
aliento creador en su semblante.
Y luego manda con acento fuerte,
que del sueño absoluto de la muerte,
la muchacha dormida se levante...

Y ella obedece al punto... Se incorpora...
Hay en sus ojos grandes, desvaídos,
un mirar de demente,
que no precisa nada. Acaso llora
ese llanto inconsciente,
que lava las pupilas tras el vértigo...

Mas, su rostro, de pronto, se ilumina;
sus mejillas se vuelven sonrosadas;
florece la sonrisa entre sus labios;
se han tornado brillantes sus miradas;
entra en acción el marchitado cuerpo;
se pone en pie, y con vigor camina...

Ha despertado, Jairo, ha despertado
tu hija del hondo sueño que ha dormido.
Sírvanle de comer, pues este día
y tal vez otros días no ha comido...

Al despedirse, Cristo hace un encargo:
-"Esta escena guardad siempre secreta"...
...Que rían los de afuera, sin embargo,
de que adentro el milagro hizo el Profeta.
No hay mérito en creer ante el portento.
La fe que alcanza méritos es ciega.
Después de poco, llegará el momento,
en que ella rasgue el velo, que hoy despliega.

...Y del hogar feliz, ante el asombro,
marcha Jesús, en un callar profundo,
recogiéndose el manto sobre el hombro,
a buscar otros muertos por el mundo...

Misereor super turbam....

Marc. VIII—II

LAS riberas del mar estaban llenas.
Ebullían las turbas en la orilla.
Las olas glaucas, mansas y serenas,
al roce de los remos y la quilla,
con arrullo de mar, formaban coro
al rumor de las almas...
Un tesoro
de resplandores y de rayos de oro,
el sol iba dejando como huellas:
monarca que moría,
sus postrimeras joyas ofrecía,
por herencia de amor, a las estrellas.

La brisa de la tarde, saturada
de aromas de confín y lejanía,
desde la inmensa soledad callada,
los mensajes traía de las brumas
a sus hermanas blancas, las espumas.

Había terminado el Buen Maestro
de enseñar su Evangelio de ese día.
En la frente divina, todo el estro
de la infinita ciencia refulgía.
Y la turba, no obstante
que el hambre la acosaba, delirante
anhelaba escucharle, todavía.

-"Me dan pena estas gentes. Tienen hambre
sus labios fríos, lánguidos, resecos.
Buscadles de comer..."
-"Mueren los ecos,
Señor, de las más próximas ciudades,
antes que lleguen a estas soledades.
¿Olvidabas, acaso,
que el desierto nos cerca? Por sustento,
a dónde moveremos nuestro paso?...
Manda a todos volver a sus hogares,
a la luz de los cirios estelares,
que en su casa han de hallar pan y contento..."

El dolor conmovía las entrañas
del Rabadán, que mira a las ovejas,

buscar del matorral por las marañas,
el sustento anhelado....
Las guedejas
temblaban en su frente, sacudidas
por el aire nocturno átono y frío.
....En medio del confuso vocerío,
se alza una voz que dice:
-"Señor, un rapazuelo aquí presenta,
en menguados cestillos,
pocos panes y pocos pecesillos;
pero ¿qué representa
tan pobre colación,
si aquesta gente
puede formar legión?"

Algo como un reproche parecía
el discurso inocente:
a través de los tiempos, crecería
la triste humanidad y moriría,
en la arena candente,
de hambre, de sed, de hastío.

Acaso se excedía
la infinita potencia creadora,
más que al forjar los mundos del vacío,
al dar vida a la prole pecadora....

-"Basta, dijo Jesús; es suficiente
para el yantar modesto,

de esta mísera gente,
la provisión escasa de aquel cesto."

Y mandó que las turbas se sentaran,
sobre el sofá del suelo,
en tanto que de arriba, que del Cielo,
a servirles los ángeles bajaran....

La mirada infinita,
perforando la comba de la altura,
subió hasta el Padre.

La oración bendita
eclipsó de los astros la hermosura,
con los fulgores de su lumbre pura.

....Y mientras el Maestro se extasiaba,
el milagro en el cesto se operaba....

-"Distribuid el pan, sin que ninguno
de cuantos aquí están, se quede ayuno...."

Y las turbas comieron esa tarde,
el pan cocido al horno, que siempre arde
con fuego de piedad; horno inflamado,
que ha de cocer después el Pan Sagrado,
cuando en la Ultima Cena,
a través del amor y de la pena,

multiplique el Señor, no ya la harina
del terrenal sustento,
sino el Pan de su Carne, en la divina
Boda del Sacramento....!

Tu es Christus... Tu es Petrus...

Math. XVI—XVI y XVIII

SEMBRADOR que no ahorra la simiente,
Jesucristo ha sembrado su doctrina,
de norte a sur, de oriente a occidente,
por toda la comarca palestina.

Es justo que ambicione la cosecha,
es natural qua busque el rendimiento,
pues todo labrador el grano ahecha,
cuando susurra del otoño el viento.

Para Cristo, el otoño es inminente,
-ya lo ha dicho de modo repetido;-
cada día que pasa es más urgente
que padezca la muerte a que ha venido.

No habrá rodado toda la semilla
en secano infecundo o entre abrojos,
ni de las sendas en la dura arcilla,
donde hallaran las aves sus despojos.

Habrá, parte siquiera, prosperado
en un fértil terreno de cultivo;
de manera que el fruto bien logrado,
retribuya su afán con premio esquivo.

Sembrador que ha sembrado con largueza,
es natural que busque el rendimiento;
sobre su campo Jesucristo empieza
a recoger el fruto, este momento.

Contumaz peregrino, aquella tierra
escogida por El, por El amada,
no esconde ni un rincón, puesto no encierra,
que no guarde su huella bienhadada.

Paisajes, panoramas, horizontes,
que viven de Jesús en las retinas...
deben ser celestiales esos montes,
esas campiñas deben ser divinas...

Esta vez, va camino de Palea,
que el Tetrarca Filipo
ha dado en apoderar de Cesarea:
ambición de poder, que angustia el hipo
por guardar de monarca la ralea.

Jueguetón el Jordán, entonces niño,
juega en las canas del Hermón jocundo,
y se da luego al valle con cariño,
para ser pila bautismal del mundo.

Del Maestro en los labios, de repente,
una pregunta inesperada brota:
-"Qué habla de Mí la gente?
¿Quién, dicen que soy Yo? ¿Cuál es el nombre
que al Hijo, dan, del Hombre?".

Por de pronto, el cortejo se alborota,
al escuchar tan súbita pregunta.
Pero, después, alguna voz apunta
una débil respuesta.
Y otra voz más allá, y otra en seguida,
contestan a la encuesta:

-"Que Tú eres Juan Bautista, opinan unos...
Otros dicen, que Elías...
Y no faltan algunos,
que ven en Tí surgir a Jeremías..."

...Bautista... el degollado...
Elías...el del carro incandescente...
Jeremías...el hombre que ha llorado
de lágrimas y versos un torrente...

¡Ah!...Nó... ¡Jamás!...Se engañan de la vista:
Cristo es el Dios, y su ángel el Bautista...

¡Ah!...Nó...¡Jamás!...Se engañan de la mente:
Cristo es Verdad, y Elías su vidente...

¡Ah!...Nó...¡Jamás!...Se engañan de quebranto:
Cristo es dolor, y Jeremías llanto...

...Ya conoce el Maestro cómo piensa,
de su persona y su misión, el mundo;
ya conoce también cómo es de densa
la noche de ese piélago profundo...

Nueva pregunta... Y ésta dirigida
para arrancar del pecho de los suyos,
no la ajena opinión, sino la propia;
la que debe haber sido concebida
por ellos, por los suyos, con la copia

de maravillas de que son testigos:
-"Y vosotros, decidme, mis amigos,
¿quién pensáis que soy Yo?..."
No titubea
la respuesta, esta vez, entre sus labios.
En la fe del Maestro, ellos son sabios,
y Simón de Joná ya está diciendo
su confesión sincera,
que sacude en sus quicios a la esfera,
con un temblor magnífico de estruendo:

-"¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo...!"

¡Ah! cómo te levantas, Simón Pedro,
sobre el grupo de todos tus hermanos,
al proclamar tu testimonio altivo.
Te alzas cual se alza en la montaña el cedro,
en medio de otros árboles enanos.

No dijiste por tí lo que tú has dicho.
De la carne y la sangre en el capricho,
tanta verdad no cabe. Es imposible,
que lengua humana, débil y falible,
hable así por sí misma. Por el Padre
te ha sido revelada, desde el Cielo,
la palabra infalible que has hablado.
Cristo te canoniza aquí en el suelo,
cuando te llama "Bienaventurado".

Tú eres piedra, la piedra del cimiento;
tú eres piedra, la piedra del cimborio:
la Iglesia tiene en tí su fundamento,
en tí tiene la Iglesia su corona.

Nunca podrán sobre esa Iglesia eterna,
prevalecer las fuerzas infernales;
que el Señor te prendió, como linterna,
para alumbrar las sombras terrenales.
Lo que ataste, por siempre será atado,
y abierto lo que abrir tu mano quiso:
las llaves tienes Tú del Paraíso,
a que franco lo tengas o cerrado.

Oráculo de Dios, sobre el misterio
revuela tu palabra nunciadora:
Jesucristo te ha dado el ministerio
de repetir su voz, hora tras hora.

Monarca de inefable dinastía,
todo Papa es un Pedro redivivo:
así lo mandó Dios desde ese día
que definiste el dogma primitivo.

Si a tu Señor hubiste proclamado;
como Cristo de Dios, Rey de la Gloria;
a su vez, el Señor te ha perpetuado,
de siglo en siglo por la humana historia.

Por tí, de Cristo a tanto va el anhelo,
que eucarística vida te confía:
así como El, tú habitas en el Cielo,
y el Papa es para tí, tu eucaristía.

Bendito seas siempre, Simón Pedro,
el mayor entre todos tus hermanos,
que sobresales como excelso cedro,
en la montaña de árboles humanos.

Y benditos, en tí, tus sucesores,
en la serie de edades y de siglos:
dinastía de Reyes y Señores,
que ahuyentan del averno los vestiglos...

Lazare, veni foras....

Jo. XI—XLIII

JESUS estaba lejos,
cuando su amigo Lázaro enfermara
de grave mal... Jesús estaba lejos...
oculto en Bethabara:
allí muy cerca a donde Juan Bautista,
rompiendo del buen río los espejos;
del Jordán con las linfas bautizara.

Le han dado la noticia pesarosa,
pero Jesús, no obstante
que ama a Lázaro, a Marta y a María,
en su dilecta soledad reposa,
un día y otro día;
pues respondió al recado,
que no es mal de morir el de su amigo,
sino más bien propicia coyuntura
para que sea Dios glorificado
en la gloria que a su Hijo le procura.

Han pasado los días de la espera,
y ha dicho a sus discípulos: -"Precisa
que a Judea vayamos nuevamente."
-"¿Cómo, a Judea? si con saña fiera,
una turba demente,
apedrearte quería no hace mucho...!",
ellos han respondido.

Y El insiste:
-"Es verdad lo que escucho;
pero acaso no tiene
doce horas cada día. Quien camina
cuando hay luz, no tropieza; le ilumina
la luz que al mundo desde el cielo viene.
Mas quien anda de noche, aquel tropieza,
y de seguro cae,
del fragoso sendero en la maleza..."

¡Qué olvidados están tus elegidos,
Señor, de la enseñanza que les diste.
Tú eres la luz del mundo, y nada es triste,
cuando alumbran tus ojos bendecidos!

-"Lázaro duerme, y del pasado sueño
a despertarle voy."
-"Pero si duerme,
muy pronto sanará..."
Cobarde empeño,
discípulos el vuestro: porque inerme
lo miráis a Jesús, ¿creéis, acaso,
que sin su permisión, habría piedra
capaz de obstarle el paso,
si su poder al mismo infierno arredra?

Bien, Dídimo, muy bien, cuando te eriges
de animador de tus hermanos débiles
y les exhortas con valientes modos:
-"Vamos también con El; vamos al punto,
y si es preciso, moriremos todos".

Jesús les habla entonces sin rodeos:
-"Lázaro ha muerto, y siento complacencia
de que fuera en mi ausencia
la muerte de él, a fin de que en vosotros,
ya no tenga la fe más titubeos."

Y se ponen en marcha hacia Betania...

Jesucristo es la vida,
que va en pos de la muerte,
otra vez a dejarle confundida.

Cuatro días que Lázaro descansa
el descanso infinito de la huesa.
Cuatro días caído en el silencio,
que la medrosa soledad represa.

Ya se acerca el Señor a la morada,
castillo en otro tiempo de ventura,
hoy navecilla triste y desolada
sobre un mar proceloso de amargura.

Ola que avanza de ese mar salobre
a la playa divina de consuelo,
se viene Marta hacia Jesús, la pobre
arrastrando su túnica de duelo.

-"Si aquí, Señor, te hubieses encontrado,
no estuviera mi hermano sepultado...!
...aunque mantengo en mi alma dolorida,
la íntima convicción de que, si quieres,
Dios te daría lo que Tú pidieres,
y volvería Lázaro a la vida..."

-"Ha de resucitar tu hermano ¡oh Marta!"

-"¡Ha de resucitar! Bien lo comprendo:
en la final resurrección postrera..."

-"¡Yo soy resurrección! ¡Yo soy la vida!
Quien cree en Mí, por muerto que estuviera,
vivirá para siempre. ¡Y el que vive,
jamás ha de morir! ¿Crees en ésto?"

-"Sí lo creo, Señor; no me resisto.
el Hijo de Dios vivo, sé que Tú eres,
venido al mundo para ser su Cristo."

...Y tras estas palabras, presurosa,
en busca de su hermana, vuelve Marta;
casi está loca, pero está gozosa;
la vista de Jesús su pena aparta.

María, ¿dónde estás?... Marta te busca
para darte el aviso que tú anhelas:
-"El Maestro ha venido,
con férvida emoción, dice a su oído;
está aquí el buen Maestro y El te llama".

María al punto va -no se detiene-,
al encuentro de Cristo que le espera.
Toda la turba de dolientes viene,
siguiéndole los pasos por la vera.

Y en llegando a Jesús, cae de hinojos:
-"Si aquí, Señor, te hubieses encontrado,

no estuviera mi hermano sepultado",
exclama como Marta, y a raudales
el llanto corre de sus tristes ojos.

Al verla así Jesús, tan abatida,
que sólo con suspisos da el aliento,
siente hasta el fondo el alma conmovida,
y prorrumpe El también en cruel lamento.

¡Ah María! ¡María!...
si inundaste sus pies con el torrente,
que de tu pecho se vertió contrito,
hoy es Jesús, en lágrimas deshecho,
quien inunda en su piélago infinito,
todo el dolor fraterno de tu pecho.

Más que de nardo, esencia destilada
de la inefable flor de su quebranto,
qué celeste fragancia delicada
difundiría de Jesús el llanto.

¿Para qué este derroche?. Ciertamente,
este caudal divino de tristeza,
derramado tan larga, largamente,
es de todos los pobres la riqueza....

-" ¿En dónde le pusisteis?", interroga
Jesús a las hermanas gemebundas.
-" Ven y vélo, Señor..."

...¡Qué de profundas
son las cavernas de la muerte, cuando
las voces del amor se están trizando
contra la dura piedra que las guarda...!

-"¡Retirad esa piedra!"...-"Putrefacto
el cadáver está, pues cuatro días
en el sepulcro yace..."

-"¡Marta! ¡Marta!,
no te lo dije ya, que si tuvieras
harta el alma de fe, pero bien harta,
de Dios la gloria fulgurar verías?..."

He aquí que la tumba está patente:
Jesús la ve; sus ojos soberanos
mandan rayos de vida a los arcanos
de la sombría entraña pestilente.

Mientras dicen sus labios divinales:
-"¡Gracias, Padre, te doy, pues me has oído,
a fin de que comprendan los mortales,
que tu misión al mundo Yo he traído!".

Alza, entonces, la voz. Alza hasta el cielo
la omnipotente voz. La alza de suerte,
que hace temblar el circundante suelo,
más allá de los quicios de la muerte.

..."¡Vénte, Lázaro, afuera...!"...

Esta es su voz; la misma voz creadora,
que en el barro el espíritu infundiera,
en la primer semana creadora:
"¡Vénte, Lázaro, afuera!"

...Y el difunto,
con las manos y pies en ligadura
y velada la faz por el sudario,
ante el asombro multidudinario,
abandona la hedionda sepultura...

•

° °

Qué modo tienes de llorar, María;
pecadora del lago, ¡Magdalena!;
qué modo tienes de llorar tu pena,
cuando a Jesús tu llanto entristecía.

Lágrimas de feral melancolía,
no has llorado, mujer, sobre la arena;
vaciadas en el alma nazarena,
contigo llora Jesucristo hoy día.

Nada tiene de extraño que tu llanto,
desvencijando el ponderoso canto,
dé vida nueva a Lázaro en la fosa.

Si a fuerza de llorar, primero fuiste
de la tumba del mal la que volviste,
para vivir tu vida más hermosa.

Domine, Fili David....

Math. XX—XXXI

EL Maestro se va de romería;
para la eterna pascua de su muerte;
y se va porque quiere; no es la suerte
la que le lleva a donde va. Sería
la blasfemia sin nombre, más sin nombre,
decir que ciego va a la muerte Cristo;
siendo el Hijo del Hombre,
que va a morir de modo no previsto.

Va Jesús a su muerte en romería,
porque El buscó para su muerte el día...

¡Qué viaje tan grato, con su gente,
con su escogida gente predilecta!.
La senda que a la Cruz le lleva es recta,
y aunque precisa andarla en forma urgente;
que sepa, si no sabe, el gran Concilio,
que Cristo hacia Sión viene despacio,
rompiendo El mismo el voluntario exilio,
mas, poblando de triunfos el espacio.

Camino a Jericó, la de las palmas;
camino a Jericó, la de las rosas;
entre un mecerse de auras olorosas
y una apacible ensoñación de calmas.

Otra vez el Jordán con sus riberas,
dormido tras la fronda de los sauces:
se le ofrecen los prados para cauces,
le obsequian piedrecillas las laderas.

Otra vez los oteros y colinas
salpicados de gotas de relente;
otra vez los olivos, las encinas,
la nieve de los lirios, nuevamente.

Camino a Jericó... ¡Qué turbamulta
la del cortejo de Jesús hoy día!

No hay duda que Jesús ya no se oculta,
que al Sanhedrín, no hay duda, desafía.

Por entre los matorros del sendero,
agrias, cual los espinos comarcanos,
un pordiosero y otro pordiosero
tienden, en son de súplica, las manos.
¿Tendrán o no tendrán corta limosna
que encerrar en su puño, por tesoro?
Más que decir, su amarga boca rozna
lamentos de dolor en triste coro.
Y de sus ojos, lámparas sin lumbre,
que ha tiempos apagara la ceguera,
lágrimas corren de honda pesadumbre
como aceite que el fuego no prendiera.

Por el clamor del vocerío ingente,
por el bullicio extraño de la gente,
llegan a darse cuenta los mendigos,
de que, en marcha triunfal, Jesús avanza
de su noche sin fin por la tiniebla.
Entonces, ya no piden un mendrugo,
entonces, un sestercio ya no piden;
surge en su alma el fulgor de la esperanza,
y gritan su oración, que el aire puebla
de insistentes clamores de confianza.

Inebriados de fe, conocen ellos
que Aquel que va a pasar por su vereda,
puede darles limosna de destellos
y del sol regalarles la moneda.

A la mitad salidos de la ruta,
cual si marcaran del dolor el hito,
doblando en tierra la rodilla enjuta,
cada uno grita en persistente grito:
-"¡Oh! Hijo de David,
ten compasión de mí!".

Fastidiosos, molestos, importunos,
son aquellos reclamos para algunos,
que les mandan callar, entre regaños;
pero los ciegos, en tenaz porfía,
gritan con más vehemencia todavía:
-"¡Oh! Hijo de David,
ten compasión de mí!".

Al escuchar tan lastimeros ruegos,
se detiene Jesús... Vengan los ciegos,
los de los ojos túrbidos, que han visto
con los ojos del alma a Jesucristo.
Vengan los ciegos de mirada interna,
vengan los ciegos de ojos de cisterna:
el corazón de Cristo como espejo,
pondrá sobre ellos celestial reflejo.

-"Levantaos del suelo, alguien exclama:
¡Buen ánimo! ¡Venid! Jesús os llama..."

A Bartimeo Cristo le pregunta:
-"¿Qué queréis que yo os haga?". Y él contesta:
-"Que se abran nuestros ojos"...
Una fiesta,
una fiesta de lumbres y colores
invaden las pupilas sin sentido,
cuando Jesús las toca conmovido,
sembrando en sus negruras resplandores...

-"Idos en paz, por vuestra fe curados...
Idos en paz, por vuestra fe salvados..."

¿Cómo quieres, Señor, que éstos se vayan
lejos de Ti, si verte es la delicia
de su alma y de sus ojos? ¿Cómo quieres
privarles de la fúlgida primicia
de contemplar tu rostro, que es más bello
que el nítido destello
de los amaneceres?
¡Con sólo verte a Ti bastante fuera,
aunque tornaran luego a su ceguera..!

Permíteles seguir en tu cortejo,
con ojos niños llenos de alegría,
que en su semblante son, fungoso y viejo,
sol de invierno nacido al medio día.

Déjales que te sigan, buen Maestro,
por tantos otros ciegos del espíritu,

que unos a otros, en desmán siniestro,
se dan la mano, y como Tú dijiste,
juntos van a parar en el abismo.

....

¡Y los ciegos, con vista desde entonces,
se fueron de El en pos,
campaneando sus lenguas, como bronces,
himnos de gloria y alabanza a Dios...!

Veniet... salvum facere,
quod perierat.

Luc. XIX—X

NO hay duda que Jesús suscita, al paso,
curiosidad; curiosidad y asombro.
Los que le vieron una vez, ¿acaso,
no han de tornar a verlo,
aunque estrecharse deban hombro a hombro,
y apretujarse en calles y caminos?
¿Y quién, que no le ha visto todavía,
la propicia ocasión despreciaría,
de mirar con sus ojos los divinos?.

Jesucristo suscita, por doquiera,
curiosidad y asombro, cuando menos.
Y amor también, esa afección sincera,
razón de ser de las humanas cosas,
que es el perfume de los pechos buenos,
que es la flor de las almas candorosas.

Se le ama a Jesucristo, se le ha amado,
se ha de seguir amándole. Motivos
tiene tan dulces para ser amado,
que hay pocos hombres a su amor esquivos.

No hay duda que Jesús suscita, al paso,
curiosidad y asombro, cuando menos;
y amor también, aquel amor ferviente,
que brota al fondo de los pechos buenos...

....

Seguido de su turba admiradora,
toca Jesús en Jericó, que ahora,
para verlo llegar, se ha encaramado
encima de su histórica muralla,
en techos, en terrazas, y ha llenado
las calles, los senderos,
cascabeleando gritos vocingleros.

¡Qué faz tan dulce! ¡Qué expresión tan suave!
¡Qué andar tan apacible al par que grave!

...Sombroso está el ramaje del arbusto:
un viejo sicomoro de la vera;
lo contempla Jesús, lo mira a gusto,
desde el tronco a la rama más cimera.

Piensa, tal vez, la gente que el viajero,
sintiendo del cansancio la mordida,
busca el descanso plácido y ligero,
que el árbol, a su sombra, le convida.

Pero, no. Su mirada ha traspasado
del follaje la inútil vestidura,
y un fruto ha descubierto, inesperado,
de la hojarasca oculto en la espesura.

...De cuerpo, pequeñín; de alma, sencillo,
-curiosidad que se alza sobre el suelo-:
por conocer a Cristo, un hombrecillo
se enarboló con decidido anhelo.

-"Baja, luego, Zaqueo; que en tu casa
debo ser huésped hoy".
No tiene tasa
la alegría del hombre, cuando escucha
tan repentina insinuación. No es mucha,
con ser tanta, a Zaqueo, le parece,

la prisa que se da, por descolgarse
desde su verde mirador de fronda;
es tan grande, es tan honda
la gratitud que en su alma le florece:
como, si de un erial, la primavera
creara, por milagro, una pradera.

-"Zaqueo es hombre malo"- cierta gente
cuchicheaba, en colérico sigilo:
-"cómo en casa de un burdo delincuente,
puede un profeta demandar asilo...!"

Si al sacudir el árbol, cae el fruto,
de las hojas no importan los rumores:
Jesús trajo a la tierra, en atributo,
buscar, antes que justos, pecadores.

Callad vuestros airados comentarios;
a réditos también, Cristo, usurarios,
va a saquear a Zaqueo sus denarios...

El momento es de gracia, gracia suma:
Zaqueo, el fraudulento, el publicano,
en la presencia de Jesús, exhuma,
del sepulcro de su alma, el vil gusano
que roe su conciencia.
-"Desde ahora
dimidio, con los pobres, mis caudales.

Y si causé perjuicios, en otrora,
codicioso de bienes terrenales,
a mi hermano daré cuádruple tanto,
sobre el tanto robado; de manera,
que esta usura compense a la primera,
y al par que él se redima de quebranto,
por siempre quede mi alma pordiosera
de tu perdón y tu cariño santo."

(...Gentes, mirad: Zaqueo restituye;
a nadie debe; paga a todos todo.
...Mas, el ladrón de la honra, la destruye,
y de pagarla, hasta hoy, no existe modo...)

Jesucristo a Zaqueo respondía:
-"Ciertamente, este día,
es día de piedad para tu casa.
Eres hijo de Abraham, y te ha llegado
la salvación que nunca tú has buscado;
porque el Hijo del Hombre, a este mundo,
mensajero del Padre, ha descendido,
a volver puro lo que estaba inmundo,
y a salvar lo que había perecido..."

Que es igual a que Cristo le dijera:
Tú, siendo hijo de Abraham, predestinado
fuiste por Dios, no obstante tu pecado;

pero no por Abraham, precisamente;
antes bien, por el Cristo, Hijo del Hombre,
que su virtud te da, te da su nombre,
y, cual si nunca fueras delincuente,
te remite de crimen exculpado...

Y Zaqueo, el injusto, se despoja,
no sólo de los bienes mal habidos;
lejos de su alma ennoblecida arroja
todo cuanto halagaba sus sentidos.

Derrochar sus caudales, no le importa,
aunque se quede sin reserva alguna;
ha comprendido bien que viene corta,
para ganar a Dios, cualquier fortuna.

Hilado queda en rueca de pobreza;
puede enhebrar el ojo de la aguja;
sutilizado cual sutil cabello,
ya no es el hiperbólico camello,
cargado de sus jibas de riqueza.

Zaqueo, afortunado negociante,
hasta con Cristo sales ganancioso,
pues si vas a mirarlo, de curioso,
su corazón conquistas al instante.

Y dejas tu figura pequeñita,
como estampa pintada de emociones,
al centro de la página bendita,
de este dulce Evangelio de perdones...



Hosanna Filio David...!

Matt. XXI—IX.

GENEROSOS arbustos florecidos,
de fresno, terebinto y sicomoro;
soberbios y magníficos palmares,
que teñís en azul vuestros pinceles;
pomposos y plateados olivares,
filtros de suavidad, haces de nidos;
viejas encinas de hojas en caireles,
que el sol primaveral hilvana de oro:
se os ha dado este día, se os ha dado
este día de triunfo bienhadado,
para que hagáis derroche de matices,
el suelo recubriendo, cual tapices,
al paso de Jesús.

¡Vedlo!. Ya viene,
sobre los lomos mansos de un jumento,
que es pimpollo también, porque hasta ahora
nadie lo ha cabalgado.

¡Es vuestra esta hora!
No la que entrega la hojarasca al viento,
en las grises polvosas otoñadas;
sino la que descuaja fronda y flores,
y si hay frutos, también descuaja frutos,
para el dulce Señor de los señores,
que amó los campos más que las ciudades,
y tomó para Sí los atributos
de Buen Pastor de místicas manadas,
de Sembrador de la semilla buena,
de Estanciero de santas heredades,
de Viñador de la celeste viña.
De aquel Maestro de la faz serena,
que, encerrando en sus ojos la campiña,
enseñó que era el Cielo,
cual uno de vosotros: un frondoso
árbol de ramas largas y clementes,
a donde tienden su anhelante vuelo
las aves inocentes,
para encontrar el íntimo reposo.

Olivos, palmas, fresnos, terebintos:
si no tejéis alfombras, alzad plintos...

Ya se viene Jesús... El mar humano
levanta en vocerío sus oleajes.
Nunca para otro rey hubo homenajes
semejantes al de hoy.
Vanos, sí, vanos
son vuestros infernales cuchicheos,
asesinos e inicuos fariseos,
que, presas de rencor y de fastidio,
tramáis entre las sombras el deicidio.
Vais a matar a Cristo. Ciertamente,
lo mataréis, porque El debe ser muerto.
Pero, mientras el pueblo que hoy le aclama,
consienta que pongáis venda a sus ojos,
no hay dique que detenga el mar hirviente
de su sincero amor, que se derrama
sobre vuestros inútiles enojos,
cual de un volcán la incandescente llama,
que reduce a cenizas los abrojos.

-"Maestro, disponed que callen éstos..."

-"Es en vano. Pues si ellos se callaran,
vuestros deseos, por cumplir, funestos,
las piedras me aclamaran..."

Y en santa emulación de regocijo,
la ciudad desbordada hacia el cortijo,
y los que de Betfaje con El vienen,

lanzan al aire gritos y cantares,
con sus mantos acolchan los senderos,
que quedan convertidos en altares,
y en las puntas fluctuantes de las palmas,
llevan izadas de fervor las almas.

Hay un alto en la marcha victoriosa...
Se detiene el torrente de improviso...
Desde la última cumbre está a la vista
la gran Jeruralén, sede orgullosa
del Reino de Judá, que aún occiso,
mientras el mundo exista,
perpetuará la gloria de su imperio.
Se demora Jesús. Se ha demorado,
un instante no más; sólo el preciso
para enjugar sus ojos que han llorado
y proferir palabras de misterio.

-"¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Si hoy día,
cuando menos, quisieras
abrir los ojos. ¡Ah! si los abrieras
a la luz que te envía
Aquel que sólo puede
darte la paz!. Mas ciega de tal modo,
te han puesto tus rebeldes descarríos,
que lo has perdido todo,
sin que nada que hacer por ti me quede.
Pronto, tus enemigos, como ríos
que han salido de madre, tus murallas

sitiarán. Y tus torres y techumbres,
a su impulso han de ser débiles vallas.
Tus hijos, en inmensas muchedumbres,
sepultados serán bajo tus ruinas;
y de ti, la ciudad de las colinas,
la del Templo sagrado,
la que el paso del tiempo no desmedra,
piedra no ha de quedar sobre otra piedra,
porque el día en que Dios te ha visitado,
soberbia, a recibirle te has negado..."

...El medio día, como una ascua de oro,
incendiaba de amor el valle ameno...
El torrente, otra vez, se pone en marcha,
y el vocerío crece como un trueno.
Todos los pechos abren el tesoro
de sus hondos afectos desbordantes,
y hacen vibrar el aire con el grito
de innumerables labios delirantes:
...viejos de barba blanca hecha de escarcha...
...niños de faz inédita de auroras...
...mozos fuertes cual bloques de granito...
...y mujeres, la tropa de mujeres,
campanillas sonoras
o rumorosas aves de alcaceres...
Nadie queda en silencio, aclaman todos
al hermoso Rabino,
hoy más que nunca hermoso y peregrino.

Puesto que todos, de diversos modos,
le deben algún bien: los ciegos vista,
los leprosos limpieza, voz los mudos,
los enfermos salud, paz los posesos,
fuerza los cojos en los miembros rudos,
vigor los atrofiados, embelesos
de armonía los sordos, vida nueva
los muertos, y el perdón de sus errores,
que las almas renueva,
la turba de los pobres pecadores.

¡Le aclaman todos!... ¡No aclamarle cómo!
si allí están Jairo y su hija resurrecta,
la viuda de Naím, junto con su hijo
que a la caja mortuoria estuvo fijo,
la Cananea de la fe perfecta,
la hemorroisa, los ciegos del sendero,
el Centurión romano,
y Lázaro, que aún lleva a la mano
el sudario, que ayer no más cubriera,
su mal oliente cuerpo todo entero...

¡Le aclaman todos! ¡No aclamarle, cómo!
si El que va del jumento sobre el lomo,
es El mismo que amansa las tormentas,
en el mar y en el alma,
poniendo a las pasiones
y al huracán en calma...

-"Hosanna, al Hijo de David, bendito!
¡Hosanna, en lo más alto de los cielos!
¡Hosanna a este Señor del infinito,
que viene a realizar nuestros anhelos!
A darnos patria, a darnos fe, al hombre
a darle nueva vida y nuevo nombre.
¡Toda gloria para El, toda alabanza!
¡Nuestra salud es El, nuestra esperanza!."

...Apartaos, escribas y doctores;
la grey no necesita otros pastores,
que este Pastor henchido de favores...

Extranjeros venidos a la Pascua,
no preguntéis: quién es. Es el Profeta
de Nazareth. ¡Aquel que tiene mando
en la vida y la muerte! Aquel que, cuando
era Lázaro muerto cuatro días,
lo arrancó vivo de la hedionda grieta,
a la vista de amigos y de espías.

Aclamadlo, también, con los judíos,
porque de apriscos -cierto- diferentes,
ovejas sois también de sus rediles.
Doblegad, a su paso, vuestras frentes;
instruíos desde hoy, bien instruíos,
de que Cristo es también de los gentiles...

...¡Y entre hosannas y glorias sin ejemplo,
entra Cristo a su casa, que es el templo...!

...Ya has llegado, Señor, como a una ara,
para la inmolación que Tú has querido;
ya has llegado, Señor; ya te has venido
para el amor de tu hora, la más cara.

Pocos días no más... y las traiciones...
Pocos días no más... y los denuestos...
...Ya habrán callado, para entonces, éstos
que te rodean hoy de aclamaciones...

...Pero, entonces, Señor, cuando a su juicio
el hombre te conduzca y te dé muerte,
habrás cambiado nuestra infausta suerte,
y será dicha nuestra, tu suplicio...!

Desiderio desideravi hoc
pascha manducare vobiscum.
Luc. XXII—XV.

EL día de los ázimos instaba...
Según el rito de la Ley, debia
la multitud del pueblo, en ese día,
más que saciar el hambre que apremiaba,
nutrirse la memoria,
con simbólica cena, pero breve.
Augusta ceremonia, el Parasceve,
con su rito sencillo,
perpetuaba la historia,
del extraño milagro que hizo el Cielo,
cuando Moisés el ínclito caudillo,
en gloria de Israel trocó su duelo.

El cordero tostado con premura...
el pan, como el maná, sin levadura...
la lechuga silvestre en su amargura...

Del cautiverio en la postrer vigilia,
yantó así de las Tribus la familia,
para luego emprender el largo viaje,
que a través del desierto y de las dunas,
el sol de cuarenta años y sus lunas,
les verían seguir, hasta el paraje,
donde engranaron los trigales rubios
del viejo Abraham, y en límpidos efluvios,
manaron sangre sus fecundas vides,
(pan y vino nutricios de adalides)
para hacer de la Tierra Prometida
el campo labrantío de la vida.

...Hogar acogedor el de Bethania,
Jesús estaba en él. Pero era la hora
de tornar a Sión, donde la insania
de la estirpe traidora,
dispuesto había el ara del suplicio.
Cordero de una Pascua sempiterna,
carne y sangre de un nuevo Sacrificio:
la Cena de esta Pascua será eterna..!

-"¿Dónde, Maestro, quieres,
en esta Pascua, celebrar tu cena?"
...Y pensando en sus pobres menesteres,

los dilectos de Cristo la mirada
no desprendían de la faz terrena,
que comparte horizontes con la nada...

-"Partid a la ciudad. En el camino
habréis de hallar un hombre, que transporta
una odre de agua a las espaldas; corta
distancia andad tras él; cruzad la puerta
que él franquee, y en nombre del Rabino,
decid al dueño de esa casa incierta:
¿Mi hora es llegada. Dónde el aposento,
en que la cena he de tomar hoy día,
de los míos en grata compañía?
Y ha de enseñaros él, ese momento,
amplio recinto. Disponed de modo,
que allí, a su tiempo, esté arreglado todo."

Y Pedro y Juan marcharon al instante,
y conforme el Maestro les dijera,
así les sucedió.

Tras breve espera,
la mesa del Cenáculo radiante,
en la impoluta castidad del lino,
del cordero ritual con la fragancia,
difundía en la estancia
el vigor aromático del vino.

Mientras Jesús veía en el futuro,
sentarse a esta mesa muchedumbres
de gentes, extenuadas por el duro
martillar de inexhaustas servidumbres;
y veía llegar tantos enjambres,
para aplacar inextinguibles hambres,
en la flor de su Cuerpo vuelto espiga
y en la miel de su Sangre hecha racimo;
y veía surgir del bajo limo,
a la doliente humanidad, que el sello
del divino destello,
lleva, a pesar de su negror de hormiga.

Entonces gozaría,
con pensar que a la tarde de ese día,
no obstante la pasión y el sufrimiento,
iba a tener perenne cumplimiento
su infinito anhelar; pues El sería,
aun antes de las nupcias eternales,
bebida y alimento,
para todos los débiles mortales.

Cabe la mesa, el celestial Rabino
de los Doce a la turba le predica·
-"Con ardiente deseo, he deseado
comer esta mi Pascua postrimera
de vosotros rodeado;
pues nunca más hasta el festín divino

y eterno de mi Padre, será dado
que la comamos juntos; ni del vino
he de tomar la copa lisonjera.
Bebed, bebed, vosotros,
que, luego, han de beberla muchos otros."

...Y mientras les hablaba,
su pecho, como hoguera, se inflamaba...

Ajenos al misterio y siempre henchidos
de vanidad terrena,
mezclando los designios divinales
con la ambición que sus entrañas llena;
disputaban los Doce,
a cuál de ellos cabría
el honor de preclara primacía,
del Rey Jesús en el futuro goce.

Mas El, que está escuchando
tan triviales y fatuas presunciones,
con porte amable y con acento blando:
-"No disputéis, les dice, sobre cosas
que no conoce vuestra mente oscura.
Maestro me llamáis, y Señor vuestro,
y en realidad lo soy. Pues, Yo el Maestro,
os daré de humildad graves lecciones,
para que unos a otros, entre hermanos,
os hagáis caridad por propias manos."

Y uniendo a las palabras las acciones,
en un lebrillo lleno de agua pura,
lava los pies de todos, cual si fuera
el último sirviente asalariado,
y no el Señor de todo lo creado...!

¡Operarios de Dios, tenéis las plantas
tan límpidas y santas,
que más parecen alas de Querubes!
Bien podéis emprender vuestro camino,
más allá de las nubes,
más allá de las lindes estelares,
a servir en las eras y lagares,
donde es eterno el Pan y eterno el Vino...

...De regreso a la mesa de la Cena,
más que nunca está dulce Jesucristo:
ya el momento se llega, que previsto
fué de su vida la más grata escena.

Tienen sus ojos lánguidos destellos
de infinita ternura compasiva;
la estrella de la tarde está cautiva
de la inefable mansedumbre de ellos.

En la flor de sus labios hay aromas
de jacintos, de rosas y de nardos;
en su pecho hay murmullos de palomas
traspasadas de amor por cruentos dardos.

Su corazón repleto de bondades,
como nunca destila dulcedumbre,
y a manera de pétalos de lumbre,
florece su semblante claridades.

. . . En su divina mente se agolpaban
los símbolos y emblemas, que anunciaban,
entre todos bendito, aquel momento
en que iban a tener fiel cumplimiento:

El rubio vino que Noé libara,
hasta caer en místicos delirios;
las hostias que ofrendara
Melquisedech, más blancas que los lirios;
de José la alba túnica teñida
con la sangre engañosa del cabrito;
la copa con el trigo confundida
de Benjamín en el zurrón ahito;
el maná del desierto, pan celeste,
amasado de harina de luceros;
la linfa que, en purísimos veneros,
de Horeb brotara en el peñón agreste;
las gavillas de Ruth, la espigadora,
tesoro de piedad y de esperanza;
los racimos traídos en balanza,
sobre hombros de la gente exploradora,
desde playas de eterna bienandanza . . .

Y venían también a su memoria,
tiernos recuerdos de la propia historia:
el agua del Jordán cambiada en vino,
para alegría del nupcial cortejo;
el pozo de Siquem, pobre y mezquino,
trocado en fuente de inmortal destino,
para saciar la inmensa sed del alma
y hacerla transparente a su reflejo;
el pan multiplicado en el milagro,
del hambre de las turbas para calma,
cual si el desierto magro,
sintiera que el querer de Dios le ensalma,
y por volverlo para el hombre ameno,
le sembrara mendrugos en el seno...

...¡Es hora ya!... Estrellas fulgurantes,
colad por las ventanas vuestros rayos,
que cerquen a las hostias de diamantes
y escondan en el cáliz sus desmayos...

...¡Es hora ya!... Vuestro laúd de plata
traiga el himno magnífico del Cielo;
cantad ¡Oh Serafines! la sonata
que más dulce os inspire vuestro anhelo...

...¡Es hora ya!... Felices comensales,
que os sentáis a esta mesa bendecida,
vuestras almas prended como ciriales
y derretid a su calor la vida...

Cristo tiembla de amor. En sus miradas
hay profunda emoción. Tiene su acento
supremas inflexiones de ternura.
Su corazón palpita de contento.
Traslúcido el semblante, están grabadas
en él brillantes huellas de misterio.
¡Si alguien, antes, no amó tanta hermosura,
presto llegue . : . no pierda este momento! . . .

. . . Y con los ojos en la altura fijos,
levanta el pan en las benditas manos:
-"Tomad, dice, y comed. Mi Cuerpo es éste,
que entregado ha de ser por los humanos.
Quienes de él se alimenten, serán hijos
de eterna promisión; su blanca veste,
les abrirá del Padre los arcanos . . . !"

Bendice, luego, el cáliz sacrosanto,
pronunciando esta fórmula suprema:
-"Tomad y bebed de él. Esta es mi Sangre,
que vertida ha de ser gota tras gota,
para borrar la mancha y el quebranto
del eterno anatema.
Este es el cáliz de la Nueva Alianza,
que engendra caridad, fe y esperanza!"

La ruda voluntad hecha de bronce,
sintió entonces la turba de los Once

(Judas, ¿en dónde estás? No se te cuenta!)
fundirse en esa fragua sin segundo,
que ha de abrasar el corazón del Mundo...!

No importará el dolor de las traiciones,
nada valdrán cobardes negaciones:
Jesús, desde la cumbre del Calvario,
contemplará a sus pies el Orbe todo
convertido en viñedos y trigales,
como si fuera a modo
de un inmenso sagrario,
donde pacen rebaños y zagales...

o
o o

...Ya te has vuelto, Señor, nuestro sustento:
en nueva encarnación de Eucaristía,
ya no buscas el seno de María,
sino el ara letal del Sacramento...

Hecho Pan y hecho Vino, tu portento,
los hombres lo harán suyo en todo día;
puedes ser de Querubes ambrosía,
y prefieres ser de hombres alimento.

Servida está la Mesa de tus Bodas,
para que vengan las edades todas
al banquete de tu Hostia y de tu Vino.

Haz de cada alma de Hostias un tesoro,
de cada corazón tu Cáliz de oro,
y cumpla el Mundo su inmortal destino...

Priusquam gallus cantet,
ter me negabis...

Math. XXVI—LXXV

LA noche era profunda de tristeza;
más aún de tristeza que de sombras...
En el telar del cielo había alfombras,
hechas con luz de estrellas y de luna...
La noche, sin embargo,
jamás tuvo sentido más amargo...

De los olivos en la copa espesa,
se agazapaba la tiniebla en una
condensación de angustia sin medida.

La noche era más noche dentro el huerto,
como que todo allí se hubiese muerto,
sin dejar ni barruntos de la vida...

A la vera del huerto, confundidos
con las protuberancias de la roca,
tres hombres, tres Apóstoles, dormidos,
pegada al suelo la reseca boca.

Cargado de dolor, presa de tedio,
se ha llegado Jesús a los que duermen...
Velar no habéis podido unos instantes,
para evitar el criminal asedio,
preferidos Apóstoles, que fuisteis,
entre todos electos, como germen
de lealtad y amor, desde mucho antes?
Mientras Jesús, en agonía, oraba
y el cáliz recibía de amargura,
para beberlo todo por vosotros,
os entregáis del sueño a la dulzura!

Mientras Jesús, en soledad, sangraba,
cual si fuera una esponja de pesares,
hacéis lo que tal vez no hicieran otros,
entregaros a lánguidos soñares!

Mientras Cristo, en espíritu, sufría
los tormentos que pronto sentiría

sobre su cuerpo, estambre de finura,
los ojos vuestros, por cerrarse al sueño,
dejan de ser custodios de su dueño...!

...Ya se oye del tropel el ruido aciago:
¿duermes, Pedro? ¿dormís, Juan y Santiago?...

Si habéis de ser Apóstoles, precisa
que no cerréis los ojos, nunca, nunca;
si los cerráis, Satán se dará prisa
y vuestra obra en las almas será trunca.

¡Ea! Alzaos del suelo; ya ha venido
la chusma, que el traidor acá ha traído!

El beso, la caricia más preciada,
es hoy señal de arresto, malhadada...

-"Aquel a quien yo bese, es el Maestro;
sus manos, pronto, atad con fuertes lazos,
y sujetad su cuello a un cabestro;
no sea que se escape a vuestros brazos..."

...Y en la límpida faz del Nazareno,
que sólo -cuando niño- besaría
la boca hecha de lirios de María,
Judas estampa su ósculo de cieno.

Como si el sacrilegio le buscara,
de aquel siniestro beso en el instante,
sorben sus labios una gota errante
de la sangre que a Cristo le chorreara.
Judas, por nueva vez, comulga hoy día:
si tras de la primera fué al deicidio,
al sorber esta sangre de agonía,
tras la segunda vez irá al suicidio.

Está besado ya Cristo por Judas;
bien podéis vuestras manos ¡oh sicarios!
poner sobre El... Vuestras manazas rudas,
daño menor le harán que el beso inmundo.
Vosotros heriréis su carne santa,
mas la traición el alma le quebranta...
Prendedlo, cual se prende a los nefarios,
a un ladrón, un fatuo, un vagabundo.
De los jueces llevadlo a la presencia,
entre afrentas y golpes y empellones:
es reo del delito de inocencia,
y para algo vosotros sois sayones...

Abrevadlo en el agua de la charca,
tirándolo de rostro sobre el lodo;
habéis de conseguir, por este modo,
mancillando de fuera su hermosura,
convertirlo de burlas en monarca
y hacerlo objeto de feral desprecio;

a punto, que al caer la bofetada
sobre la augusta faz puesta en desmayo,
se atreva a presumir el vil lacayo,
que fué su aleve mano la infamada.

Llevadlo, sí; llevadlo ante el Pontífice,
depositario de la Ley hebrea;
que vengan los testigos sobornados,
de entre el hampa perjura en la ralea;
que olviden su misión jueces menguados,
para acusar al indefenso reo;
que de El murmuren siervos y curiales,
dueñas y esclavos, aquel vulgo feo:
la sentencia de Cristo la den todos,
cada uno con sus formas y sus modos...

...¡Pero, no lo llevéis a otras traiciones!...

¿Dónde estás, Simón Pedro, tú, el valiente,
que ofertas formulaste con vehemencia,
de nunca abandonar a tu Maestro,
aunque huyan todos de El, en negra ausencia?
¿A qué has venido al Sanhedrín siniestro,
si falto de valor te hallas tremente?
¿Te has sentado al rescoldo de la lumbre,
buscando estar caliente,
en junta de la inicua servidumbre?

Anda a encontrar calor para tu frío,
donde no haya ocasión de desvarío...

Vas a negar a Cristo; ya lo niegas,
con pertinaz y ruda felonía;
de miedo, tus pupilas están ciegas
y tu frente, de miedo, está sombría.

Le niegas por tres veces, con perjurio;
sostienes que jamás le has conocido:
pobre Cefas, pareces el augurio
de los cobardes que después han sido.

¿Te olvidas de la pesca milagrosa,
de tu primera confesión ferviente,
cuando otra te anunció más provechosa,
no de peces Jesús, sino de gente?

¿Qué fué de tu proclama en Cesarea,
en que tu voz el primer dogma dijo,
por divina infusión, no por tu idea,
de que Cristo es de Dios verdadero Hijo?

¿Te olvidas del Tabor, en que asombrado,
viste con ojos sin carnales vendas,
la gloria de Jesús transfigurado,
y allí erigir quisiste eternas tiendas?...

Dan sentencia a Jesús, como a blasfemo,
porque ha dicho que es Hijo del Dios vivo.

¡Huye veloz; apúrate en extremo:
tú dijiste lo mismo del Cautivo...!

Ya lo llevan, ahito de amarguras,
escupido, confuso, avergonzado;
doliéndole, de todas las torturas,
en el centro del alma tu pecado.

Lo llevan a prisión, entre las befas
de la turba embriagada de furores;
puedes mirarlo al paso, ingrato Cefas,
hecho un haz de miserias y dolores.

Rasguños, puntapiés y bofetadas;
estirones de miembros y cabello;
contorsiones, soeces risotadas;
coyundas de jumentos en el cuello.

Escápate, más bien, si lo has mirado;
la voz del gallo hiere tus oídos;
si a Cristo con palabras has negado,
confiésale ante el mundo con gemidos.

Tú no eres como Judas, el perverso,
que al averno entregó su alma malvada;
inunde, como un mar, el universo,
la fuente de tu llanto desbordada.

Al martirio va Cristo; tú, entre tanto,
véte a llorar tu crimen, que la vida

te ha de venir estrecha para el llanto,
aunque la tengas larga y padecida.

... Pero, antes de marcharte, una mirada
de compasión dirige al Nazareno;
pon tus ojos sobre El; piensa que es bueno;
defiéndele siquiera en tu conciencia:
tú sabes que de malo, nunca, nada,
ha hecho Jesucristo en su existencia...

Y cuando estés de culpa perdonado,
preside a tus hermanos en el mundo,
y asciende al trono de la Cruz, sagrado,
De Cristo sucesor: Cristo Segundo...

...Quid est veritas?...

Jo. XVIII—XXXVIII

Era la hora de prima, grácil hora,
en que el sol de Nizán se precipita,
en torrentes de amor sobre Judea:
el pincel de la luz esmalta y dora,
con su escala de tonos infinita,
la campiña, la cúspide, la aldea.

Hacia el Moria convergen refulgentes
los más intensos rayos matinales,
que, del Templo en la ebúrnea crestería,
están izando flámulas ardientes,
mientras decoran de iris los vitrales
y bordan fimbrias de oro en la arquería.

Era la hora de prima...

¿Qué sucede
en la Jerusalén egregia y santa?...
¿qué malestar, qué desazón le obsede?...
¿A dónde va esa turba en desafuero,
que injurias sólo tiene en la garganta?...
¿A quién golpea y hiere y atormenta,
el populacho de coraje fiero?...
¿Quién es ese hombre, oprobio de los hombres,
de cabello mesado y faz sangrienta,
en torno al cual, como aves de rapiña,
tanta gente frenética se apiña?...
¿No es el mismo Jesús, el Nazareno,
a quien la turba proclamó con nombres
de Profeta y Señor, de Hijo bendito
del sumo rey David, el Santo, el Bueno,
a quien, apenas hace cuatro días,
sin someterse a rutinario rito,
Libertador, apostrofó, y Mesías?...
...¡El mismo...! y hoy le llevan al Pretorio,
porque le han puesto ancianos y doctores,
en la lista de torvos malhechores;
y precisa que el fallo perentorio
del juez romano selle el veredicto;
pues, toca al César el derecho estricto
de vida y muerte a siervos y señores.

-"¿De qué vosotros acusáis a este hombre?",
Pilatos murmuró, con ironía.
-"Si no fuera un malvado, no estaría
en vuestro tribunal", gritó el tumulto.
..."Si ya sabéis, entonces, que es malvado,
sancionadlo conforme a vuestras leyes...
Está de más juzgar a un condenado
a pena capital, por ... otros reyes..."
...-"Bien sabéis, exclamó la turba airada,
que, desde cuando fuera esclavizada
nuestra nación, al Príncipe extranjero,
no tenemos poder para dar muerte.
Y, sin embargo, debe este embustero
pagar su engaño al pueblo, de esta suerte".
...-"Está bien; más, os digo nuevamente:
¿de qué vosotros acusáis a este hombre?
si ayer, no más, en séquito ferviente,
lo bendecíais, del Dios vuestro en nombre...!"
...-"¿Cuál su crimen, decís?. Pues, le hemos visto
tramando contra el César sediciones.
A rehusar el pago del tributo,
induce al pueblo, Usurpa el atributo
de salvador de la Nación Judía,
y a sí propio apodándose de Cristo,
ejerce, en gente ignara, sugestiones!"

¡He aquí el atestado!... Ven Pilatos,
y omitiendo rabiosos alegatos,

decide la cuestión sobre este Reo,
este Reo Divino, que ha querido
hallarse a tu dictamen sometido.

Aunque de un rey de barro, este momento,
tiene la autoridad en ti su asiento.
¡Vas a juzgar a Dios!. Si a tu conciencia
prestas asentimiento,
has de dejar al mundo, por herencia,
un nombre que adquirir tú solo puedes:
Libertador de Dios, que maniatado
como un vil criminal, te fué entregado...

..."¿En realidad, sois rey?"
-"¿Esta pregunta
me la hacéis por vos mismo, o ha nacido
de quienes ante vos me han conducido?"
..."Por ventura, yo tengo
que ver con vuestras ínfimas rencillas...!
La plebe al sacerdocio aquí se junta,
y dicen que embaucáis gentes sencillas,
que os aclaman por rey. Yo os interrogo,
si en realidad tal farsa habéis urdido...
..."No es de este mundo el Reino mío. Acaso,
si de este mundo fuera, no vendría
mi legión de vasallos, este día,
a defenderme en tan amargo paso!
Mi propia invalidez, bien os demuestra,
que no es mi Reino de la tierra vuestra..."

¿Habéis oído, fúlgidos Querubes,
lo que ha dicho el Señor?... Rasgad las nubes,
y en su ayuda venid. ¡Pronto!. ¡De prisa!.
Que de la cruz ya clavan los maderos...
se acrecen las blasfemias y la risa...
cubren de abrojos nuevos los senderos...
inscriben con infamias los letreros...
Van a dar muerte a Cristo ¿qué os detiene?...
Mas, ¡ay!... si sois vasallos de su Cielo,
no es, en verdad, su Reino de este suelo...

...-"Pero ¿entonces, sois rey?"
-"Decís lo cierto.
Sí, soy Rey; y para esto Yo he nacido:
para reinar. Y al mundo he descendido
para que la verdad conmigo impere.
Quien la verdad inquiere,
a mi palabra presta oído abierto."

...-"¡Ah! la verdad!. ¿Qué es la verdad?.."

Espera,
Pilatos, un instante... No te ausentes
del recinto de audiencia de tu Reo.
De su faz, de sus ojos, en las fuentes
la verdad puedes encontrar, que ignoras.
De tu razón en el sentido ateo,
puede encender la fe claras auroras.

...Pero, ¡te vas!... ¿Acaso te hace daño
mirar de la verdad la lumbre pura,
porque, en noche de engaño,
llevas el alma ahita de ambiciones?
...Entonces, ¡vete!... En ciegos corazones
el sol de la Verdad jamás fulgura...

Y, porque no esperaste de los labios,
divinamente sabios,
de Cristo la respuesta luminosa,
juguete vas a ser, pobre juguete,
de la saña rabiosa
del populacho audaz, que una sentencia
te arrancará, de muerte, a la inocencia...

o

o o

¿Qué es la Verdad? preguntan a porfía,
cuantos Pilatos vagan por el mundo,
henchidos de venal filosofía
o vestidos del vicio el traje inmundo.

Para unos, la verdad es la falsía...
del placer, es para otros, el segundo...
quien la busca en la luz de un claro día...
quien, de las sombras, en el mar profundo...

La Verdad es lo que es, en donde quiera:
en luz o en sombra, en cumbre o en abismo;
con el hombre o sin él, su cetro impera.

Ni en códigos, ni en leyes, ni en contratos,
la Verdad esencial se halla en Dios mismo,
y Cristo es Dios: sabed, pobres Pilatos...!

"Ecce homo..."

Jo. XIX—V.

SOBRE el arco ascendente del levante,
hacia la hora de tercia avanza el día;
sobrecogido el sol, a cada instante,
entre velos de nubes se escondía.

Está hablando Pilatos al tumulto:
-"Sabed, les dice, que no encuentro causa
de condena en este hombre"...

Ni un insulto
habría provocado igual encono,
en la turba brutal de acusadores;

mil bocas prorrumpieron en denuestos,
mil rostros contrajéronse con gestos
de infernales satánicos furores.
Y el vocerío hizo temblar el trono
del timorato juez.

-"Ha sublevado
la Nación, a partir de Galilea,
y ¿causa no encontráis a que éste sea
en una cruz clavado?..."

Al oír que nombraban Galilea,
creyó encontrar Pilatos un resquicio,
para salir del trance de este juicio...

-"Aquí en la ciudad santa, por la Pascua,
Herodes el Tetrarca está presente;
conforme a su poder, a que lo juzgue,
llevad al delincuente..."

Cargado de cadenas y de afrentas,
marcha Jesús hacia el Monarca impuro.
¡Dicterio, salivazo, golpe duro:
quién del cortejo no hace de esto cuentas!
...¡Vuestro valor, judíos, se ha cifrado
en herir a un inerme ajusticiado...!

Se ha de mofar Herodes del Profeta,
como de la virtud se mofa el crimen;
más, los burdos sarcasmos no le eximen

de la vergüenza anónima y secreta
que el silencio de Cristo le procura.
Habló el Señor con todos los verdugos:
con Judas, con Caifás, con el lacayo
que abofeteó su faz lánguida y pura;
conversó con Pilatos de altas cosas,
que pudieron rasgar las ominiosas
tinieblas de su mente, cual un rayo.
Pero, ni una palabra para Herodes
-¿qué tiene que decirle Jesucristo? ,
tampoco una mirada
-¿para qué ha de poner sobre él su vista?-;
si aquella inmunda bestia coronada,
la voz de Dios segó de su conciencia,
y la lumbre de Dios de su presencia,
al cortar la cabeza del Bautista...!

Vistiéndole de fatuo con la túnica,
despedía a Jesús el Rey malvado;
tan alba veste, ciertamente es la única
que viene bien al Hombre inmaculado.
De que Herodes, en forma irreverente,
proclama que Jesús es inocente,
aquel níveo cendal da testimonio:
ría el infame, ría cual demonio,
al ver a Cristo en traje de demente.

¡Decir que Jesucristo se halla loco,
en su amor a los hombres, es muy poco...!

...Ya está de vuelta el Pródigo infinito,
ante tu tribunal, Poncio Pilatos.
¿Qué vas a hacer con El, si su delito
es ser blanco de infamia y desacatos...?

Dialogas otra vez con esa turba,
movida de pasión por odio impío.
¡Qué controversia aquélla!... Tu albedrío
te está dictando el fallo de justicia;
pero, en cambio, te abruma la estulticia
del populacho vil con quien disputas,
que en el incendio de pasión en que arde,
va a consumir tu voluntad cobarde...!

¡No sigas con la chusma discutiendo;
recházala, más bien, con entereza;
haz de tu propia convicción atuendo,
y déjale pensar a tu cabeza...!

¡Pusilánime juez, ya estás cogido,
de las intrigas en la telaraña:
el fantasma del César, amo tuyo,
pesa en tu mente más que una montaña.
Perdiste la razón desde este punto,

y cometes errores a porfía,
a un tiempo intentas rescatar la presa
y complacer también con la jauría.

Si hacer justicia, por ti mismo, eludes,
dejársela a las fieras ¿cómo intentas?
En tu torpe balanza les presentas
a Barrabás y a Cristo, y sientes susto,
cuando las fauces ávidas eligen,
antes que al malhechor, tragarse al Justo...!

De siglo en siglo a todas las edades,
se extiende este baldón, para tu mengua:
y si han de tener nombre las ruindades,
será ese nombre el tuyo, en toda lengua.

Que tu víctima, ordenas, juez nefario,
sea de modo bárbaro azotada;
por calmarle en su instinto sanguinario
exitas más la sed de la mesnada.

Y allá se va Jesús, gota hialina
de rocío venido desde el cielo,
para cambiarse en gota purpurina
de tormentos que rueda sobre el suelo.

¡Allá se va Jesús!... Que horrible saña
que tienen de azotarle los sayones.

Al borbotar de sangre cada entraña,
todo El parece un haz de corazones...

Tras de uno fatigado, otro verdugo,
con nueva fuerza esgrime los azotes,
y el número descarga que le plugo,
abriendo ó reabriendo cruentos brotes.

Pero, hay entre la tropa de sicarios,
éstos que dan en la crueldad ejemplo:
es el grupo servil de atrabiliarios
a quienes Cristo vapuló en el templo.

Estos son los que, urdiendo sus vilezas,
el casquete tramaron con abrojos,
y le ciñen la frente de malezas
y le ensucian con vómitos los ojos.

Los mismos son, que una espinosa caña
se la dan a tener por cetro insulso,
y blandiéndola, luego, en torpe hazaña,
le hieren la cerviz, con recio impulso.

Cansados de tan bárbaros afanes,
forma de escarnio buscan más barata,
al echarle con torvos ademanes,
a la espalda un guiñapo de escarlata.

Y con gritos de histérica insolencia,
simulan tributarle adoraciones,

y en un ir y venir por su presencia,
se tuercen en morbosas contorsiones.

...Así de torturado,
así de mancillado;
sin aliento, sin rostro, sin figura;
hombre no, sino oprobio de los hombres;
a menos que un gusano reducido:
te lo traen, Pilatos. ¡No te asombres!
porque tu hechura ha sido,
ésta que ves tu horripilante hechura...!

:..¡Y te lavas las manos! ¡Ah, las manos!
¿qué agua podrá lavar tu delincuencia?
...Los símbolos... los símbolos son vanos...
¡No se lava con agua la conciencia!

Si las nubes por gárgolas tuvieras,
y el álveo de la mar por palangana,
por siglos de los siglos no pudieras
lavarte de tu mácula inhumana...

Así de acribillado,
así de deformado,
que no es posible ya ni darle nombre,
presentas al Divino Escarnecido,
ante el pueblo de furia enloquecido,
y lo aclamas diciendo: -"He aquí el Hombre..."

Aunque te muestres para Dios rehacio,
qué acierto tienes, en verdad, qué acierto:
a través de los tiempos y el espacio,
Cristo es el Hombre, el único Hombre: es cierto...

Que lo aclamaras como Dios no falta;
¡qué sabes tú de oráculos divinos!
Del valle al culmen el reptil no salta,
que se arrastra del cieno en los caminos...

Mientras al hombre tú reconocías,
absorto de miserias y torturas,
el Padre de los mundos y los días,
-"He aquí a Dios" -clamaba en las alturas...

o

o o

-¡Señor Jesús! Dios-Hombre verdadero:
Dios de Dios, con grandeza soberana;
Luz de Luz, que fuiste antes que el lucero
que preludia el albor de la mañana.

Hombre también, de todos el primero,
con inefable plenitud humana;
sangre de Adán, que en límpido venero
purifica de mal la tierra insana.

Nunca fuiste más Dios que aqueste día,
en que oculta de Dios la omnipotencia,
sólo el poder de Dios te sostenía.

Nunca más Hombre que este día fuiste,
en que perdida de Hombre la apariencia,
todo el dolor del Hombre padeciste...!

Ecce Mater tua...

Jo. XIX—XXVI.

LAS sombras se tendían de improviso,
sobre el haz de la tierra estremecida:
¿ torna al caos la esencia de la vida
o el averno derrota al paraíso?

No digas, pobre lengua pecadora,
palabras sin sentido ni conciencia:
si agoniza de Dios la omnipotencia,
¿ a qué pensar que el sol muere antes de hora ?

...Estaba el monte oscuro,
del suplicio de Dios ante el conjuro...
...El silencio colgaba sus frontales
en los ganchos de luz de las estrellas,
preparando los ritos funerales
del Hijo de Jehová... Las negras huellas
del reciente pecado, se ocultaban
en las grietas sin fondo de las rocas,
que, como hambrientas bocas,
devorar a los hombres intentaban.

...Jesús, desde el patíbulo, decía
sus palabras postreras;
las últimas palabras de su día,
que trémulas oían las esferas.

En torno de El, ya nadie demoraba:
saciada la venganza en tanta afrenta,
y ebria en la sangre de la escena cruenta,
la turba a la ciudad se descolgaba,
cual la noche, después de la tormenta.

...Y la Madre del Cristo,
que sólo había visto
y seguido sus pasos desde lejos,
pudo entonces llegar hasta su planta,
cautivar en los ojos sus reflejos,
recibir en el pecho los latidos

del corazón de Dios; su sangre santa,
que corría en hilillos doloridos,
recoger en los labios maternales,
y conservar del Hijo los finales
designios del amor en su alma pura,
destinada a guardar, cual los fanales,
la bendecida luz en noche oscura.

Al mirarla a su pie, ¡qué de emociones
habrá sentido el Hijo de María!
...Su recuerdo, tal vez, se volvería
a Nazareth, en pos de las canciones
que arrullaron la paz de cada día.
O, acaso, a las veladas cuotidianas,
en que, después de andar tantos caminos
y de mezclarse en tantas caravanas,
la Madre le limpiaba los divinos
cabellos por el polvo deslustrados,
y los pies le rociaba, fatigados,
con agua fresca del Jordán, primera
entre todas lustral; mientras ardía
del fogaril la lumbre, y desde afuera,
su castidad de aromas, difundía
la doméstica rama de la higuera...

...A pesar del suplicio, gozaría
el Señor, de ser Hijo de María...

Entonces, fué cuando El habló a su Madre:
-"Mujer, contempla a tu hijo. Tu nuevo hijo,
que nace en el instante en que yo muero.
Para que él sea libre, Yo estoy fijo,
con punzones de hierro, a este madero.
Para que él de tus pechos, tome almíbar,
de la esponja, he sorbido Yo el acíbar.

En seguida, el Señor volvió los ojos,
a la rebelde humanidad doliente,
que llevaba la frente
signada del error con los despojos.
Peregrina sin lumbre ni concierto,
desde que el Paraíso fué sellado,
su ruta para andar era el pecado,
su agua para bogar era el mar muerto...

La mirada divina la buscaba,
por todas las edades,
que fueron antes, que después serían;
y por si no la hallaba,
la placa de sus lágrimas colgaba,
como prisma de santas claridades,
para atisbar mejor los horizontes,
y encontrando del hombre la guarida,
por encima de valles y de montes,
injertar en su podre nueva vida...

Y los ojos de Dios, agonizantes,
en aquellos instantes,
se clavaron en Juan.

Tembló en los labios,
otra vez, la palabra omnipotente,
y en medio del dolor y los agravios,
instituyó la filiación suprema
del hombre delincuente,
en el más puro y límpido poema:

...-"¡Hijo! Mira a tu Madre...Las entrañas,
que mi carne divina concibieron,
se abren en flores de dolor extrañas,
por todos los que son, serán y fueron,
y les dan hoy a luz,
a la sombra del árbol de mi cruz...

...Cuando el Verbo de Dios dejó la gloria,
el Angel del Señor, hecho alegría,
anunció la grandeza de su historia,
al inviolado seno de María.
Mas, al nacer el hombre redimido,
el Angel del Señor, hecho agonía,
anuncia la tristeza del gemido
a las entrañas rotas de María...

...Y en tanto que Jesús volvía al Padre,
la humanidad se asía de su Madre...

. . . . . .

¡Oh Madre Santa del dolor humano,
legado postrimero del Dios hombre;
de tu Hijo-Dios, tu hijo-hombre ya es hermano:
ambos te llaman con el mismo nombre . . . !

Jesum...? Surrexit: non est hic.
Marc. XVI—VI

BAJO el pesado palio de la noche,
recamado de estrellas temblorosas,
el silencio, en un mágico derroche,
auspiciaba el letargo de las cosas.

Apenas, si de lejos, se escurría,
a tientas y a través de la distancia,
algún eco de vaga melodía,
algún rumor de incierta resonancia.
El rostro de la luna, desmedrado,
con vejez prematura de menguante,
se debatía en un rincón nublado,
por romper la clausura del levante;

y el primer rayo de su lumbre clara,
buscando la meseta del Calvario,
se tendía en la cruz, cual si colgara,
de sus oscuros brazos, un sudario.

Por el camino que hasta el monte llega,
fragoso más de penas que de abrojos,
va un grupo de mujeres, que trasiega
llanto del corazón, para sus ojos.

...- "Del dichoso sepulcro que lo esconde,
¿quién nos apartará la inmensa losa?...
En urgencia de auxilio, ¿a quién y a dónde,
ha de implorar nuestra piedad ansiosa?"

Hablaban, entre sí, las caminantes,
portadoras de bálsamo y ungüento,
con íntimos sollozos delirantes,
con espasmos de angustia y desaliento...

De repente, la tierra se estremece,
en un rudo temblor de cataclismo;
como las jibas que el camello mece,
las cumbres bambolean por el sismo.

Las copas de los árboles agitan
la oscura cauda del follaje denso,
y desde el fondo de las cuevas, gritan
las fieras su bramido más intenso...

¿Qué pasará en el mundo, que la entraña
del abismo palpita sin concierto?
¿Acaso tanta convulsión extraña,
no tiene ley, desde que Dios ha muerto?

...Humanidad proterva, que no sabes
de los misterios los secretos graves:
el grano que sembraste bajo suelo,
antes que apunte el sol de la alborada,
está brotando, mientras mana el cielo
el frescor de la límpida rociada.
Y porque el germen toda vida encierra,
palpita de emoción toda la tierra...!

De las bajas esferas de la sombra,
del Señor el espíritu ha tornado;
a sus plantas le tienden blanca alfombra,
las almas depuradas de pecado.

Para testigos del milagro eterno,
cabe el recinto del sepulcro oscuro,
se han dado cita el cielo y el infierno,
del mandato de Dios por el conjuro.

El cuerpo de Jesús estaba inerte,
sobre el rígido fondo de la huesa.
Jamás otro algún cofre de la muerte,
guardó tesoro de mejor belleza.

En presencia del alma refulgente,
el cuerpo macilento
se llena de fulgor. No tiene el nardo,
que endereza su frente
al caricioso sol de primavera,
igual pureza ni más suave aliento.
Ni la nieve, a la lumbre mañanera,
que la traspasa con riadante dardo,
ostenta igual blancura
de la montaña en la intocada altura.
Ni la nube de estío, que en oriente
desdobla los vellones de su armiño,
ofrece igual aliño,
suspensa del cerúleo firmamento.

Y en presencia del cuerpo sacrosanto,
el divinal espíritu se agita,
en síntesis de amor. Es su hermosura
mejor que el cielo, por más puro y santo;
en su obra colmó Dios la omnipotencia,
que su inmanente facultad excita.
Verbo hecho carne, su divina esencia
se ha velado de humana vestidura;
urna del Dios hecho hombre,
a su espíritu el cuerpo le da nombre:
desde la eternidad ya fué previsto,
que de alma y cuerpo necesita el Verbo,
para poder llamarse Jesucristo.

¡Quién puede comprender la maravilla,
de Dios, que asocia con su ser la arcilla!

...¡Y la Resurrección sucedió entonces...!

El alma del Señor infunde vida
en la humana materia amortecida...

Sólo para llegar a este misterio,
tuvo la creación su ministerio...

Ya el cuerpo se conmueve; todo él vibra,
como si fuera de una sola fibra...

Palpita el corazón, y su latido
es el psalmo mejor que Dios ha oído...

La sangre corre por las venas lasas,
rubicunda y chispeante, como brasas...

Brota del pecho el perfumado aliento,
así cual de una flor que besa el viento...

Prenden los ojos su serena lumbre,
y mansamente ven, cual de costumbre...

...Cuando, por fin, sus labios dulces abra,
han de escuchar las orbes su palabra...

...Ha dejado Jesús la sepultura,
antes que nazca el matinal lucero;
de todos los portentos el primero,
lo ignora el mundo ciego de locura...

Los timoratos guardias, deslumbrados,
a su fulgor cayeron desmayados;
y recobrado apenas el sentido,
a la ciudad, veloces, han huído.
Del milagro testigos presenciales,
pudieron predicar este Evangelio,
mas la codicia les dejó en afelio
de aquellos resplandores celestiales.

Mientras tanto, han llegado hasta la cumbre,
con su carga de bálsamos y gomas,
las piadosas mujeres: sus aromas
en el aire derraman dulcedumbre.

Se anticipa a las otras Magdalena,
maestra en las unciones al Rabino,
pensando, sin embargo de su pena,
en que un designio santo
pondrá su rostro cerca del Divino.

Por el jardín avanza, rumoroso,
hacia la cueva del Maestro rica;
intrépido su amor, no da reposo
al anhelo que su alma fortifica.

Mas... ¡oh sorpresa!.. que el enorme canto
está rodado del sepulcro lejos,
y brilla como un trono hecho de espejos,
a los fulgores de un querube santo...

Y otro ángel más allá... como el primero,
vestido del armiño de la nieve...
cuyo plumaje nítido promueve
un airecillo plácido y ligero.

...A pesar de ser tanta la hermosura
de los dos mensajeros celestiales,
la huérfana mujer llora a raudales,
ante el vacío de la sepultura...

-"¿Por qué lloráis?", le dicen los querubes...
-"Lloro, porque de aquí me lo han quitado
a mi Señor amado,
y no conozco en dónde
su cadáver santísimo se esconde..."

-"¿Buscabais a Jesús, el Nazareno?...
...Resucitó, conforme lo predijo...
Ya no está aquí... mirad el escondrijo,
en cuyo negro seno lo alojaron.
El irá de vosotras adelante;
volved a Galilea,
en donde le veréis vivo y triunfante..."

Sin consolarse aún de su querella,
la mujer se alejaba...
...De improviso presiente cerca de ella,
que un nuevo personaje se llegaba...
Al verlo, Magdalena
le supone hortelano de ese huerto,
y abstraída en la ausencia de su muerto,
con más intensa pena:
-"Señor, -le dice- si lo has escondido,
para buscarlo, luego,
y llevarlo conmigo, ¡te lo ruego!
dime en dónde ocultármelo has querido.

Y el divino Hortelano de las almas,
que hace brotar sus flores entre abrojos,
una sola palabra le dirige:
-"María..." Y ella, que miró sus ojos
y su voz escuchó, no más se aflige;
sino, antes bien, de gozo enajenada,
a los pies del Maestro se prosterna,
para vaciar sobre ellos la cisterna
de sus afectos hondos, y dichosa,
a sus tristes hermanos,
portar, luego, la nueva venturosa
y por ellos a todos los humanos...

.....

De esta manera, culminó el misterio
de la Resurrección de Jesucristo,
que adoran todos sin haberlo visto
y señala el comienzo de su imperio.

Astro vivo en el cielo de su Iglesia,
se agolparán los siglos a su paso,
y aun las edades víctimas de amnesia,
siempre en orto le ven, nunca en ocaso.

¡Venid! ¡Venid!, mortales, con premura,
a tomar vuestra parte en esta gloria
Con Cristo abandonad la sepultura,
y haced veste de luz, de vuestra escoria.

Pródigo del amor a sus ungidos,
varias veces el dón de su presencia
les da, para que tengan la conciencia
de los santos consuelos prometidos.

Y si un Dídimo ausente del Colegio,
del testimonio de los otros duda,
meta la mano audaz en la desnuda
llaga sangrante del costado egregio.

Que este misterio grande y soberano
es la cifra suprema de la vida:

por él, la muerte siempre está de huída,
por él, surge hasta Dios el polvo humano.

Después de poco, Cristo irá a su cielo,
sobre un dosel de ardientes serafines,
y borrados los límites del suelo,
el hombre sólo en Dios tendrá confines.

En tanto, blasonemos de nobleza,
que esta pobre materia que nos viste,
ha dejado con Cristo de ser triste
y al empíreo prestó nueva belleza.

Mantengamos la llama siempre viva
de la Fe, cuya luz la sombra ensalma;
si la atracción de abajo nos cautiva,
alas la Fe nos ponga sobre el alma.

Ganemos la Esperanza, que es promesa
de tierra firme en este mar mudable;
si el dolor de lo efímero nos pesa,
en la altura hallaremos patria estable.

Avaros de nuestro íntimo tesoro,
Caridad acopiemos, sin medida;
para comprar el cielo, sólo el oro
del amor es moneda recibida...

...Y al tocar de la gloria los umbrales,
nuestro sér de tal brillo esté provisto,
que al abrirse, las puertas eternales,
presuman que otra vez asciende Cristo...

Invocación al Espíritu Santo

YA lo anunció Jesús, por varias veces,
Dador de Siete Dones;
ya lo anunció Jesús, que das con creces,
amor a los amantes corazones.

Tú, Señor Dios Espíritu, que inspiras
todas las obras del Amor Divino,
Tú suscitas las flautas y las liras,
para el himno sin fin del **agios** trino.

Nada encuentra armonía sin tu Numen;
nada, sin tu favor, llega a su meta;
toda belleza tiene en Ti resumen:
eres el Dios Esteta.

El ángel su blancura a Ti te pide,
y el serafín te pide sus fulgores;
la esencia de la luz en Ti reside:
Dios Artista, Tú creas los colores.

Tú enciendes en el cielo los luceros;
Tú escarmenas espumas en las olas;
Tú retratas el sol en los esteros:
Dios Jardinero, Tú abres las corolas.

Tú inspiras la emoción del verso suave,
en que el ritmo del alma se concreta:
verso del hombre, música del ave,
Tú eres el Dios Poeta.

Tú pones en la frente, hecha de arcilla,
la fuerza de la mente que razona,
y sublimando el barro en maravilla,
Dios Idea, del barro haces persona.

Más que todo, Señor, en los reveses
del corazón humano, infundes dones,
y eres Tú mismo, entonces, quien floreces,
Dios Amor, hecho flor de corazones...

De la sapiencia el dón, despliegue de alas,
para el vuelo sin fin, en pos de alturas;
sapiencia de la Fe, que tiende escalas,
hasta Dios desde humildes criaturas.

El dón de inteligencia, que esclarece
del superior abismo el hemisferio;
el dón que es vista de las almas, ése
que sólo tiene linde en el misterio.

El dón de fortaleza, que es como arma
de ataque y de defensa en el combate,
escudo de virtud, paz en la alarma,
vigor del corazón que no se abate.

El dón de buen consejo, que equilibra
de la pasión el agobiante peso;
que es voz de afuera o que de adentro vibra,
clamor de tempestad, rumor de beso.

El dón de ciencia, lámpara provista
del aceite inexhausto del trabajo,
que mientras más alumbra está más lista
a disipar las sombras de aquí abajo.

El dón de la piedad, que es la medida
que a Dios y al hombre nuestro amor refiere:
por sobre todo a Dios; luego, en seguida,
al hombre que nos quiere o no nos quiere.

Y del temor de Dios el dón augusto,
de la sabiduría eterno origen,
y que de cada sabio forma un justo,
cuyas acciones a otros hombres rigen.

Tú soplaste en las mágicas trompetas
del Génesis, que da su historia al mundo;
Tú hablaste por la voz de los Profetas,
del futuro el oráculo profundo.

Trajiste al labio de David las suaves
cadencias de los salmos jubilosos,
y también de los otros salmos graves
inspiraste los sones pesarosos.

Dictaste a Salomón el Libro amargo,
que al placer pone dique de pesares;
y de su amor hiciste, sin embargo,
el más dulce Cantar de los Cantares.

Condujiste del Pueblo predilecto
la misión, que fué enigma del pasado,
haciendo conspirar, para su efecto,
hasta las negras tramas del pecado.

Y con la misma humanidad pagana,
el prólogo escribiste a nueva historia:
la historia de hoy, la historia de mañana,
la nuestra, la de Cristo y de su gloria.

Y entonces, para el símbolo divino,
como avatar en que tu amor asoma,
trazaste de los cielos el camino,
en un cándido vuelo de paloma.

Y una pluma dejaste, remojada
de Jesús con la sangre, en las aristas,
para el relato de su vida amada,
en manos de los Cuatro Evangelistas.

Y le dijiste que escribiera a Pablo,
sus cartas, con tu pluma, en són de guerra;
y Pablo, que es Miguel de hombres, al diablo
también le derrotó. sobre la tierra.

Y con la misma pluma, más augusta
que de águila caudal, para la elipsis
de la última verdad, que al hombre asusta,
Juan en Patmos grabó el Apocalipsis.

Obra muy tuya ¡Dios Amor! la tuya,
de promover la redención humana,
para que el hombre a Dios se restituya,
hoy como ayer, y como ayer, mañana.

Obra muy tuya ¡Dios Amor! esa obra,
que agota de tu amor todo el acervo,
para que el hombre tenga luz de sobra,
cuando en tinieblas se sumerja el Verbo.

Obra muy tuya ¡Dios Amor! aquélla
que al Hijo Eterno de Dios Padre viste
con la carne, es verdad, de una doncella,
pero que, al fin, cual toda carne, es triste.

Obra tuya ¡Señor! pues de ese modo,
refundiste en el seno de María,
la persona de Dios con nuestro lodo,
para editar la nueva Teología.

Obra muy tuya ¡Dios Amor! la que hace
paraninfos de Cristo a Doce Aldeanos,
quienes, por más que el mundo los rechace,
le han de dar nueva forma con sus manos.

Obra tuya ¡Señor! la que, sin menguas,
de Cristo extiende la doctrina pía,
juntando en una las diversas lenguas,
que la soberbia confundiera un día.

Obra muy tuya, en fin, esa obra tuya,
de perpetuar la Iglesia, por los siglos:
cada martirio engendra un **Alleluya,**
y un nuevo sol ahuyenta los vestiglos.

Por todo esto, Señor, y todo cuanto
tu bondad inefable nos prodiga,
te den las almas su ferviente canto
y donde quiera el hombre te bendiga.

No nos dejes, Señor; nunca te apartes,
que tu ausencia es lo mismo que la muerte;
ejercita tu influjo en todas partes,
pues Amor eres, y el amor es fuerte.

Ven, Creador Espíritu, y emite
del Cielo un rayo de tu lumbre ardiente;
a tu lumbre, cual cera, se derrite
el corazón humano; ¡vente! ¡vente!

Ven a dar a los pobres la fortuna
de tus Dones, que es la única riqueza.
Ven a regar sobre los tristes una
cascada de consuelo a su tristeza.

Ven concede descanso a la fatiga,
con que la vida a todos nos impera;
Tú que alivias la carga de la hormiga
y excitas a la brisa en la pradera.

¡Oh! Claridad Divina que madrugas,
por disipar la noche del arcano;
transforma en mariposas las orugas
prisioneras del mal en el pantano.

Lava lo inmundo en fuentes de pureza,
con lluvia de frescura ablanda el yermo,
y con divina unción de fortaleza,
vigor infunde al corazón enfermo,

Vuelve todo lo rígido flexible
y refresca la fragua del estío;
en cambio, haz de lo débil, inflexible
y fomenta calor en lo que es frío.

A cuantos su esperanza en Ti han cifrado,
dales tu septenario de favores,
amargando las copas del pecado
y endulzando la hiel de los dolores.

Presta merecimiento a las virtudes
y ansia de salvación a los mortales,
para que en incontables multitudes,
invadan las moradas celestiales.

...Y concluído el terrenal exilio,
sea, entonces, la Paz, la Paz suprema;
y dé comienzo el perennal idilio
que no puede cantar ningún poema...!

¡Amén . . . !

En el Nombre del Padre, una vez Santo;
en el Nombre del Hijo, otra vez Santo;
y del Espíritu en el Nombre Santo:
Amén, Señor, Amén, Tres Veces Santo.

Amén, Señor, Amén. ¡Y que así sea!
para que así tu gloria, eterna sea,
con hombres y con ángeles; y sea
eterna nuestra dicha. ¡Que así sea!

Amén, Señor. Te pido únicamente,
por lauros a mi canto reverente,
Fe y Esperanza y Caridad ardiente.

Amén, Señor . . . y un poco de belleza,
que ablande de mi pecho la aspereza,
para seguir cantando tu Grandeza . . . !

EL CLAMOR DE LAS MONTAÑAS

Al insigne Jesuita
Rvdo. Padre Aurelio Espinosa Pólit.

Este Poema fue galardonado con el Primer Premio para el Tema Libre, o sea la VIOLETA DE ORO, en la fiesta de la Lira de 1930.—Como lo fueron, con el mismo premio, en 1933, los que aparecen en las páginas *96 145 y 165* de este Libro.

Preludio del Poeta

ESTA vez va a tener la melodía
aquel ritmo salvaje,
con que canta el torrente su elegía
en la lira vibrante del paisaje.

Y el verso lanzaré, como guijarro,
al cielo azul, para que caiga luego,
sobre el mundano barro,
silbante proyectil, inerte y ciego.

Mas, su disparo no ha de herir el loto
florecido en la charca, que se viste
la túnica nupcial como en ex-voto
de la poca blancura que aun existe.

Rasgue, en cambio, la paz de la cisterna,
donde encuentran refugio las arañas
y en las grietas sin luz de la caverna,
promueva su golpear voces extrañas.

Loco se ha vuelto el mundo, loco, loco:
sin reir ni llorar, se ríe y llora.
Todo es ficción audaz... ¡Será que a poco
de la tremenda bestia advenga la hora!

Ha muerto la ilusión: no tienen alma
los hombres para amar y ser amados;
en vano baten la flexible palma,
vientos de la penumbra desolados.

Sobre las blancas alas del papiro,
mensajes de odio lanza la perfidia;
y devorando al sol está el vampiro
que abortara la gruta de la insidia.

Rompiendo los terrones perfumados
por la agreste dulzura de las gramas,
la guerra siembra en cármenes y Prados,
odio y rencor de subterráeans llamas.

Degüellos de palomas.... los milanos
libres son ya; domésticos los cuervos;
y en bandos divididos los hermanos,
parten el orbe en déspotas y siervos...

En los palacios blancos de la idea,
flota un pesado ambiente sensualista;
fulge tan sólo del placer la tea,
y se ha vuelto arlequín hasta el artista.

Nadie detiene al mundo en su camino,
que bordea las playas del averno,
parece que las furias del destino,
al vórtice le impulsan sempiterno...

...Pero, nó ... todavía,
en algunas gargantas queda el canto;
es menester, a fuerza de armonía,
derrotar los fantasmas del espanto.

...: Las Montañas, plegarias de granito,
adoratorios altos sobre el suelo,
tienen fraternidad con lo infinito
y hacen de manos juntas ante el cielo.

Ascended a sus cumbres ¡oh Poetas!
y a manera de antenas milagrosas,
captad en vuestros cantos las secretas
pulsaciones del alma de las cosas.

Y volved sobre el mundo envilecido,
cargando en el laúd notas supremas,
a perturbar el sueño del olvido,
con un ruido inefable de poemas...

Improperio del Ararat

SOBRE mi testa siento todavía,
el peso de aquella Arca soberana,
en que pudo salvar de la bravía
mortal tragedia la familia humana.

La ira de Dios abrió sobre la tierra
el seno de las aguas. Grande y fuerte,
puso a ras el bajío con la sierra,
en el nivel sombrío de la muerte.

Y fué la epifanía turbulenta
del uno y otro abismo, que engendraron
el rayo como flor de la tormenta,
y todo lo ahogaron.

Se extinguieron los gérmenes de vida;
la arcilla quedó en légamo infecundo;
y en medio de la tierra maldecida,
surgía yo como índice del mundo.

Tuve, entonces, placer en mi destino
de ser puerto de paz para que el hombre,
tendiendo sobre el iris su camino,
de hijo de Dios recuperara el nombre.

Mas, hoy siento pesar de haber doblado
debajo de sus plantas la cabeza:
de nuevo el hombre es siervo del pecado,
y el dolor de haberlo hecho en Dios empieza.

Si el diluvio otra vez precipitara
la humanidad a su contraria suerte,
ya no, sobre mi cúspide, encontrara
sentencia de piedad sino de muerte...

Imprecación del Moria

TESTIGO fuí de la obediencia suma,
con que prendió la pira del suplicio
el viejo Abraham, entre la densa bruma,
para ofrecer a su hijo en sacrificio.

Voluntad la de Dios inescrutable...
Voluntad la de Dios indiscutible:
del Dios de Abraham hable la voz, aunque hable
un mandato enigmático y terrible.

El Patriarca no elude el mandamiento,
que de la carne ha descuajado el hito;
de su alianza con Dios el juramento,
en las entrañas le quebranta el grito.

El puñal afilado... Sólo falta
la víctima ofrendar sobre la hoguera;
y cuando a punto está la acción más alta,
la misma voz a dimitir le impera...

Mas, no ha sido preciso que la muerte
deje el cuerpo de Isaac inanimado:
ya en sacrificio cruento, de otra suerte,
fué el corazón del padre el inmolado.

Si de tan grave ejemplo fuí testigo,
de ver me abismo, que la estirpe humana,
tan renuente al amor como al castigo,
la palabra de Dios ha vuelto vana.

Surjan del polvo de la edad remota,
los Profetas de ayer, y sus clamores
aturdan a los hombres en derrota
y les siembren el pecho de terrores...

Anatema del Sinaí

SOY tribuna de Dios. En el granito
de mis entrañas grises,
el Poder Infinito
marcó su Ley para hombres y países.

Sobre el humano pecho fué esculpida,
al principio, la Ley; pero el pecado,
al enturbiar las fuentes de la vida,
del Creador oscureció el dictado.

Y corrían los hombres por las sendas,
que van del mal a todas las comarcas,
cegados de placer por torpes vendas
y sordos a la voz de los Patriarcas.

Entonces, fué preciso
en piedras imprimir los mandamientos,
pues, la razón proterva no lo quiso,
tenga en piedras la Ley sus documentos.

Y en mi cumbre, que engendra las centellas,
a Moisés las Dos Tablas fueron dadas,
donde con tinta de astros y de estrellas,
las órdenes de Dios se hallan grabadas.

Mas, el hombre tiene hoy, como ese día
-de decirlo me aterro-
estólida pasión de idolatría,
y se prosterna ante cualquier becerro.

De su progenie execro, maldecida,
que inyectó la serpiente de veneno:
rama de perdición, caiga podrida;
cieno, al fin, de miseria, torne al cieno...!

Atestación cósmica

DE cumbre a cumbre, va la voz sonora,
en la estruendosa orquesta de los ecos:
fecundos por semilla o por espora,
revientan maldición todos los huecos.

Los volcanes promulgan exterminio,
abren las grutas sus hambrientas fauces,
y de la noche en el letal dominio,
circula fuego en los fluviales cauces.

Tiembla la tierra, y su temblor vomita
palacios y cabañas de cimientos;
la fronda de los árboles se agita
y sucumbe a la esquila de los vientos.

Las bestias corren locas de pavura;
insectos y aves vuelan sin sentido;
sierpes y ranas lanza la espesura;
y es de todos igual el alarido:

"¡El hombre, sólo el hombre es responsable
del fatal desconcierto! ¡Muera el hombre!
¡Y ha de tornar el mundo a ser amable,
del Creador desagraviado en nombre!..."

Interludio de los Justos

CON himnos incesantes de **Alleluya,**
somos hombres también, y te alabamos:
no aniquiles al hombre hechura tuya;
¡Señor! no lo maldigas; ¡te clamamos!

De su carne en la clámide envolviste,
tu excelsa majestad haciéndote Hombre.
No entres con él en juicio: el polvo triste
es módulo terreno de tu Nombre.

Retira la mirada escrutadora
de la prole de Adam; cierra el oído
al error de la estirpe pecadora
y la humana maldad echa en olvido.

De par en par, en cambio, a la paciencia
abre las puertas de tu amor sin tasa,
y en tu hoguera divina de clemencia
convierte toda culpa en una brasa.

Que arda en el incensario de los astros,
que aliente en el hogar de las auroras,
y al ocaso final llegue sin rastros
de haber sido carbón de aviesas horas.

No lo midas, Señor, por tu grandeza;
prodígale, más bien, misericordia:
entre tu corazón y su cabeza
tiende un iris divino de concordia.

Si al ángel tus oráculos no eximen
de perdición, por sólo un acto impío,
nadie tentó a Luzbel: su horrendo crimen
obra fué de su propio desvarío.

Mas, el hombre sucumbe por engaño
del tentador insigne, que ha querido
vengarse en él del infinito daño
en que tu alta justicia le ha sumido.

Si siendo Dios, al verte en forma humana,
perversos lazos te tendió a Ti mismo,
¡cuál no será su seducción insana
para atraer mortales al abismo!...

...Somos hostias pacíficas que orlamos
con fimbria de oblación tus vestiduras;
somos flores terrenas que exhalamos
perfume de humildad en tus alturas.

Somos tu Pueblo Santo, fuímos hechos
también con polvo de terrena escoria.
y sin embargo fulge en nuestros pechos,
la lumbre sempiterna de tu gloria.

¡Señor! no extingas la simiente humana;
en tu cielo hay moradas todavía;
que venga la contrita caravana
a llenar la extensión que está vacía.

Psalmo del Monte
de las Bienaventuranzas

SOY a modo de cúpula dorada
por la lumbre de un sol de otras auroras,
y vierto de mi cúspide sagrada
el raudal de las fuentes redentoras.

Yo no abrogo la Ley ni los Profetas;
ni suprimo al Decálogo una tilde,
pero enseño las fórmulas secretas
del amor que es eterno si es humilde.

Escogió Jesucristo los ribazos
que apacibles declinan de mi cumbre,
y aprisionando el mundo entre sus brazos,
divinizó la humana pesadumbre.

Los pobres, los pacíficos, los puros,
los tristes, los hambrientos, los piadosos,
los mansos, los proscritos, los oscuros,
serán desde hoy los únicos dichosos.

Pequeño, el más pequeño de los montes,
llenando mi evangélica faena,
mando un claro mensaje de horizontes
a todos los confines de la pena.

Y son tantos los tristes y los pobres,
los hambrientos de pan y de esperanzas,
que en cada mar de lágrimas salobres
vuelvo a gritar las Bienaventuranzas.

Y, por fin, en mis ecos el Maestro
suscitó melodías eternales,
para que repitiera el **Padrenuestro**
al oído de todos los mortales.

Si tal es la misión que he recibido,
si estoy tan cerca de la angustia humana,
no he de echar mi destino en el olvido
ni la voz de Jesús ha de ser vana.

Diré al Señor: ¡Señor! perdona al hombre,
que tiene por herencia los dolores;
no hay quien su ruta de maldad escombre
si le apartas tus ojos bienhechores.

Objeto de odio se tornó siniestro,
ante Tí que de amor eres hoguera;
mas tu Hijo al enseñarle el **Padrenuestro,**
le enseñó de aplacarte la manera.

Antífona del Tabor

Yo no envidio a otras cumbres la diadema
de nieve casta que en su sien fulgura;
la fimbria que me ciñe no es de emblema,
es resplandor de mística blancura.

Quiso Jesús que mi olvidada cima,
en la terrena curva transitoria,
de las grandes montañas por encima,
fuera el punto más alto de su gloria.

Y erigiendo mi cúspide en peldaño
fronterizo del cielo con las nubes,
transfiguróse por un modo extraño,
sobre un despliegue de alas de querubes.

Cual si la humana veste se cubriera
del brillo de una lumbre no creada,
la majestad de Dios fulgía entera
a través de su carne inmaculada.

Del rostro del Señor brotaba el día,
su cabello irradiaba áureos veneros,
en diamantes su planta florecía
y sus manos en haces de luceros.

Elías y Moisés, cifras indemnes
del logaritmo de la vieja alianza,
ante la realidad de hitos perennes,
miraban satisfecha su esperanza.

Y Jesús les hablaba en confidencia,
que sería su muerte redentora,
archipiélago abierto de clemencia,
en medio mar de la ira vengadora.

En tan alta promesa he recogido,
el eco perdurable de lo arcano,
que lo devuelvo a Dios como un gemido
del zozobrante corazón humano.

Miserere del Calvario

SOY montaña de Gracia. En la balumba
de ideas y de siglos, yo persisto,
como vacía luminosa tumba
de la cual resucita siempre Cristo.

Pedestal de la Cruz: conozco a dónde
llega el delirio del amor divino,
cuando al pecado con perdón responde,
por devolver al mundo su destino.

Del cielo y de la tierra ante el asombro,
viene Jesús por la fragosa senda,
izada el arma de victoria al hombro,
al librar su novísima contienda.

Zarza de afrentas, árbol de torturas,
sobre El descargan implacable tajo
el olvido de Dios en las alturas
y el odio de los hombres desde abajo.

Rasgan su carne latigazos rudos,
amargura de hiel su labio apremia,
le perforan los miembros hierros crudos,
taladra sus oídos la blasfemia.

Sin embargo, pendiente del madero,
cuando la vida de su sér se aleja,
su grito postrimero,
grito es de triunfo y no estertor de queja.

Aquella tarde el sol no tuvo ocaso,
se ensombreció con súbita agonía;
de la noche del mal para fracaso,
mueren juntos los dos: Cristo y el día.

Si fuí testigo de clemencia tanta,
si fuí volcán de sangre redentora,
no puede enmudecer en mi garganta
la voz potente que el perdón implora.

Hasta el día postrer será mi acento,
ritmo final de impetración suprema,
para borrar del vasto firmamento
el rumor del terrífico anatema.

Ten compasión, Señor, porque no sabe
lo que hace al ofenderte. ¡Miserere!
Ten compasión, Señor; jamás se acabe
tu piedad para el hombre. ¡Miserere!

Abismo de bondad: nunca un abismo
se llena con escoria. ¡Miserere!
Por tu nombre y tu gloria. Por Ti mismo.
Ten compasión del hombre. ¡Miserere!

...La pobre humanidad que redimiste,
ha de llenar la celestial morada,
ya lo dijiste Tú, ya lo dijiste,
setenta veces siete perdonada...

Himno del Olivete

YO soy el ara epónima del mundo,
que una nostalgia de holocausto toca;
y en la divina ausencia en que me inundo,
soy un adiós perennizado en roca.

Postrer pedazo que la huella encierra,
que imprimió del Señor la augusta planta;
vertical emoción con que la tierra
en actitud de anhelo se levanta:

Más bien que un monte, soy sereno puerto,
desde el cual, con su barca de piedades,
tendió Jesús el derrotero cierto
a la playa de eternas claridades.

...Ya sube...Ya se va...ya se confunde
de cada sol tras el oleaje píreo...
De seráficas alas un derrumbe
le tapiza los atrios del empíreo...

¡Abrios, Puertas! Puertas celestiales,
que a Príncipes tenéis como porteros;
polvo fundido de astros en cristales,
girad en vuestros quicios de luceros.

¡Y ha de entrar al Palacio de la Gloria,
el poderoso Rey, el Sabio, el Fuerte,
que vuelve de alcanzar su gran victoria
sobre el campo del mal y de la muerte!...

...Ya se ocultó el Señor a vuestros ojos;
ya no hay mirada humana que lo vea;
el misterio ha corrido los cerrojos:
"Varones ¡qué miráis! de Galilea"

Mas, El retornará...Para su Día
le hacen de aurora todas las edades:
cuando luzca la nueva epifanía,
tendrá el amor perpetuas navidades.

El vendrá, con su corte de elegidos,
con su Cruz como cetro, coronado
con espinas de luz, y sus vestidos
de una nieve serán que no ha nevado.

¡El vendrá!... Para entonces yo lo espero;
como el trono vacío al Soberano.
Vendrá como León... pero es Cordero...
Llegará como Juez... pero es Hermano...



Fin

INDICE

Declaración VI
En el Atrio IX

—I—

Mi Evangelio

Al ritmo del prólogo 17
Aperi Domine 21
Invocación a Dios Padre 22
El Verbo se hizo Carne 27
Benedicta tu.... 36
Ya has nacido, Señor 41
Y vinieron de Oriente 56
Sangre de azucenas 63
Tres días han pasado 68
Ni Elías, ni otro 77
¿Dónde vives? 86
Seis hidrias 96
Si no renaciereis 102
Hasta la vida eterna 111
Señor, no soy digno 120

Bienaventurado el vientre 125
Noli flere 131
Thalita cumi 138
Tienen hambre 144
Tú eres Pedro 149
Yo soy la Vida 156
Señor, Hijo de David 165
Baja, luego, Zaqueo 171
Ya se viene Jesús 178
Hecho Pan y hecho Vino 186
Le niegas por tres veces 197
¿Quid est veritas? 205
Ecce Homo 212
Ecce Mater tua 221
¡...Resucitó...! 227
Invocación al Espíritu Santo 238
¡Amén...! 246

—II—

El Clamor de las montañas

Preludio del poeta 249
Improperio del Ararat 252
Imprecación del Moria 254
Anatema del Sinaí 256
Atestación cósmica 258
Interludio de los Justos 260
Psalmo del Monte de
las Bienaventuranzas 263
Antífona del Tabor 266
Miserere del Calvario 268
Himno del Olivete 271

Es propiedad del Autor
Reservados todos los derechos

Se terminó de imprimir este
libro, en los talleres de la
Editorial Austral de los
hermanos Cevallos Gar-
cía, Calle Borrero 184,
Apartado de Correo
208. Cuenca - Ecua-
dor, el día 20 de
Octubre
de
1,943

Editorial Austral